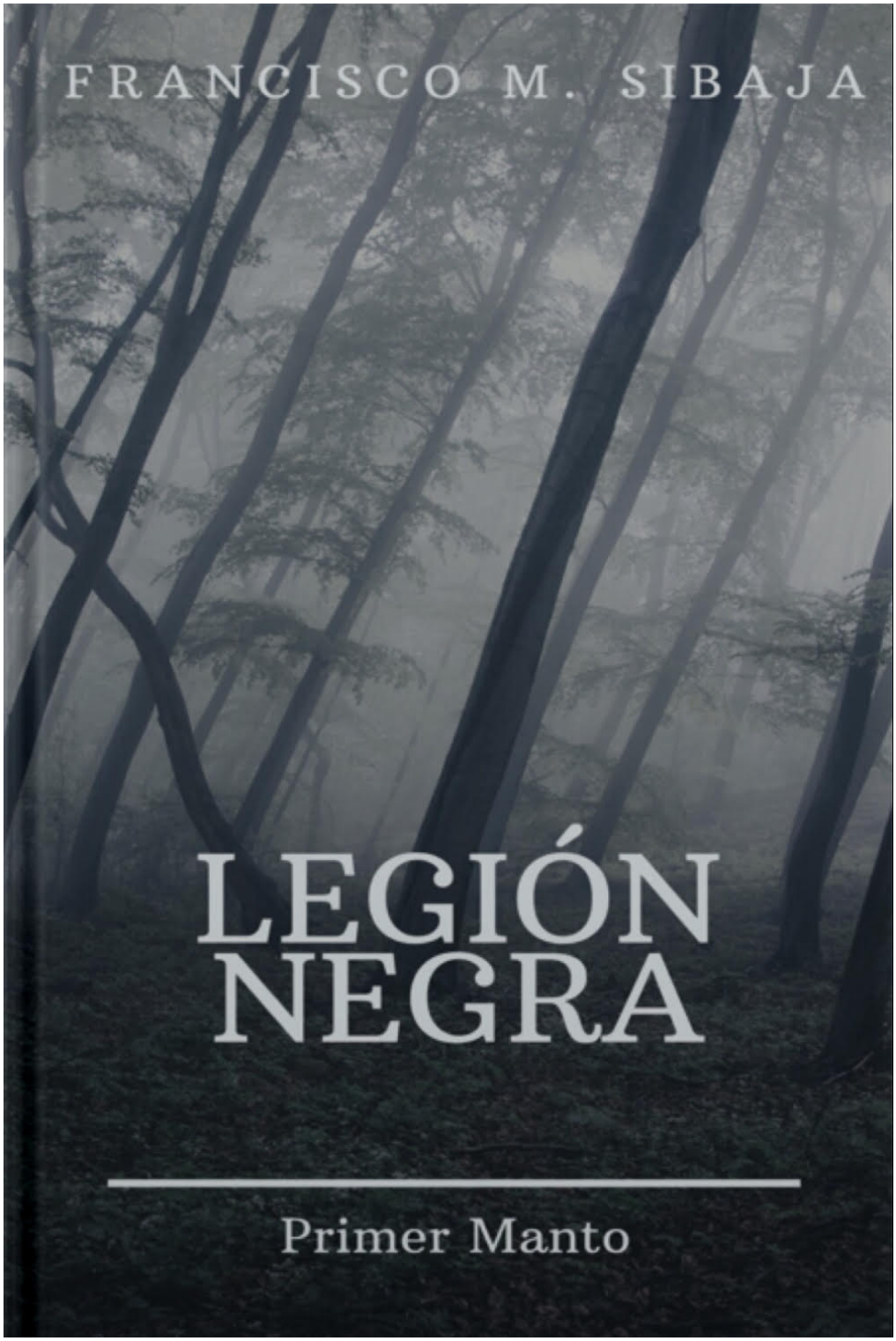
Legión Negra

Francisco Sibaja



Capítulo 1

Prólogo: El presagio de un destino cumplido

Año: 3.117 a.GM

Ciudad de Piros-Primera Muralla-Imperio Magón

El humo y la bruma lo cubría todo.

De las derruidas murallas, de las agrietadas paredes de negra piedra, el fantasmagórico manto de la tenue bruma se esparcía zigzagueando entre las sucias y despotricadas calles y avenidas. Su frío llanto aullada desde el norte, de las frías tierras cubiertas de hielo y nieve, allá, en donde milenarias guerras se habían librado, y ahora, sin el amparo y el calor que provee un abastecido reino, reclamaba no sin premura, aquellas destruidas tierras. Lejanos eran ahora los días en donde la ciudad capital rebosaba de tráfico e imponencia, sus altos edificios y abarrotadas calles ahora son un tenue espejismo, un intranquilo sueño de un pasado que se vislumbraba glorioso. Un Imperio que inicio su caída con el orgullo de un hombre, con una desafortunada noche, y el transcurrir de una gélida venganza.

La acelerada y energética producción que marcan los altos bloques de negra piedra que cumplen el papel de fábricas, refinadoras de materiales y químicas sustancias; son estas las imponentes construcciones que se erigen sobre el firmamento. Dichas son las responsables del ondulante humo que cerca la región, aunque a varios kilómetros se encuentren, su producción no se detiene, es tan incesante, que su grisácea mano ha llegado a parajes que alguna vez resultaron gloriosos.

En el corazón de las calderas y hornos de aquellos imponentes bloques, la producción seguía avante, impávida ante la muerte que se cernía en las periferias. Resplandecían los gaseosos cuerpos de humo con una tenue luz, con un amargo sentir, proveniente de aquellas edificaciones que se veían tan alejadas del que fue, no hace mucho tiempo, el centro del mundo conocido. Los altos y gruesos muros de antaño, los cuales resguardaban la imperiosa capital, estaban ahora reducidos de inservible piedra que abarrotaba los secos —pero aun navegables— canales del corazón del reino; dichas construcciones ya no entorpecían el febril horizonte.

En los adentros de la ciudad, algunas altas edificaciones aún se mantenían en pie, con sus altos y puntiagudos techos cual agujas que

señalaban sin medio al firmamento, construcciones de negra piedra y madera similar, que con dificultad se abrían paso entre olvidados y sucios escombros que nunca fueron removidos por los ciudadanos que prestos a su antiguo estilo de vida, no habían abandonado tales locaciones. No eran muchas las casuchas que aún eran habitables, las que aun resistían los embates del gélido viento, pero el trabajo de construcción de nuevas y modernas fábricas situadas en las periferias de la ciudad, era un negocio atractivo al cual ningún ser pensante se podía negar.

Impregnando el derruido terreno, se alzaba desde la oscuro cúpula del cielo una plateada luna que bañaba con su frío brillo todo rincón de la ciudad. Iluminando las púas de los agudos edificios, y los picos que sobresalen de las casas de madre y roca que aun se mantenían sobre sus cimientos. En el corazón de la ciudad, del descampado que creaban la gran cantidad de residencias sin vida, se erguían murallas inferiores, mucho menor a las que cercaban la circular ciudad. Dentro de ellas se alzaban las ruinas de un imponente castillo de piedra; torres destruidas, abiertos pasillos sobre los cuales aullaba el frío viento, jardines marchitos y destruidos, verdes terrenos que comenzaban a tomar las agrietadas estructuras. Piedra que fue destruida por oleajes de fuego y odio.

De entre la espesura de la bruma que bañaba la localidad, una misteriosa figura se abría paso entre ella, revolviéndola y disipándola con su porte y su andar. Cubierto por una roída y parchada capa de negro azabache, tambaleante en su andar, delataba su condición. Con cada paso que daba se escuchaba un golpe seco en el suelo, como si un trozo de madera impactara contra este. Con cada paso del hombre el sonido se reproducía. El chapoteo del agua estancada en las aceras daba a entender que el hombre no tenía cuidado alguno en su andar. Su negra capa ya estaba manchada por la sucia agua.

Un mercader de dudosa moral le detuvo en una esquina, mostrándole varios artilugios que tenía en su capa, pero el hombre ignoró al comerciante y siguió con andar fijo en su objetivo: una taberna al final de la calle de negra piedra. Cuando hubo llegado al final de esta abrió la puerta de madera del lugar para encontrase con las singulares escenas de las tabernas.

Unas revueltas de borrachos al fondo del local, el juglar que cantaba alegres canciones con su laúd y engatusaba a las muchachas con su azucarada lengua, a las taberneras atendiendo las mesas; y hubo de ellas que captó la atención del sujeto. Una hermosa tabernera con cabellos de fuego y cuerpo que le permitía obrar con tranquilidad. Vio cómo se llevaba a uno de los hombres del lugar al cuarto de atrás para servirle una comida especial. Antes de perderse de vista tras la puertecilla

de madera, la tabernera le brindó una pícara sonrisa al nuevo inquilino.

El hombre sonrío y pensó que ese sería un buen lugar para pasar el tiempo. Sin detenerse mucho más, pasó el umbral y cerró la puerta a su espalda. Se dirigió hasta la barra del lugar abriéndose paso entre los cantos y disputas entre varios borrachos. Sentándose finalmente a la barra le indicó al tabernero un vaso de ginebra.

—Si va a querer algo —respondió el tabernero desde el otro lado de la barra— deberá de quitarse la capucha, amigo. Aquí no servimos a quienes no le vemos el rostro.

Con una mueca de desagrado que se escondía tras la sombra de su rostro, el hombre no parecía estar muy contento de acatar aquella orden, así lo hizo ver un gruñido que emitió. Pero, aun con todo esto, el tabernero no cedió en su orden, es así que el hombre accedió de mala gana.

Quitándose la capucha de su sucia y roída capa el hombre dejó entrever unos largos cabellos blancos que le llegaban un poco antes de la altura de los hombros, una barba recortada, un rostro curtido de cicatrices con un semblante cortante. Pero, lo más distintivo de aquel hombre era su parche negro en su ojo derecho.

—¿Así está mejor? —preguntó con una calmada pero potente voz.

—Sí, así está mejor —replicó el tabernero sirviéndole un vaso de la incolora bebida—. La casa invita esta ronda, amigo. Tome con libertad

Esto le pareció un poco extraño a aquel hombre, pero, decidió no ponerle mucha cabeza al asunto y bebió con energía aquel vaso, el cual tenía un nuevo sabor siendo gratis. La madruga siguió con su curso y la actividad dentro de la taberna no cesaba en lo absoluto. No fue hasta que el alba iba a romper cuando la mecha del caos se desató en el lugar.

—Ey, ey amigo —un ebrio obrero le hablaba al hombre de la barra—. Ey, yo te conozco. Claro que te conozco.

Con un andar tambaleante emprendió el rumbo hasta el hombre que estaba sentado en la taberna. Sin más se sentó junto a él, y, entre hipo e hipo, después de muchos intentos logró entablar una conversación medianamente decente.

—¡Claro que te conozco! —exclamó al ver con más detenimiento el rostro del hombre—. ¿No deberías estar muerto? ¿Estás muerto?

¿Acaso yo estoy muerto?

—Lo estarás si sigues molestándome. Aléjate de mí. Apestas, ve y date un baño.

—Oye amigo —se levantó de furia desde su taburete—. ¿Quién te crees que eres para hablarme así? ¿Eh? ¿Quién te crees que eres, Espadachín Fan…?

Justo antes de que el ebrio ser pudiera terminar la oración, el hombre quedó reducido al suelo por aquel sujeto de blancos cabellos. Con un movimiento audaz se levantó del taburete, tomó la mano derecha del hombre, le pateó detrás de las rodillas para reducirlo al suelo, y, se giró hasta tensar el brazo derecho del hombre tras su cuerpo, dejándole incapacitado. Para coronar su obra empujo al obrero con su mismo brazo, dejando así que su rostro quedara en el suelo de madera.

—Te dije que serías hombre muerto si seguías molestándome. ¿Por qué no escuchas mis advertencias?

—Si yo fuera tú, lo dejaría —inquirió una voz detrás de la barra.

Cuando el sujeto de blancos cabellos ladeo su rostro hacia atrás, pudo ver como el fornido tabernero sostenía en sus manos un arma, pero, no era un arma convencional. El cañón era más grande de lo normal, podía ver como el cuerpo del rifle estaba rodeado por varios cables que retenían un líquido, turquesa y burbujeante, recorrían toda la estructura de madera y metal hasta caer por una empuñadura y converger en un solo cable más grueso que salía de la empuñadura hasta el suelo. El hombre no podía ver hasta dónde iba, pero, estaba seguro, ese era un rifle de chispa mágica. Una poderosa arma que usaba una peligrosa mezcla entre polvos y líquidos mágicos que al hacer contacto provocaban una gran explosión.

—¿De dónde conseguiste eso? Creía que eran ilegales —preguntaba sin dejar a su rehén—. Si mal no recuerdo, los polvos ragnos no son muy estables —una maliciosa sonrisa adornó su rostro.

—No creo que estés en una buena posición para hablar de legalidad, ¿no es así, Espadachín Fan..? —el hombre se detuvo en seco al ver la mirada asesina en el ojo del hombre que tenía frente a él. Tragó saliva con dificultad y levantó un poco más el rifle, en tono amenazante—. Mira, si eres el que en verdad creo que eres, esto no te hará mucho daño, pero, aun así, te recomiendo que te vayas.

—¿Sabes? No eres un buen negociante. Así no conseguirás que

haga lo que quieres.

—¿Por qué volviste? —una genuina curiosidad impregnaba la voz del tabernero, aun así, su pulso se mantenía firme en el arma—. ¿Acaso tú y tu grupo no consiguieron todo lo que querían?

—Perdimos más aquella noche de lo que podrías imaginar. Pero, creo que no te equivocas —comenzó a soltar paulatinamente al borracho que tenía retenido—, logramos conseguir lo que queríamos.

—¿Entonces?

—Ahora son otros asuntos los que me traen aquí.

—No resultas ser muy conciso, ¿no? —se aventuró a hablar con dubitativa voz.

El misterioso hombre soltó una carcajada.

—En verdad no mentían al decir que ustedes tienen información de todo. Sería raro que no fuera así por todas las preguntas que hacen —se podía notar que su humor cambió drásticamente, ahora estaba un poco más jovial—. Con algo de suerte, nunca lo sabrás. Y créeme, será mejor para ti.

El hombre le brindo una sonrisa un tanto tétrica producto de sus numerosas cicatrices al tabernero y se volteó para ver al centenar de borrachos que se erguían tras de él. Todos con alguna especie de arma; espadas, pistolas de mecha, rifles de acción mágica, o simples palos. Todos estaban listos para emprender una férrea batalla contra aquel hombre que había causado tanta conmoción en el local.

—Ahora, caballeros… y señoritas —saludó con la cabeza a las camareras que se encontraban tras unas mesas, alejadas de la acción—. Su tabernero me puso de buen humor, a decir verdad, me recordó una canción de antiguos años.

Sin provocación que la suya misma, se dispuso a cantar:

Viajero, cansado y polvoso estás, maltratado como carne fuera de su lugar.

No maldigas, no odies más. Refugió o amparo no conseguirás,

Premios estos no serán, pero, si aún quieres vivir y disfrutar

Ve a la taberna del lugar.

Pueblo, ciudad, sin distinción entrarás,

Ahí buena comida encontrarás, y,

Aún más importante que todo lo demás; información,

Mi buen amigo, información nunca te faltará.

Para sorpresa y extrañeza de todos los presentes, el misterioso hombre cantó con gran ánimo aquella canción infantil que los niños solían replicar al jugar en las calles. Su voz no era melódica en lo absoluto, era un tanto tosca. Aun así, se lograba advertir en el temple del hombre, como aquellas simples notas afloraban armoniosos, o nostálgicos sentimientos en su porte. Como si estas embriagaran su alma.

—Vaya, vaya. Sí que me pone de buen humor cantar estas canciones —sus finos labios formaron una débil sonrisa que no encajaba en aquel curtido rostro—. En fin, como les decía, mi humor ha mejorado, así que, les propongo dos opciones. Uno —alzó su dedo índice, como contando—, me dejaran salir en paz de este lugar y todos seremos felices. O dos —alzó su dedo del medio—, tendremos un pequeño problema. ¿Qué eligen caballeros?

Se hizo un aro de silencio por unos momentos.

—Ha pasado tiempo, pero aun debes valer algo —inquirió uno de los hombres.

—Quizás no una fortuna, pero cualquier cosa es mejor que lo que tenemos —respondió otro.

—La vida ha sido dura. Después de lo que hicieron tú y tus amigos, nada volvió a ser lo de antes. El dinero nos vendrá bien —otro de los hombres sonrió con malicia dejando entrever su amarillenta dentadura.

—En verdad, es una pena —replicó el mercenario con verdadera lástima.

Con un movimiento audaz y rápido, el mercenario salió disparado del lugar en el cual se encontraba e impacto directamente con su codo el estómago del primer hombre que le dirigió la palabra, dejándolo

inconsciente en el acto. Continuó con una certera patada en la mandíbula del segundo individuo. Sus movimientos eran extraordinariamente ágiles, incluso imperceptibles por el ojo humano. Finalizó su ataque con un cabezazo en la sien del tercer hombre en hablar, dejando que se desplomara en el suelo.

Los demás borrachos que se encontraban en el local retrocedieron un paso, pero, aún seguían con su postura amenazante.

—Vuelvo a preguntar. ¿Cuál opción escogen? —su voz se volvió más grave, casi de ultratumba.

Ante la negativa de los hombres, el espadachín emitió un resoplo de desilusión. Avanzó un paso, lo cual hizo que los demás hombres retrocedieran otro. Decidiendo que lo mejor sería acabar con esto de una manera rápida, con un leve batir de la tela, su brazo derecho comenzó a emerger del interior de su capa remendada de color azabache. En ningún momento, desde que entró en el local había dejado ver su brazo. Eso explicaba la expresión de sorpresa de los hombres cuando lo vieron por vez primera.

La carne y el metal se compenetraban en la aleación que hacía casi imposible distinguir donde empezaba el ser humano y donde acababa la máquina. La empuñadura de lo que debiera ser una espada estaba aleda, fundida con la carne de la mano. De los dedos del misterioso espadachín se podía ver como un líquido de color metal emergía y funcionaba de génesis para aquella extraña arma.

Una manifestación de lo más extraña.

Descendiendo por su brazo —desde el codo— el metal que se fundía con la carne descendía por varios centímetros de longitud, formando así una verdadera espada de hierro. Lo que sería la empuñadora —desde el codo del hombre hasta sus dedos— eran recubiertos por varias aleaciones de metal en tonalidades negras y turquesa que parecían formar una especie de cables de los cuales salía emitido un vapor a estos tener contacto con el cuerpo del arma. Acompañando a este vapor un estrepitoso pitido, como el de una campana de vapor, se hacía presente.

—Les daré una segunda oportunidad —pronunciaba el espadachín mientras tomaba una posición de ataque—. ¿Cuál opción es la que escogen?

Diferente a las anteriores ocasiones, esta vez las docenas de hombres decidieron ceder; lo que había pasado ante sus ojos era un recordatorio de lo temible que podía ser aquel hombre. Las personas se hicieron cada uno a un lado —dejando la vía libre como si el mar se hubiera abierto— para dejar el camino a la puerta de la taberna

completamente despejado. El espadachín lo agradeció así, y el metal que recubría su brazo comenzó a subir por este hasta perderse en el interior de la manga de su negra ropa. Pidió una cerveza de malta al tabernero, poniendo una moneda sobre la barra, y esperó. Sin mucha demora el tabernero le dio la mejor cerveza que tenía, el espadachín se lo agradeció y emprendió el rumbo hacia la puerta del local.

Mientras pasaba por ese despejado camino que las personas habían formado, podía sentir sus ardientes miradas que se posaban sobre él. Lograba escuchar los cuchicheos y las maldiciones que decían por lo bajo. Ahora creía más que nunca que aquellas decisiones que había tomado en su pasado quizás no eran las mejores. Pero, todo aquello ya no importaba. Ya nada tenía importancia.

Salió del lugar, cerrando la puerta con un estruendo. Analizó la botella que tenía en su mano derecha y comprobó felizmente que se trataba de una de las mejores botellas de cerveza que se podían encontrar de este lado de Piros, ni en Niza podría encontrar una de esta calidad. Se cubrió con su capucha, guardó el brebaje en su capa y reanudó su camino sin rumbo fijo por las oscuras calles de la Ciudad Central de Piros.

El alba ya había roto, los negros y azulados colores de la noche se cambiaron por los tonos naranjas y rosados de un nuevo amanecer que se extendía en el horizonte. De las casas de madera y piedra las ventanas se comenzaban a abrir para recibir con todo el ánimo el nuevo día que empezaba. Los pájaros comenzaban con sus cantares, el olor a pan recién hecho inundaba las calles más pobladas de la ciudad, y en los oscuros callejones de negra piedra un borracho entonaba canciones sin sentido.

El espadachín de negra figura andaba por los laberintos que formaban muchos de los callejones de negra piedra que estaban en las afueras de la ciudad, a escasos kilómetros de la primera muralla interna que protegían las periferias. Cantando canciones inentendibles, realizando ademanes incomprensibles, con un paso tambaleante que denotaba su estado etílico potente. Aquella cerveza de malta en verdad le había puesto de malas, con dificultad lograba mantenerse en pie. Claro, todo eso no sería un problema si nadie le estuviera observando, cosa que no sucedía.

Desde el puntiagudo techo de una angulada casa, otro misterioso ser observaba, de cuchillas, con mirada de halcón al espadachín que no se encontraba en todos sus sentidos. Su rostro era enmascarado por la negrura de su capa, dejando irreconocible sus facciones. Levantando su brazo, sacó un pequeño trozo de pergamino sobre el cual había escrito un simple glifo. Enrollando aquel trozo de pergamino y situándolos entre sus dedos índice y pulgar, el golpe hizo dos leves sonidos con su boca y esperó.

No pasó mucho tiempo hasta que comenzó a sentir un cosquilleo que le recorría la pierna derecha, ascendiendo por su tronco para situarse finalmente sobre la muñeca del joven encapuchado. Ahí, un pequeño roedor similar a un hámster se limpiaba sus bigotitos con su par de patitas delanteras. El encapuchado hizo otro leve sonido con su boca, la señal para que este pequeño animalito ascendiera por su mano y tomara en su hocico aquel trozo de pergamino. Acariciando la coronilla del roedorcito, el joven lo situó en el techo de la edificación. Con un movimiento de manos le despidió. No pasaron muchos latidos hasta que el joven vio como el pequeño animalito se perdía de vista.

Emitió una leve sonrisa. El mensaje había sido enviado.

Irguiéndose de su posición, del interior de su capa sacó un pequeño frasco que contenía una traslúcida sustancia que oscilaba entre líquida y gaseosa. El joven retiro el corcho y acercó el frasco hacia sus fosas nasales. Las aletas de su nariz se dilataron con prontitud al son en que la sustancia se tornaba en una totalidad gaseosa que entraba por los orificios nasales del joven. Con una fuerte inspiración, aquel misterioso hombre sintió como sus sentidos y resistencia se acrecentaban de una manera que no tenía igual. Con un gran salto aquella figura recorrió una extensión considerable de metros desde su lugar de observación hasta quedar frente a frente de aquel espadachín.

—¿Eh? ¿Quién eres tú? —preguntaba con desconcierto el espadachín.

—Maestro —aquella figura hacia una reverencia postrando una de sus rodillas al suelo—, al fin le encuentro. Le llevamos buscando desde hace dos noches. ¿Qué ha estado haciendo?

—Te pregunte quién eres —pronunciaba con grave voz mientras esforzaba su visión para tratar de ver a través de esa negra máscara de sombras.

—Lo siento, maestro —el hombre se quitó la negra capucha (similar a aquella del que llamaba maestro, pero estaba en mejor estado) dejando entrever así un rostro juvenil con ojos verdes y cabello de cobre—. Soy Dartañan, maestro.

—Ah, sí. Dar. ¿Ya es hora? —habló recuperando sorprendentemente rápido su lucidez.

—Así es, señor —no dejó de lado su reverencia en ningún momento—. Con el romper del alba, el tercer día desde su premonición ha iniciado. Ya es hora.

—Ya veo —pronunció con pesadez el espadachín—. Piros, Ciudad Capital. Se dice que nunca se está mejor que en el hogar, pero, para mí, este lugar es un asco —fijó sus ojos en las ruinas del imponente castillo que estaba a unos kilómetros de ahí—, solo me ha traído sufrimiento.

Levántate, Dar —le dijo a su hombre—, tendremos una noche muy ajetreada el día de hoy. Espero que los demás estén listos.

—Sí señor —repuso mientras se ponía de pie—, lo están. Todos están preparados para la acción.

—Así lo espero, chico, así lo espero. —Repuso una última mirada detrás de su hombro, hacia aquellas ruinas del pasado que antes daban forma a un importante e imponente castillo—. Vámonos, nuestro lugar es en otra parte.

Sentenció finalmente para emprender el paso seguido de su pupilo.

Capítulo 2

Capítulo 1: Aprender, adaptarse y sobrevivir.

Año: 3.150 a.GM

Ciudad Central de Argos-Segunda muralla-Imperio de Magón

Entre los tejados de las grandes y grises fábricas que emiten el vomitivo vapor fruto de sus producciones, una misteriosa figura saltaba entre los techos y bifurcaciones de las grandes fábricas. Su capa de color marrón le protegía su misteriosa identidad mientras daba importantes saltos de un lugar a otro. No era común ver a una persona, quien quiera que fuera, realizar tales demostraciones de agilidad y dinamismo, a esas horas del día. Pero pronto el enigma de aquel extraño comportamiento quedó resulto: tras de aquel hombre encapuchado, varias figuras humanas se abrían paso entre los tejados de la fábrica, saltando los obstáculos propios de la construcción.

Sus grises trajes los identificaba como oficiales del orden y de la paz de la región, uniformados que perseguían sin descanso a aquella misteriosa figura que corría con premura entre los techos angulados de las fábricas. Esquivando con gran maestría los obstáculos de la construcción, las antenas y torres propias de la infraestructura del lugar, el hombre encapuchado mostraba que se encontraba en su elemento al sortear con facilidad aquellos estorbos que daban tantos problemas a sus perseguidores.

Incluso en medio de media persecución, el hombre se dio el gusto de mirar sobre su hombro a aquellos oficiales que inútilmente trataban de darle caza, y les dirigía una sonrisa de burla mientras ganaba varios metros de distancia. Moviéndose con reflejos felinos atravesaba las grandes nubes de oscuro humo que emergían de las variadas chimeneas de la fábrica. Cruzaba debajo de varios trozos de metal, saltaba muchos otros, se daba el lujo de realizar piruetas que, si sus perseguidores fueran un tanto más ágiles, no podría realizar.

La persecución se extendió por mucho tiempo, tanto que hizo que ambas partes lograran llegar a los límites de la fábrica. Mirando hacia abajo, el hombre pudo ver que eran al menos unos treinta metros de caída libre antes de tocar el suelo, una caída mortal que no estaba dispuesto a sufrir. La única oportunidad que veía para salvar su pellejo de los oficiales que ahora estaban a unos escasos metros de él, era saltar hacia la próxima fábrica que estaba contiguo a la donde él se encontraba. Aunque en esto se hallaba un gran problema: una distancia considerable

de al menos veinticinco metros separaba a ambas fábricas. El sujeto ladeo su cabeza hacia atrás, ahí pudo ver lo cercanos que estaban sus perseguidores, y sabía que si lo atrapaban la muerte sería un destino mejor que las cárceles del reino. Es así que no pudo dudar mucho antes de tomar su decisión.

Sacó de su capa marrón un pequeño frasco de vidrio que contenía una sustancia blanca que oscilaba entre líquida y gaseosa. Tragó saliva con dificultad antes de que su enguantada mano aplastara aquel frasco, hiriéndosela en el proceso, e impregnando la palma de esta con aquella extraña sustancia. No pasó mucho tiempo antes de que pudiera sentir los efectos. Su mente se despejaba, comenzaba a sentir un cosquilleo en sus piernas, y el dolor de su mano herida no representaba mayor inconveniente. La sustancia de su herida mano comenzaba a burbujear al mezclarse con su sangre, emitiendo así una especie de vapor que fue adsorbido por las fosas nasales del hombre. Estaba casi listo para iniciar con su labor. Pero, aun así, decidió dar unos cuantos segundos más para asegurarse que los efectos surtieran su efecto con normalidad.

Si fallaba, sería una larga caída.

Cuando escuchó el sonido de los pasos de sus perseguidores, ladeo su cabeza para ver que estaban casi sobre él. Retrocedió un poco, tomando distancia para dar un salto, un gran salto. Cuando hubo tomado el impulso necesario comenzó a correr hasta el borde de la fábrica, y, para sorpresa de sus perseguidores —que se quedaron inertes al verlo saltar— el misterioso ser dio un gran salto de al menos unos treinta metros. Dio una voltereta para caer sobre el tejado de la otra fábrica sin mayores daños. Levantándose del suelo se palpó su cuerpo para comprobar que no se había roto nada. Al comprobar que así era, soltó una pequeña risa nerviosa dando a entender que estaba satisfecho con lo sucedió. Colocó dos dedos sobre su sien, en señal de despedida hacia los uniformados hombres que ahora estaban a una gran distancia de él —era imposible que dieran aquel salto—. Les brindó una nueva sonrisa burlona y reemprendió su huida por los tejados de aquella nueva fábrica.

Los uniformados hombres se quedaron de piedra al ver aquel poderoso salto emitido por la misteriosa figura. Ya no había nada que pudiera hacer. Lo habían perdido.

Ya sin tener la presión de ser perseguido, el misterioso ser encapuchado continúo con un andar más tranquilo por los tejados de las diferentes fábricas y techos angulados de las casas de piedra y madera cuando había entrado a las inmediaciones de la ciudad. Las grandes fábricas mágicas estaban separadas de los residenciales de los civiles por varios kilómetros, así que la travesía del hombre había sido larga. Tan

larga que la noche se había asentado en el firmamento, y los pequeños puntos blancos se dibujaban en este eran la compañía perfecta para el encapuchado ser.

Mientras corría y saltaba entre los techos de los hogares, admiraba el firmamento y la lechosa luna que se erguía sobre su cabeza. Nunca se sentía tan seguro como cuando el manto de la noche lo acogía en su seno y le daba la seguridad que el día jamás proveía. Se dio un minuto para descansar recostándose en la chimenea de piedra de una de las casas. A su derecha se encontraban la infinidad de hogares y calles que comprendían el seno de la civilización, comprendían la Ciudad Central de Argos.

Aunque esta se encontraba a cientos de kilómetros de distancia, la figura del castillo real se erguía con toda su imponencia sobre las gruesas murallas de piedra que le protegían. En todo el reino no existía una edificación que tuviera un mayor tamaño, solo los grandes y grises bloques de piedra de las fábricas podrían hacerle competencia. Y ni aun estas podían igualar la magnificencia del castillo. Aquel lugar que era el culmen de la civilización en el reino de Magón. En donde descansaban la realeza y los nobles de más alta alcurnia, y claro está, sus guardias personales y la defensa de élite del reino.

A su izquierda se podían ver una región que estaba colmada de grandes y grises bloques de metal y piedra. Las grandes fábricas del reino en donde se destilaba y refinaba una imitación de las artes mánticas. Soltó una risa tonta cuando pensó en las leyendas que escuchaba de niño. Aquellas que versaban sobre terroríficas criaturas, inmensurables terrores y antiguos héroes. Rio puesto que sabía que no existían brujas ni bestias ancestrales. Aquellos cuentos del pasado no eran otra que vagas alucinaciones.

—"Era Dard el noble. Sus cabellos de sol y espada de noche. Mata al dragón que habita en Melcridán, lugar de oscuridad. Salva a la doncella Melodía, la libera de la tiranía. Se casan en Alto Noble y viven en felicidad" —cantaba algunos versos de una antigua canción de su infancia—. Vaya que la vida cambia mucho. El noble Dard estaría desilusionado de verme cometer crímenes. "Lealtad, ferocidad y nobleza. Servidumbre para la grandeza. Atributos de los héroes estos son, gran prestigio dará a su portador". Claro que sí —soltó una risa burlona—, claro que sí. El prestigió no me dará de comer —recostó su cabeza en la chimenea de piedra, pero, no dejó de mirar al horizonte en donde aquellos bloques de piedra y metal emitía el oscuro ungüento del cielo.

Aunque no podía verlo, tras aquellos bloques de fábricas se encontraba la última frontera: la Ciudad Limítrofe de Ruam. El último territorio del reino de Magón. Después de ahí se encontraba la libertad. La libertad de salir a la luz del día sin ver carteles que pedían su cabeza, la

libertad de caminar por las calles sin ser perseguido o reconocido por la multitud. La libertad de vivir y hacer una nueva vida… una nueva vida de crimen. El robo y el asesinato era lo único que conocía aquel joven. No podía permitirse el lujo de aprender algo más. Debía comer y dormir, y esas dos cosas no eran nada baratas.

Se levantó de su breve lecho, se estiró y sacudió sus piernas, ya había tenido el descanso suficiente, ahora debía de terminar con su entrega, con su misión. Emprendió el rumbo hacia el norte, hacia el centro de la ciudad de Argos.

Las calles estaban hechas de baldosas de piedra, las tiendas y hogares que estaban junto a las calles estaban hechos de negra madera o fuerte roble, esto junto con los negros bloques de roca que sostenían las edificaciones, daban el soporte perfecto para que las casas y negocios se mantuvieran en pie durante varios años más. Al caminar bajo el manto de la noche una tranquilidad inquietante embriagaba el ser de aquel hombre. No era normal caminar entre la multitud —aunque eran escasas las personas que se mantenían en las calles a esas horas— sin ser detectado o señalado. Era extraño, sí, pero le gustaba.

Mientras caminaba por las calles se encontraba de vez en cuando con algunos carteles de búsqueda que tenían su rostro y su nombre. Sin prestarle mayor atención, y con un movimiento rápido de su mano, los quitaba de las paredes y de los muros. No quería tener más problemas de lo que ya tenía, así que debía ser rápido y eficiente para que nadie lo viera quitando aquellos trozos de pergamino. Continuó con su andar por varios minutos más, los faroles de aceite de las calles iluminaban con cierta gradualidad las calles de la región, entre cada farol había unos escasos metros que no estaban iluminados, pero nada grave. Si alguien intentara asaltarlo o aprovecharse de él, se llevaría una desagradable sorpresa.

Siguió caminando hasta el final de la calle cuando por fin logró ver su destino. A su mano derecha había un cartel de madera que indicaba el nombre de una tienda, e invitaba a entrar a la misma. “Posiciones y hechizos el caldero humeante”. Era un simpático nombre que hacía pensar en ello como una tienda de cuento de hadas. Una estrategia brillante. Sin mucho reparo, el hombre subió las pequeñas gradas para dar al pie de la puerta, y sin preguntar ni nada, entró en la tienda pese al letreo de cerrado que estaba en la puerta.

Apenas logró entrar en el local volvió a entender el porqué de ese nombre. Las repisas de las paredes estaban llenas de tarros de madera tapados con trozos de tela de los cuales escurrían líquidos de diversos colores, tarros y recipientes de vidrio que tenían diversas sustancias y polvos de diferentes colores y olores que impregnaban el local entero con

agradables fragancias. Las repisas estaban algo más que llenas, no podía caber ni un solo frasco de cristal, por más diminuto que fuera. Los estantes que estaban en el suelo no podían ser diferentes: seguían el mismo patrón de llenura y extravagancia. Había algunas enredaderas que cubrían las repisas de madera y algunos polvos de colores cubrían estos armazones de madera.

Después de admirar los estantes de la tienda, el encapuchado ser sacudió su cabeza de un lado a otro, como queriendo salir del trance en el cual estaba y reanudó su paso. Llegó hasta el mostrador que seguía el mismo patrón que las repisas. Tocó la campanita para llamar al dueño del lugar. Una vez, dos veces, tres veces y nadie acudía a su llamado. Tras su capucha marrón el hombre comenzaba a impacientarse. No fue hasta después de algunos momentos eternos que el encargado del lugar emergió de una puerta trasera.

Su apariencia no podía estar más acorde con el lugar. Llevaba sus ropas cafés con detalles en rojo, un peculiar abrigo marrón que cubría desde sus hombres y caía hasta un poco más arriba de sus tobillos. Su cabello rubio y sus ojos verdes contrastaban con su tez blanca, y, en su rostro llevaba un extraño aparato que emergía desde su oreja, una especie de lente color ámbar que estaba unido a una especie de brazo de metal que estaba fijo en la oreja derecha del hombre. Con este lente era que inspeccionaba las posiciones y demás aleaciones que preparaba.

—Oh, vaya, vaya. Llegas en un inesperado momento —limpiaba sus manos llenas de polvos azules en su abrigo—. No te esperaba hasta el día siguiente.

—Te alegrará saber que lo hice mucho antes de lo que tenía previsto —sacó una pequeña bolsa marrón de su capa—, no fue muy difícil, aunque el escape se complicó un poco más de la cuenta —lanzó la bolsa hacia aquel sujeto—. Por cierto, tuve que usar uno de los frascos para escapar.

—Lo sé, lo supe desde que te vi entrar—los ojos del hombre se posaron sobre la ensangrentada mano del encapuchado ser—. Debes tratar esa herida rápido, o podría ser un problema. Espera aquí un momento.

El peculiar dueño del local dejó la bolsa marrón sobre el mostrador y se perdió de vista tras la puerta trasera del local. No tardó mucho hasta que llegó con dos pequeños bancos de madera y una caja de metal la cual fungía como botiquín.

Colocó ambos bancos en el suelo, lo suficientemente juntos. Se

sentó en uno e invitó que el otro hombre hiciera lo mismo.

—Vamos, debemos tratar esa herida.

—¿Esto reducirá mi paga?

—No. Solo pienso que un mercenario herido y con una mano amputada por infección no podrá seguir haciendo trabajos para mí. ¿Te parece razón suficiente?

—Me parece —y se sentó al banco.

El tratamiento era rudimentario, pero, no se podía pedir mucho más. El dueño del local comenzó a sacar los trozos de cristal encarnados en la palma del mercenario, despertando algunos quejidos de dolor o molestia por parte de este. Después de quitar todos los trozos procedió a quitarle el guate de negro cuero que recubría su mano, procedió nuevamente a sacar algunos trozos de cristal que no había visto. Luego, sacó una botella que vidrio de la caja de metal que tenía un líquido incoloro dentro de ella. Empapó un paño de tela y limpió la herida de la palma del hombre.

Escoció cuando su mano tuvo contacto con el líquido, y el mercenario emitió algunos sonidos de dolor o molestia, pero sabía que era necesario. Después de eso el dueño del local sacó otro frasco, pero este era de madera y tenía un líquido verde, pegajoso y muy viscoso. Cubrió la herida del mercenario con esto —esta vez no escoció ni dolió— para luego cubrir su herida con una venda de lino. Finalizando así su labor.

—Listo. Esto debería ser suficiente. Dentro de unos cuantos días estarás bien.

—Eso espero —apretaba su puño para comprobar si su mano le dolía menos que antes—. Gracias, eso fue de gran ayuda.

—No hay de qué. Ya lo he dicho, has hecho grandes trabajos para mí, así que creo que nuestra relación va un poco más allá de lo profesional, ¿no lo crees así, Izan?

Después de estas palabras el encapuchado ser se quitó la tela que no dejaba vislumbrar su rostro, dejando al descubierto así su cara y cabellera azabache ondulada y un tanto despeinada. Sus ojos eran de color miel, y su tez era blanca. Sus rasgos mostraban que era mucho más joven de lo que se podría imaginar en un principio, y era así puesto que no tenía más de veinticuatro años de edad. Una juventud que hacía gran contraste con el rostro de su empleador, el cual, aunque no era viejo, si

se podía apreciar la madurez y el paso de los años.

—Me cuesta creer eso, Lorenzo. Pero, cada vez que convenzo más —dijo mirando su mano.

—Eso espero —sentenció mientras comenzaba a alejarse de Izan— Y dime, ¿se te antoja algo de té?

Tan repentina fue la invitación que Izan no tuvo tiempo a negarse, es así que solo asintió con su cabeza para después ver como Lorenzo se perdía por aquella puerta trasera. Después de algunos minutos volvió con una bandeja en al cual traía un poco de repostería, una tetera y dos tazas. Ambos acercaron el par de bancos al mostrador, y ahí tomaron el té.

—Debo decir, Lorenzo, que eres la persona más peculiar con la que me he tomado. En todos los meses que llevo de conocerte, nunca he encontrado a nadie con tu.

—Ese es el mejor cumplido que me han hecho en mucho tiempo.

—Es la verdad. Solo mira este lugar —Izan paseó su visión por todos los estantes de la tienda—. Parece sacado de un cuento de hadas.

—Y ese es el segundo mejor cumplido que me han hecho. Dos en un día, estoy en racha —tomó un sorbo de su taza de té—. Pero esa es justamente la razón, Izan. Solo mira las fábricas y demás tiendas que hay por el reino. Todas son aburridas y burocratizadas, grises y sin vida. Todas las tiendas de posiciones en el reino, o, al menos a este lado de Argos son iguales, y, por lo que sé, las de Piros no son la gran cosa.

La gracia, Izan —continuó mientras comía de una galleta—, es sobresalir. Ser diferente y así conseguir más clientes. Solo mira este lugar —extendió sus manos con orgullo—, es fascinante, casi puedes sentir que estás en un cuento de hadas. En un relato de Dard el Noble, el Valiente Erza o inclusive la guerra Datori. El ser vistoso es la primera parte que ha llevado a que mi negocio sea uno de los más exitosos de Magón.

—¿Y la segunda parte es robarle a la corona? —señaló con la cabeza la bolsa marrón que seguía reposando en el mismo lugar en donde Lorenzo la dejó hace minutos.

—Casi, Izan. Casi aciertas. —Lorenzo extendió la mano y tomó la pequeña bolsa. Al abrirla sacó un pequeño frasco de vidrio con una sustancia blanca dentro de él—. Ah, es precioso, no lo crees, Izan. La arimancia es preciosa.

—Yo no usaría esa palabra. Útil. La arimancia es más bien útil.

—Ese es el primer error. Considerar a las artes mánticas útiles y no preciosas.

Izan no estaba del todo de acuerdo con Lorenzo. Él no podía concebir a la arimancia —y sus derivaciones— como algo precioso cuando solo era una sustancia blanca, al menos bien conseguida imitación. Las artes mánticas eran útiles, era lo que le permitía ganarse la vida y sobrevivir. Incluso esa sustancia le servía a él, quien no poseía gran afinación a la arimancia. Debía estar agradecido. No era algo que todos pudieran hacer sin sufrir una funestas consecuencias.

—Es precioso —continuaba Lorenzo— porque permite que las personas que no pueden crear las artes mánticas la puedan usar, para usos más burdos, claro está. Pero la pueden usar. La ciencia avanza rápido, querido amigo. —Lorenzo cruzó sus ojos con los de Izan—. Solo imagina lo que se podrá conseguir dentro de unos cuantos años. ¿A dónde nos llevará el poder sobre las artes mánticas como humanidad?

—Un destino que me esforzaré para no vivir —inquirió mientras tomaba de su taza de té.

Una media sonrisa afloró en el rostro de Lorenzo.

—Vamos, vamos. ¿A qué viene esa melancolía? Deberías estar satisfecho, has conseguido un gran botín el día de hoy. Aunque claro que jugarse el cuello así solo sería algo que harían los locos o los idiotas.

—Tu entras en ambas categorías con creces.

—Tres. Este es el tercer mejor halago del día. ¿Qué te sucede hoy, Izan? —preguntó en tono de broma.

—Bueno, entrar en esta tienda siempre me pone de buen humor —inquirió con picardía.

—Cuatro. Cuando quieras te puedo presentar a alguna de mis clientas habituales. Estoy seguro de que les caerás muy bien.

—Lo tendré en mente. Pero lo que más me importa ahora es otra cosa —dijo al extender su mano.

—Claro, claro. No creas que lo he olvidado

Levantándose de su taburete, Lorenzo se dirigió a las trastienda, dejando a Izan para que cuidara la tienda. No estuvo mucho tiempo ausente, después de unos cuantos minutos el sonriente hombre emergió por el

umbral con cuatro fajos de cuerda que atravesaban pequeñas circunferencias por el centro de una especie de rueda. No había ninguna otra forma de describirlo. Aquellas peculiares monedas tenían forma de rueda, y eran unidas por aquella cuerda.

Con un sonoro tintineo, Lorenzo colocó los fajos de monedas sobre el mostrador.

—Bien, como te prometí, aquí está tu paga. Cuatro céntimos de cobre.

Izan alzó una ceja como señal de disconformidad.

—Por lo que veo, quieres deshacerte del cambio. Cuatro fajos de ruedas de estaño no era lo que pensaba que me darías como pago.

—Vamos, vamos. No te quejes. Hay cien ruedas por cada fajo. Lo conté dos veces para ti, así no tienes que temer que te pueda estar timando. Dinero es dinero, amigo mío. Además, transportar el dinero por fajos de cuerda es más cómodo… bueno, lo es si crees lo que dicen mis clientes. Pero si no los quieres, allá atrás tengo algunos fajos de peniques de latón, pero por favor no me hagas ir, no creo que mi espalda pueda cargar tanto peso para equiparar la suma a cuatro céntimos —entonó un fingido tono lastimero mientras su cara era adornada por una sonrisa de picardía.

Izan lanzó un suspiro de resignación mientras acercaba uno de los fajos Lorenzo. Quien respondió con una mirada de confusión.

—Tres céntimos —entonó mientras introducía los sonoros fajos en el interior de su capa—. Tuve que usar un frasco, así que solo son tres. Soy un hombre de honor… un dudoso honor —se apresuró a decir—, pero honor a fin y al cabo.

—Ojalá hubiera más personas con ese dudoso honor —dijo riendo.

Izan se levantó del banco y se dirigió hacia la puerta de la tienda, se despidió de Lorenzo con un movimiento de cabeza, el cual este respondió levantando la mano, e Izan se marchó del lugar. Cerrando la puerta del local bajó por las pequeñas escaleras hasta dar con el suelo de baldosas de piedra. Con el bolsillo lleno podía buscar un lugar para comer y dormir esa noche. No tenía que preocuparse mucho por el dinero, esos quince doblines podrían darle comida y refugio por algunas semanas. Lorenzo pagaba muy bien. Izan se colocó su capucha y emprendió el rumbo con buen humor.

Capítulo 3

Capítulo 2: Primera inclinación

Año: 3.150 a.GM

Ciudad Central de Argos-Segunda muralla-Imperio de Magón

Argos era un lugar que rebosaba de tabernas y locales propicios para la diversión —de todo tipo—, una buena comida y descanso. Pero en esa oportunidad Izan se tomó el lugar de ir a un lugar un poco más sofisticado, si era que esa palabra se podía emplear en aquella taberna. Si bien era cierto que no había borrachos en el suelo cubiertos de vómito —como en casi todas las tabernas— tampoco era que tuviera mucho de especial. Era un lugar espacioso, la música era buena y las camareras eran aún mejor.

Un trovador errante impartía su música a cambio de comida y cobijo, era un trabajo interesante y bien pagado. Izan estaba en una de las mesas de madera del fondo esperando que la camarera llegara con su platillo. Cuando vio los dorados cabellos de está acercándose a su mesa, su corazón dio un vuelco. Quizás más por la belleza de la mujer que por la deliciosa pierna de cordero con patatas que llevaba está en el plato. Le sirvió su comida y una burbujeante cerveza de malta, y, guiñándole un ojo, la camarera se marchó.

Ocho peniques de bronce y cinco céntimos de latón le habían costado esa cena. Era algo cara, pero podía darse esos lujos de vez en cuando. La verdad es que ya había olvidado la última vez que había comido tan bien. Mientras degustaba tal delicia, fruto de su paranoia, inspeccionaba el lugar. Era algo que hacía en todos los sitios en los cuales se encontraba. Y fue de esta manera que dio con un sujeto de extraña apariencia en una de las mesas del fondo. Un hombre con una capa de color azul oscuro, casi negro, estaba sentado sin nada en su mesa y no parecía que estuviera esperando a alguien. Izan lo hubiera dejado pasar si no fuera porque sus agudos oídos captaron algo que fue de su interés.

—Ves a ese tipo de allá, ¿no? —dijo la voz de un hombre que estaba cercano a su mesa.

—Sí, ese sujeto con esa ridícula capa —replicó su amigo que estaba junto a él.

—Cuentan los taberneros de otros lugares que ese tipo ha estado por casi todas las tabernas de Argos, y todas las tabernas de Ruam. Se

dice que está buscando a un mercenario para hacer un trabajo.

—¿Un mercenario? No creo que sea tan difícil conseguir uno en Ruam o Argos.

—Claro que no lo es, estúpido. Lo difícil es encontrar un mercenario que sea un mago.

—¡¿Un mercenario mántico?! No digas tonterías. Solo en Argues se lograría encontrar a un mercenario que sea mántico. Y eso porque el ejército del reino no ha podido darles caza como se debe. Un mercenario mántico—replicó riendo—, es absurdo. Los mánticos de Magón solo pertenecen al ejército o a las fuerzas especiales.

—Justamente ese es el problema. No hay ningún mercenario de dicha clase que quisiera o pudiera aceptar. Este pobre tipo está perdiendo el tiempo.

Con disimulo Iza escuchaba prestando gran atención lo hablaban ese par de sujetos. Dejó de hacerlo cuando los escuchó riendo y recalcando la estupidez de aquel hombre. Aquella ocasión había captado el interés de joven mercenario, pero debía de admitir que era algo riesgoso, podría tratarse de una trampa. Debía proceder con cuidado.

Dejó que el tiempo pasara, y para no levantar sospechas, pedía una cerveza de ciruela cuando se había terminado la anterior. Un par de peniques gastados no serían un problema si era cierto que aquel hombre quería a un mago mercenario, eso querría decir que la paga sería buena. Es así que Izan esperó a altas horas de la noche, cuando el local estuviera quizás no tan vacío, pero sí la gente lo suficiente ebria como para que no lo vieran hablando con aquel ser.

Cuando consideró que era el momento oportuno, se levantó de su mesa y se dirigió a aquel misterioso hombre.

—¿Está libre? ¿Puedo sentarme, amigo?

—Puedes, pero ¿acaso quieres?

—¿Por qué razón no querría hacerlo?

—Porque en todo el rato que llevas observándome nadie se ha sentado a mi mesa. Lo cual podría ser algo sospechoso, al menos que te intereses en este tipo de cosas.

—Eso yo lo decidiré —sin mayor reverencia, tomó asiento. Con un

ademán de su mano, le pidió a la camarera dos cervezas de malta.

—No creo que deberías seguir bebiendo. Ya tomaste suficiente por esta noche.

—Así que tú también tienes buena vista. Es grato saberlo. Gracias, linda —se dirigió a la camarera cuando trajo ambas cervezas. Izan alzó la suya en son de brindis— ¿Gusta brindar conmigo?

—Claro —dijo levantándose su jarra—. ¿Por qué brindaremos?

—Por propuestas inesperadas.

—Por propuestas inesperadas —replicó el encapuchado hombre.

Ambos tomaron su bebida en un silencio que evocaba una aparente quietud y tranquilidad, pero en todo este tiempo que pasaron sentados juntos y al parecer hablando de cosas sin importancia, Izan no pudo evitar pensar en cómo aquel hombre no se quitaba su azul capucha, y los secretos que esta podía esconder.

—¿Qué le parece si hablamos de negocios? —replicó de la nada el mercenario.

—Me parece. ¿Qué tipo de negocios?

—Bueno, he escuchado muchos rumores por ahí. Sobre usted.

—Los rumores siempre son el medio más rápido por el cual puede viajar la información. Es una pena que en muchas ocasiones lo que llevan no sea la verdad… pero, es fortuito que este no sea uno de esos casos.

—No sabe lo que me alegra escucharlo —contestó con una gran sonrisa.

—¿Le molesta si salimos?

—Después de usted.

El hombre de la azul capucha se levantó de su asiento y salió de la taberna, Izan fue justo después de él. Ambos hombres entraron a un oscuro callejón que estaba justo detrás del local. Todo el tiempo, bajo la seguridad que le daba su capa, Izan tenía su mano en la empuñadura de su espada.

Ambos hombres se colocaron cara a cara, y fue el extraño ser encapuchado el que rompió el silencio, eso sí, no se retiró su capucha en

ningún momento, y por ningún motivo.

—Seré directo: estoy buscando a un mercenario, pero uno muy especial. Necesito a un mántico para este trabajo.

—¿Puedo preguntar por qué un mántico?

—Porque solo un mántico tiene la habilidad para hacer lo que necesito. Solo un mántico puede cumplir la misión que le quiero encargar.

—¿Y qué tipo de misión es?

—Asesinato. Pero no un asesinato cualquiera. La muerte de un noble. De un importante noble del reino, no uno de esos de poca monta. No, para nada. Un noble de Lennute. El regente de la ciudad. —El encapuchado ser dejó un halo de silencio. En parte para acentuar la seriedad de sus palabras, en parte para admirar la expresión de sorpresa que se comenzaba a tejer en el temple de aquel mercenario.

Nuestro querido amigo —continuó— ha pasado los últimos ciclos yendo y viviendo entre Piros y Lennute, hasta que, finalmente se asentó en la ciudad. Este hombre es un importante inversor en varios proyectos de investigación que lleva a cabo del reino de Magón. Su seguridad será máxima, sí sabes a lo que me refiero. Es por eso por lo que necesito un mántico. Solo un mántico puede contra su igual.

Silencio.

Era débil. Una fila estela que se comenzaba a tejer entre ambos hombres, entre el empleador y el posible empleado. Izan calló mientras consideraba las implicaciones de aquello.

—Siempre existen drogas que pueden simular las habilidades de un mántico.

El hombre sonrió. Una imperceptible sonrisa alumbró su rostro en sombras.

—Simular no es lo mismo que el don natural dado por las alturas. —Izan reprimió una mueca. Así que se estaba encontrando con un religioso—. Aunque simulara, hay un límite de tiempo, y la droga terminaría por destruir el organismo del pobre infeliz, lo cual, le haría lento e inservible para esta misión. Si una persona así quisiera el trabajo, sabría que ya lleva mucho tiempo con la droga, lo cual no me serviría.

—¿Y cómo sabrá quién es o quién no es un mántico?

—Fácil —seguidamente, el misterioso hombre sacó un doblín del interior de su capa y lo sostuvo con su dedo índice y pulgar frente a Izan—. Solo un mántico podría arrebatarme esta moneda de mis manos sin tocarla. ¿Quiere probar?

—¿Está bromeando? —replicó con cierta impaciencia—. Así no funcionan las cosas. Estas no son las historias de Erza, no se puede atraer los objetos hacia ti como si nada. Las artes son complejas. Poco podría hacer si fuera un alador y no tuviera un previo vínculo. Y quedaría en la nada de ser akidor.

El misterioso ser dejó entre ver una sonrisa.

—Excelente. No es de común saber los principios básicos de la mancia. La mayoría solo está familiarizada con las sustancias refinadas —guardó su moneda—. Solo un mántico (o un ingenioso farsante) sabría la dificultad de lo que le pido. —El hombre calló, mientras comenzaba a ladear su cabeza por la multitud del bar—. O bueno, no es algo muy conocido dentro de estas murallas, eso he de decirlo.

Muchos lo han intentado —entonó mientras su atención volvía al mercenario— y han fracasado. Entonces, querido amigo, ¿qué tipo de mántico eres? ¿Vienes de los terrenos que secundan el desierto del Ahlar? ¿Eres de aquellos despreciados Nobiladores? ¿Un akidor de energía? ¿Un grácil tirador? ¿O acaso tus habilidades son más rústicas, cómo la gran fuerza y resistencia de los Ignadores? —El hombre guardó silencio por unos hombres, para después hablar con una curiosa voz—. ¿O caso tus orígenes son más extraños? ¿De las tierras del Tatanur o grandes campos de Henstransburg?

—Soy de todos los lugares y a la vez ninguno —contestó Izan, al son de que una leve brisa agitaba los pliegues de su roída capa—. Mi hogar es el lugar en donde puedo reposar mi cabeza, mi sustento lo gano con la sangre que impregnan mis manos. No tengo ni patria ni credo; soy del viento y del dinero. Pero puedo darte una pequeña demostración.

Izan cerró sus ojos y se concentró. Canalizó sus pensamientos, y con el batir de su dedo índice, logró desestabilizar a la figura que se cernía frente a él. Era un pequeño truco que había desarrollado con el tiempo. Debía hacer uso de toda su concentración para lograr un pequeño batir. Era como rasgar una tela invisible que se cernía en el espacio. Una delgada tela, tan gruesa como una hebra de hielo, una hebra que lo conecta a todo y a todos. Se estira, se retuerce, cambia su forma más no su estructura. Inclusive, tan banal acción, como el batir de un dedo índice para romper un débil equilibrio requería un esfuerzo enorme. Sobrenatural.

El hombre de azul capa recuperó la estabilidad sin dificultad. Tuvo que hacer uso de todo su entrenamiento para que en su rostro no se mostrara toda la sorpresa que crecía en su interior. Al principio, no podía creer lo que había sentido. No podía creer aquel individuo hiciera tal demostración.

Una sonrisa de satisfacción de dibujó en su rostro.

—¿Eso le sirve? —replicó el joven con satisfacción al ver la reacción del hombre, ocultando lo mejor que podía el cansancio y mareo de tal esfuerzo. No era algo que hiciera seguido. Era algo que había dejado guardado en lo profundo de su consciencia.

—Puedo conformarme. —Con premura el hombre borró aquella marca de su rostro. Introdujo su mano a lo interno de sus opacas ropas, y sacó un pergamino de su capa mientras caminaba hacia el joven—. Lo que va a hacer es sumamente complicado, ya lo sabe. Puede estar en peligro mortal, yo no me responsabilizó de su muerte, o de las muertes que puedan pasar durante la misión. Si le atrapan, usted será el único responsable. Si muere, usted será el único responsable. Este pergamino solo tiene las instrucciones que hará. No tienes nada contra mí, así que es mejor que no busque como involucrarme en esto. ¿Lo entiende? —dijo al estar a unos escasos centímetros de Izan.

—A la perfección —sentenció mientras tomaba el pergamino.

—Le deseo suerte, y que este negocio sea provechoso para ambos.

—Yo también lo espero.

Sin más que agregar, el hombre se marchó a través del estrecho y oscuro callejón, dejando ahí solo a Izan con aquel pergamino en sus manos. Aquella había sido una reunión un tanto extraña y peculiar, aquel sujeto no dejaba de darle una mala vibra, pero, si todo lo que decía era cierto, esta era una gran oportunidad, y no planeaba desecharla.

En la comodidad de la habitación que rentó por esa noche en la misma taberna en la cual se encontró en aquel misterioso ser, Iza estaba listo para leer aquel pergamino que ahora tenía en sus manos. Lo desenvolvió con cuidado, y en el amarillento papel logró leer lo siguiente:

Misión de asesinato. Conde Duke Lemaire. Ubicación: distrito de alta clase de Piros. Dará una cena de celebración por su contribución al

progreso y ciencia del reino dentro de cinco días del día al ser entregada este pergamino. Su lujosa y alquilada residencia se puede encontrar en las coordenadas anexadas en la parte posterior del pergamino. Recompensa: 500 doblines de plata.

El corazón del mercenario dio un vuelco cuando leyó la suma a pagar.

¡Quinientos doblines de plata! Pensó para sus adentros mientras volvía a leer la misiva. ¡Quinientos doblines de plata! Volvió a pensar cuando se aseguró que no había leído mal. Tanto los brazos como las piernas comenzaron a temblarle, así como las palmas de sus manos comenzaron a ponerse sudorosas.

—Quinientos doblines de plata —se aventuró a susurrar, después de leer la suma por quinta vez. Ni en su lejano pasado había logrado tener tanto dinero. Lo más había llegado a sopesar en sus manos, eran unos veinte o treinta astros de aluminio. Pero aquel recuerdo se veía turbado por la aversión que había desarrollado por el estampado del primogénito Mykel al reverso de la moneda.

Izan sacudió su cabeza. No quería pensar en otra cosa que no fuera aquella misiva.

Volvió a leer la carta con rapidez, la recompensa era casi del tamaño de una pequeña fortuna de un noble menor del puerto de Nisa o de la ciudad de Ruam. Era una oportunidad que Izan no podía dejar pasar, así como así. Pero aun con todo debía de tener cuidado, ser precavido, y, sobre todo, vigilar su espalda. Así era como había sobrevivido por tanto tiempo, no dejaría de hacerlo ahora.

Cinco días. Ir desde Argos a la Ciudad Capital de Piros tomaría todo un día de viaje, eso querría decir que le quedarían tres días para prepararse para la misión si salía mañana por la mañana. Casi al romper el alba. Sería un largo viaje, y tendría que alquilar un caballo, pero, lo conseguiría. Quinientos doblines. Izan no podía dejar pasar esa oportunidad. De la emoción casi no pudo dormir, pero, se obligó a hacerlo, debía de estar descansado para el día de mañana, tendría un largo día de viaje.

A primera hora Izan fue a pagar el cuarto, y, ahí aprovechó para comprar las provisiones necesarias para el trayecto. Gastó dos doblines solo en comida en la cantina, y dos doblines y cinco peniques de cobre para comprar el mejor caballo que pudo encontrar. El más rápido para no perder un solo segundo. Fue así que emprendió su largo viaje hacia lo que supondría la respuesta para todos los problemas que el joven Izan

estaban pasando en estos momentos.

A travesó la primera muralla, la muralla de Piros con la tarde daba paso a la noche. Ya en la Ciudad Capital vendió a su caballo a eso de nueve peniques y dos céntimos de latón. Ahora esa venta no le preocupaba lo suficiente. Aprovechó para dormir ese día, debía de estar descansado para iniciar con el reconocimiento del terreno el próximo día a primera hora. Y así lo hizo. Se paseó por el lugar en donde las coordenadas adjuntadas al pergamino le indicaban. En cuestión de los dos días que le quedaban examinó el área con detenimiento, logró identificar los puntos importantes y las fortalezas que brindaba el terreno. Los buenos puntos de observación y variadas vías de escape.

Estaba listo para que llegara la noche del día siguiente.

En la punta de un edifico comercial, angulado y hecho de piedra y madera negra, Izan esperaba paciente en la punta de este a que en su rango de visión que daba a una ventana de la elegancia y gran mansión del conde Duke, su objetivo se vislumbrara para tener contacto visual con él, y así asegurarse que estaba en lo correcto. Sacó de un bolsillo interior de su capa un par de prismáticos de vidrio verde los cuales le servían para hacer acercamientos y ver con mayor claridad lo que acontecía por aquella ventana.

Izan comenzó a observar el lugar a través de los ojos de aquellos prismáticos. Identificó a varios guardias por los jardines traseros, vio a varios invitados con sus elegantes ropas de gala, y, por fin dio con el conde Duke.

—Grande, gordo, de cabello negro y una horrenda barba. Calza a la perfección con la descripción dada en el pergamino —hablaba mientras tenía al conde en la mira con sus prismáticos—. Espero que disfrute la cena, conde, porque será la última —sonrió con malicia para sentenciar sus palabras.

Capítulo 4

Capítulo 3: Presa del fracaso

Año: 3.150 a.GM

Ciudad Capital de Piros-Primera Muralla-Imperio de Magón

El vapor que seguía de los silbidos de las pequeñas y diversas chimeneas que surcaban los techos del local de metalurgia y joyas, se extendían por la superficie del edificio comercial, proporcionaban el manto perfecto para ocultar la figura del mercenario que acechaba atentamente a su objetivo. Haciendo uso de sus prismáticos, Izan no perdía la pista de su jugosa presa: un hombre fornido y redondo, con escaso cabello azabache con tonos grisáceos y una prominente y ridícula barba. Su traje de gala color púrpura denotaba su condición, no podía haber fallo alguno. La boca del mercenario se torció en una cínica sonrisa, ya podía saborear aquella deliciosa recompensa.

Hizo un barrido de la mansión con sus prismáticos. El patio trasero estaba plagado de guardias con sus uniformes con tintes amarillos y rojos y sus cascos de metal. Iba a ser difícil abrirse paso con los jardines, pero, por suerte para Izan, la noche era su aliada. Así como el tiempo también estaba de su parte. No tardía mucho hasta que el conde Duke se separara de la gran cantidad de aduladores que le rodeaban. Solo era cuestión de tiempo, y, para lo que concierne a Izan, este tenía todo el tiempo del mundo. Continuó inspeccionando el terreno con sus prismáticos para ver a los elegantes invitados que salían por la gran puerta de roble a dar un paseo por los jardines traseros. Elegantes vestidos por parte de las damas, con una gran variación de colores y diseños. Simples pero elegantes eran las ropas de los hombres. La clase y el dinero se hacía presente en aquella reunión.

El barrido del lugar finalizó con Izan analizando los puntos de escape para cuando hubiera dado muerte al conde. Tenía identificado por lo menos seis rutas de escape que comprendían desde las puertas hasta las ventanas de la mansión. Si las cosas se complicaban quizás tendría que usar algo de aquella sustancia. Soltó una sonrisa al recordar que tenía por lo menos cinco frascos más de aquella sustancia que robó de las fábricas de la corona. No podía vendérselo todo a Lorenzo. Debía pensar también en su sobrevivencia.

Con el paso de la noche el momento propicio para el ataque se presentó. Dejando su posición de cuclillas en la cual se encontraba durante todo ese tiempo, el joven comenzó a dar una gran carrera, a

travesando la nube de vapor, rompiéndola y arremolinándose a su paso, para dar un gran salto en dirección a la mansión del conde. Dio con su destino después de su gran carrera y posterior salto, la copa de un frondoso árbol que estaba en los terrenos del conde. Su análisis del terreno había sido el idóneo para dar con una posición tan buena. Desde ahí tenía vista y paso perfecto a la ventana en donde estaba haciendo su observación. Esperó hasta que las personas dejaran las inmediaciones de la ventana, y avanzó así por una rama hasta que saltó al interior del lugar.

Estaba adentro.

La multitud de aduladores se conglomeraron en un salón que estaba en la habitación contigua en donde estaba Izan. Este se ajustó su capucha y capa marrón, y avanzó con cuidado y cautela. Avanzando por los puntos en donde consideraba que las personas no observarían, y moviéndose por los lugares que tenían poca luz. Así fue su trayecto hasta que llegó a la sala en donde estaba aquel número considerable de personas que se aglomeraban frente a una tarima, en donde, al parecer, el conde Duke daría una especie de discurso. Izan comenzó a examinar con su visión el terreno, y, justo cuando el conde subió a la tarima, logró ver algo que no le gustó.

Varios uniformados de traje escarlata se encontraban rodeando la tarima.

—Gracias, gracias, amigos míos —decía el conde después de subir la tarima y apaciguar las ovaciones que estaba recibiendo—. Debo decir que es un gran honor que me acompañen el día de hoy en mi humilde morada, y que coman junto a mí en mi mesa.

Izan hacía caso omiso a lo que ese estúpido conde tenía que decir. Toda su atención se dirigía a los uniformados de capa escarlata que tenía sus manos en las vainas de sus armas. Con una capa de sudor cubriendo su frente el joven comenzó a contar el número de uniformados…

—… no hay razón por la cual no pueda estar agradecido con ustedes. Ahora bien, debo decir que es un gran honor para mí que tan importantes nobles de la corte del rey Alfonso se encuentren hoy con nosotros —extendió sus manos a varios hombres que estaban en primera fila para escuchar su discurso—. En verdad, es un honor que el rey confíe tanto en mi persona…

… cuatro, cinco, seis, siete. ¡Siete guardas reales!, sentenció para sus adentros. ¡Había siete guardas reales de los nobles del rey en la sala! Tenía todo el sentido del mundo, Duke acababa de mencionar que el rey se interesó por los avances que este tenía, así que envió a sus propios

emisarios para que estuvieran en la presentación del conde. ¡Demonios! Esto es más de lo que Izan podría manejar. Fácilmente podría pelear con tres de esos guardias a la vez, pero siete era demasiado. Eso explicaba la alta recompensa. ¡Entrar en esa mansión fue un suicidio!

—Estoy seguro de que el rey estará encantado por los avances que envíe personalmente a la capital —Duke seguía hablando con indulgencia mientras se regodeaba en su orgullo—. Fue un esfuerzo tremendo, una gran inversión, pero creo que nuestros investigadores dieron lo mejor de sí —soltó una gran sonrisa a los nobles del rey.

Debía irse. Debía hacerlo si quería vivir. Quinientos doblines no le servirían de nada si pronto estuviera muerto. Vacilante, Izan colocó su mano sobre la empuñadura de su espada. Su pulso era vacilante. No estaba seguro de hacerlo. Podría marcharse, claro que podía, solo tendría que regresar sobre sus pasos y estaría a salvo. Ladeó su cabeza hacia atrás, mirando sobre su hombro… un sudor frío le recorrió su espalda.

Sin que este se percatara, uno de los guardias carmesí se posó en la entrada del salón.

¿Lo habrían detectado acaso? ¿Sería esa la razón? ¿No querían provocar gran alboroto para no generar la desesperación en la multitud? Izan tragó saliva con dificultad. Ya no podría salir por ahí, y esa era la única salida posible. ¡Demonios! ¡Todo se fue el diablo incluso antes de empezar! Ahora no había salida lógica posible, lo único que podía hacer era tratar de terminar con su encargo. Si moría, al menos lo haría llevándose a ese asqueroso noble que le causó tantos problemas. Si alguien lo quería muerto y daría tanta cantidad de dinero, lo más posible era que le haría un bien al mundo. O quizás no. La verdad no le importaba.

Metió su mano en su capa, sacó de ahí un pequeño frasco de vidrio que contenía aquella sustancia que se debatía entre el gas y el líquido. Mirando nuevamente al conde dar su discurso, y mirando a aquellos guardas de capa escarlata, el joven aspiró profundamente. Preparándose para lo que estaba a punto de pasar. Con decisión apretó con fuerza el frasco de vidrio, destruyéndolo en su mano. Los trozos de cristal se incrustaron en su guante de cuero negro, y la sangre comenzó a escurrir por este y gotear hasta el suelo. La aleación química comenzó a hacer efecto e Izan aspiraba con profundidad aquel vapor que emanaba de su mano herida, las aletas de su nariz se dilataban para que el gas entrara mejor.

Comenzó a temblar. Sus músculos eran vacilantes, sus piernas le comenzaron a fallar, el éxtasis iniciaba su efecto. Junto a Izan se encontraba una encantadora muchacha de finas ropas, que, al verlo en esa especie de trance tan raro se acercó a él. Al verlo con detenimiento

dio un verdadero grito de terror.

—¡Un intruso! ¡Un intruso! —exclamó a viva voz con el terror en su ser.

Aquel alboroto fue suficiente para que el discurso del conde se frenará estrepitosamente, y la gran cantidad de personas ladearan sus cabezas en dirección a aquella mujer y a Izan. Apenas lograron ver una mancha marrón, cuando esta dio un gran saltó para elevarse por sobre la multitud y emprender su descenso hacia la tarima en donde estaba el conde. En plena trayectoria por los aires desenvainó su espada de brillante metal, y con una sonrisa asesina fijó su objetivo en el conde Duke. El cual no dejaba de ver con pavor al joven que se dirigía hacia él.

El primer ataque de Izan fue una estocaba que iba directo a la cabeza del conde, sino hubiera sido por la intervención de otra espada, le hubiera rebanado la cabeza como si fuera un muñeco de trapo. Un guardia del rey había interceptado el ataque del mercenario, desenvainando su espada con gran rapidez logró frenar aquel ataque en seco.

—Eso fue muy imprudente y estúpido —comentó el guardia mientras resistencia con su espada el ataque del mercenario.

—Créeme, lo sé. Pero estoy en una situación desesperaba.

Izan ejercía gran presión en su ataque, tratando de romper la defensa de su adversario. Gran parte de su atención se centraba en su adversario, pero podía ver en el rabillo de sus ojos como la gran multitud escapaba del lugar dando gritos de espanto, y como los demás guardias de capas rojas y otros más de uniformes y gabachas grises comenzaban a formar un círculo a su alrededor.

Pero aquello no fue lo que llamó de lleno su atención. Lo que le sorprendió fue un grito de furia.

—¡Maldito estúpido!

Izan ladeó su cabeza y vio como el sonido venía de una persona con una negra capa. Sin apenas percatarse, aquella negra figura desenvainó su espada de oscuro hierro y con la mayor velocidad del mundo propinó una estocada a uno de los guardias de del rey, dándole de lleno en el abdomen y dejándolo caer inerte al suelo.

Izan aprovechó la distracción —y que su enemigo se había despistado por lo sucedido— para darle un cabezazo a su adversario, des posicionado y quebrando así su defensa, para luego rematar con un giro de su muñeca que guiaba su sable a la cabeza de aquel guardia,

rebanándole esta y dejándole caer al suelo.

Y así fue una encarnecida batalla comenzó.

Ambos espadachines se encontraban ahora en el mismo lado, y tenían a un enemigo en común: las fuerzas de la corona. Es así que chocando su hierro contra el de sus enemigos, ambos se enfrentaban a una encarnecida batalla en donde debía de tener toda su atención en la batalla. Bloqueando una estocada, propinando otra. Un golpe con el mango en el rostro. Chispas que salían del enfrentamiento de los hierros al chocar contra sí, y el sonido de los agudos gritos de dolor cuando la débil carne era atravesada por el punzante hierro.

La sangre de los hombres de la corona se confundía con sus capas carmesí. Quizás estás eran de tal color para que sus adversarios no los vieran sangrar. Ese era el certero pensamiento de Izan cuando la sangre de uno de ellos le salpicó en el rostro, y este ya yacía inerte en el suelo. La espada de Izan estaba totalmente manchada del espeso líquido, y este escurría por ella dando al suelo. Jadeando por la acción de la batalla, se tomó la libertad de mirar por sobre su hombre, para ver cómo le iba a aquella figura.

Le vio enfrentarse a dos guardias, y, aunque luchaba con maestría, era seguro que no duraría mucho tiempo en un combate dos contra uno. Fue así que Izan sacó algo de su capa, y, con un grito de advertencia alertó a su momentáneo aliado.

—¡Cuidado! —soltó al son en que lanzaba un pequeño objeto de forma circular.

Aquellas palabras llegaron a los oídos de la negra figura justo a tiempo para que pudiera dar un salto y alejarse de ambas figuras rojas. Mientras esta estaba en el aire Izan pudo notar un mechón de negro y azabache cabello que sobresalía de su capucha. Pero no tuvo mucho tiempo para concentrarse en eso. El sonido de una explosión llamó su atención total. Aquella cosa que había lanzado era una especie de bomba que tenía un líquido en ella que soltó al explotar. Era una especie de ácido amarillento que impregnó el rostro de ambos guardias, despertando los gritos de dolor de ellos.

Aquella figura aprovechó la oportunidad, y como dos certeros cortes en el pecho dio por finalizado el martirio de ambas figuras. Izan soltó una risa complaciente a aquella figura negra, y casi le cuesta la vida. Si no hubiera sido por la advertencia de esta no hubiera podido reaccionar a tiempo para detener el ataque que un guardia le iba a propinar por las espaldas. El hierro chilló al encontrarse con su homónimo, y de nuevo Izan entró de lleno a la batalla. Atacando con furia, con certeras estocadas y un defensa casi impecable, el joven se defendía y atacaba lo mejor que

podía, negándole el margen de descanso a su adversario que se veía superado por la habilidad de Izan.

Con gran maestría este cayó al suelo, y barrió los pies de su adversario con un gran movimiento de su pierna derecha. Desestabilizando a este, haciendo que cayera y dándole el tiempo perfecto a Izan para que pudiera reincorporarse y clavar su espada en la débil carne de su rival. Nuevamente las gotas de carmesí le salpicaron el rostro y cabello que estaban al descubierto. Jadeando, analizó el terreno para darse cuenta de que los siete guardias yacían en el suelo inertes, y su inesperado compañero se apoyaba con cansancio en su espada. Herido, pero victorioso al final.

El salón estaba completamente vacío, Izan no supo cuando sucedió, ni como, pero el conde Duke se había marchado. En el salón solo quedaba el destrozo propiciado por la batalla, los cuerpos inertes que yacían en el suelo, tanto de capas grises como rojas, y las figuras de él y su compañero emergiendo victoriosos entre el rojo mar de cadáveres.

—Oye, muchas gracias —Izan avanzaba con paso lento hacia su compañero—. Si no hubiera sido por ti, estaría muerto en estos momentos.

—Créeme que desearía que estuvieras muerto —la musicalidad de aquella voz le sorprendió al joven. No era tosca o gruesa como pensaba, sino más bien musical y aguda—. Aunque muerto no me servirías.

—¿Serviría? ¿Para qué? ¿Qué quieres decir?

Antes de que figura de negro pudiera emitir palabra alguna, llegaron a los oídos de ambos el distintivo sonido de una serie de botas que retumbaban por los pasillos del lugar. Antes de que pudieran realizar acción alguna, decenas de guardias con gabardinas grises llenaron la sala. Varios de ellos se inclinaron y apuntaron a ambos mercenarios con una serie de ballestas y armas de fuego. Otros aguardaban a las espaldas de estos con sus espadas y lanzas, listos para atacar.

—Arruinaron una hermosa celebración —pronunció con dura voz una figura que emergía desde atrás de los hombres de gris hasta colocarse al frente. Por las insignias que colmaban su pecho, Izan adivinó que sería una especie de capitán—. Escoria mercenaria, no podrán salir de esta.

—Podremos salir de esta, ¿no? —preguntó en un susurró a su compañero, recibiendo de este solo un sonido de desaprobación y exasperación—. Bueno, solo era una pregunta.

—Tienen cargos de allanamiento de morada, alteración del orden, intento de homicidio, asesinato a guardias de la corona imperial. Por todos estos cargos, y por la ley imperial y el poder conferido por su eminencia, el rey Alfonso Diocleciano III, yo les declaro culpables sin derecho a juicio. Su pena será la muerte propiciada por un batallón del ejército imperial. ¿Unas últimas palabras antes de morir, escoria?

—Tenemos un plan, ¿no? No podemos morir ahora, ¿verdad? —preguntaba entre susurros a su compañero.

—Estúpido —replicó la figura con desdén—. Cuando veas la oportunidad, corre. Escapa por las ventanas o puertas, me da igual. Nos encontrarnos las alcantarillas de la zona norte de Piros. Más vale que llegues, o me encargaré de buscarte sin descanso —con un par de ojos ámbar que se vislumbraba de la negrura de su capa, dio su amenaza.

—Entendido. Ahí estaré. Pero ¿cuándo será el momento?

—¡Este!

La encapuchada figura sacó algo de su capa, y lo arrojo hacia donde estaban los guardias imperiales. De repente, toda la sala se comenzó a llenar de un oscuro humo negro que impedía ver cosa alguna. Esa era la oportunidad de la cual estaba hablando su improvisado compañero. Cuando Izan quiso dirigirle palabra alguna, se dio cuenta que no se encontraba en el lugar. Tan solo escuchó algunos chillidos de dolor procedentes de donde estaban los guardias. Aquella figura había escapado, él debía hacer lo mismo.

Sin pensarlo mucho, corrió hacia una puerta que estaba detrás de la tarima, escapando así de la oscura sala y entrando de nuevo a la luz artificial de las lámparas. Comenzó a correr por los pasillos del lugar con gran velocidad. Aquellos tapizados pasillos eran un completo laberinto, por cada giro que realizaba el joven se encontraba con un pasillo sin salida o que daba a una infinidad de cuartos. Sin proponérselo subió varios pisos de aquella gran mansión, encontrándose en varias habitaciones y pasillos a trabajadores del lugar que no se habían enterado de lo sucedido. Los empujaba para abrirse paso entre ellos y seguir corriendo. Cuando creyó haber llegado al pasillo final de aquel laberinto, cuando dobló la esquina se encontró de lleno con algunos guardias imperiales de gris gabardina.

—¡Ey! ¿Quién demonios…?

No tenía tiempo que perder, así que con hábiles y oportunas estocadas les dio muerte a aquellos guardias antes de que pudieran hacer cualquier cosa. Dando por fin con la puerta que creía que le daría su salida, solo llegó a una habitación más. Frustrado y verdaderamente enojado, llegó el retumbar estrepitoso de las botas de cuero llegó a sus

oídos. Sin ánimos de perder más su tiempo, decidió saltar por una la venta de la habitación. Cayendo por dos pisos y dando una voltereta en el suelo para no lastimarse en demasía. Corrió por los jardines que ya había inspeccionado con anterioridad y dio con un gran muro que protegía la mansión.

Pero ya estaba preparado para esto.

Sacó de su capa un tarro de madera, abriéndolo parecía que el guardaba una especie de ungüento de color blanco escarchado. Tomó un poco de aquella sustancia y la colocó en las suelas de sus botas. Volvió a guardar el tarro de madera en su capa y comenzó a caminar sorpresivamente por el muro. Con zancadas veloces no tardó mucho tiempo en llegar a la cima, para luego, dar un nuevo salto y caer en las calles de la ciudad.

Ahí su huida sería mucho más simple. Conocía las calles de aquel lugar como la palma de su mano. Adentrándose por varios callejones, escalando varias paredes y saltando entre varios angulados techos, Izan salió del epicentro de la acción con gran rapidez. Deteniéndose junto a la chimenea de piedra de alguna angulada casa, vio a sus espaldas como varias personas se comenzaba a aglomerar en las inmediaciones de la casa del conde Duke. Como sonaban varias alarmas y silbidos que indicaban que algo había pasado. Después de una rápida mirada, Izan continuó con su camino.

Tenía una cita importante entre manos, y no quería hacer esperar.

Capítulo 5

Año: 3.150 a.GM

Ciudad Capital de Piros-Primera Muralla-Imperio de Magón

Las alcantarillas de la ciudad capital de Piros son un lugar oscuro y húmedo, muy húmedo. Sus formas circulares hacen que el eco de los pasos se extienda por varios metros, y el goteo proveniente del suelo se vuelve insoportable cuando ya se lleva algún tiempo dentro de ellas. Las ratas y demás animales tienen a estos escenarios como sus favoritos; húmedos y sin tener que preocuparse por la presencia humana. Al menos hasta que visitantes inesperados se hacen presentes.

Varias ratas escapaban del paso de Izan y la luz de la antorcha que este llevaba consigo. Los animalitos se adentraban en las zonas más oscuras y húmedas del lugar, no querían tener ningún contacto con aquel extraño visitante, y este agradecía que fuera de esta manera. Con un ritmo pausado Izan caminaba por aquellas alcantarillas sin mucho agrado. No era un lugar que le entusiasmara de sobremanera. Desde su juventud había escuchado historias, relatos de las cosas que pasaban aquí. Como había bestias nunca antes vistas que se refugiaban en las negras aguas, como la oscuridad era propicia para peligrosos animales que asechaban a presas desde la distancia, como los cuerpos de enemigos caídos en épocas pasadas eran tirados a las alcantarillas para que murieran ahí.

—De todas las historias y leyendas, ¿por qué esta tenía que ser verdad? —se lamentaba el joven mientras pasaba por un grupo de huesos y cráneos que descansaban en una esquina.

No era un lugar en donde Izan quisiera estar por gusto, pero, había sido citado aquí, y por la habilidad y mal carácter de aquella negra figura que le ayudó, no le gustaría ser llevado aquí a la fuerza. No quería acabar con aquel montón de huesos que dejó atrás. Pasaron algunos minutos de caminata hasta que Izan logró divisar un poco de luz al final del túnel. Esto le alegró de sobremanera. Cuando llegó hasta el lugar del cual salía emitida aquella luz vio que se trataba de un lugar provisto de una especie de acera de piedra, que tenía contiguo un río de aguas negras que desembocaba en una especie de risco en donde el flujo del agua no se detenía.

La antigua ingeniera no dejaría de sorprenderle.

Con un paso lento se acercó al límite de aquella acera de piedra y admiraba el poderoso flujo de las aguas negras que se caían por esa

especie de cascada para seguir con su cauce. Mientras admiraba esto, una voz conocida emergía de entre las sombras.

—Debo decir que no me esperaba que en verdad llegaras. Es toda una sorpresa.

—Son un hombre de honor… de dudoso honor, pero honor, al fin y al cabo —decía mientras observaba emerger a aquella figura encapuchada de entre las sombras.

—Me diste muchos problemas en aquella mansión. ¿Cómo piensas recompensarme?

—Bueno, te puede dar cinco doblines por salvarme la vida. Me parece un pago justo.

—No solo eres idiota, también eres estúpido —soltó entre carcajadas—. Mira, aquel hombre valía por lo menos cuatrocientos doblines.

—¿Valía? Espera un segundo, ¿tú también estabas ahí por una misión de asesinato? —observó como la figura asentía con la cabeza—. No puede ser posible, creía que yo era el único con esa misión.

—Yo también creía lo mismo. Pero, no resultó ser así. Ahora bien, ¿cómo piensas recompensarme por haber hecho que mi presa escapara?

—¿Tu presa? —Izan comenzó a alzar el tono de su voz—. Escucha, esa también era mi presa. Y tú lo viste, viste la gran cantidad de guardias imperiales que estaban ahí. Si lo que dices es cierto, y que estabas ahí por la misión de asesinato, tu hubieras muerto si yo no estuviera ahí. En lo que a mí concierne, nos ayudamos mutuamente. Ya no te debo nada.

Con estas palabras Izan dio media vuelta para regresar por donde había llegado. No fue mucha la distancia que recorrió cuando sintió una presión sobre su hombro. Volteó su semblante y en cuestión de segundos sintió el poderoso impacto de un golpe directo en el rostro. Aturdido u adolorido, soltó la antorcha que llevaba en sus manos, siendo el lugar iluminado solo por la tenue luz que emergía de unas grietas en el techo.

—¡Ahh! ¡Maldición! ¿Acaso estás loco? —gemía mientras se tomaba su rostro.

—Ese fue por haber interrumpido mi misión —dijo sonando sus nudillos—. ¡Y este es porque eres un grandísimo estúpido!

Sin tener apenas margen de acción, Izan recibió otro puñetazo por parte de aquella negra figura, haciendo que este cayera el suelo. Yacido en este, se tomaba con dolor su rostro, pero, logró ver algo que captó toda su atención. Fruto de la fuerza e impuso del puñetazo, el rostro de aquella figura negra había quedado al descubierto, dejando que su capucha colgara de sus hombros. Un rostro blanco con flequillo negro que adornaba la frente de la joven y un largo y tercio cabello que se escurría por su espalda fue lo que Izan logró ver.

—Eres… eres una mujer —dijo Izan con un gemido de dolor.

—Y una que sabe dar unos buenos golpes. Ahora, responde mi pregunta inicial.

—Mira lindura —Izan se reincorpora con lentitud—. Ya te lo dije, en lo que a mi concierne, nos ayudamos mutuamente, así que…

Sin que Izan se percatara, tenía el filo de la negra espada de aquella joven, justo a unos centímetros de su cuello. Ni siquiera pudo tragar, ya que si lo hacía era probable que su cuello chocara con aquel filo de muerte. Los ojos ámbar de la joven denotaban una gran furia y deseos de matar a Izan, pero, se contenía por alguna razón.

Mientras este era amenazaba con aquella espada, el joven pudo notar que el filo tenía algo distinto, la espada en sí era algo rara. Era demasiado larga y liviana como para cortar con precisión, pero, aun así, Izan había visto como rebanaba y cortaba con gran poder a aquellos guardias. Podía ver como la empuñadura de la espada tenía una protección circular antes que iniciara el mango. Este era sencillo y redondo. No tenía nada de especial. Lo que en verdad era extraño en aquella espada era su filo. Izan pudo ver como algunas manchas de color morado oscuro, casi negro, se aparecían aleatoriamente por todo el filo del arma.

Aquellos tintes burbujeaban con cierta irregularidad, e Izan pensaba que, si las burbujas explotaban y salían de la espada, con facilidad podía quemarle el rostro.

—Te lo diré una sola vez —la musical voz de la joven se hizo presente y sacó a Izan del trance en el cual se encontraba mientras contemplaba su arma—. Tu y yo no somos iguales, para nada. Yo te salvé la vida, incluso cuando no quería hacerlo, pero, debía de tener alguna garantía al menos. No podía regresar con las manos vacías.

—¿Regresar a dónde? —se aventuró a preguntar el joven.

—Yo soy la que habla aquí, ¿te quedó claro? —la joven acercó aún más el filo al cuello de Izan. Cuando vio a este asentir y entender su

situación, continuó—. Bien. Como decía, no puedo llegar con las manos vacías, y, por lo que puedo intuir, tu no podrás pagarme los cuatrocientos doblines (al parecer a esta joven le habían ofrecido una cantidad menor) que costaba aquel cerdo. Así que, tendré que llevarme conmigo. Quizás te maten o te usen. La verdad no podría importarme menos. ¿Te quedó claro? —al no escuchar una respuesta de Izan se impacientó y de sus ojos salían chispas.

—Perdón, pero, es que dijiste que tú eras la que hablaba aquí.

—¡¿A caso quieres morir?! ¡¿Quieres hacerme enojar?!

—No, no, no. Para nada. Lo siento. Si me queda claro —el sudor se escurría por la espalda del joven y su boca estaba completamente seca.

—Bien, así me gusta. ¿Tienes alguna pregunta?

—Varias, pero solo haré una. ¿Qué te hace creer que eres superior a mí? Por lo que veo, eras una mercenaria más —quizás esas no fue una elección adecuada de palabras por parte de Izan, lo notó al ver el fuego en los ojos de la chica

—Bien, ya que estás impaciente por saber, te lo diré —una mirada de cierto orgullo se notaba en sus ojos—. ¿Ves el filo del arma? Esta espada es… algo especial. Un solo roce de su filo —enunció acercando aún más el arma hacia la garganta del joven, mientras pequeñas y oscuras burbujas reventaban en el filo— y tu destino estará sellado. No existe cura para su filo. Como un solo corte y ya estarás muerto. —La joven dejó a Izan y envainó su espada—. Por eso es que me llaman Black Dead.

Por orden expresa de Black Dead, ambos mercenarios pasaron la noche en las alcantarillas. A Izan no se le hacía muy agradable la idea, pero, no había mucho que pudiera hacer. No quería volver a enfadar a su captora, así que solo se limitó a captar sus órdenes. Pero el lugar era sumamente frío y el olor no era para nada agradable. Así fue como Izan tomó la iniciativa, y, ante la perpetua mirada de Black Dead y la promesa que no escaparía —aunque lo quisiera hacer, sabía que no llegaría demasiado lejos—, el joven fue buscar algo para hacer un fuego.

Le tomó más tiempo del cual había pensado en un inicio, pero, logró encontrar algo de yesca de viejos muebles que la gente tiraba a las alcantarillas, y un poco de madera que no estaba mojaba, para su gran suerte. Es así que volvió al lugar con algo de material para trabajar. Usando un truco similar al que usó con aquel emisario que azul capa, encendió un rudimentario fuego en el centro de aquella zona de piedra

despejada. Se sentó junto a este y comenzó a calentar sus manos.

—Te vendría bien calentarte un poco. Este lugar es húmedo y apesta —le habló a Black Dead que se mantenía en una esquina, en la oscuridad.

Izan no tuvo que insistirle mucho para que esta llegara al fuego. Mantenía su fuerte carácter, pero Izan podía notar que no le hacía ninguna gracia estar en un lugar así, y menos con ese asqueroso olor de las aguas negras que tenían detrás de ellas. La joven se sentó junto al fugo —a una considerable distancia de Izan— y calentó sus manos enguantadas con negro cuero.

El joven sacó algo de su capa, una especie de empaque que al parecer eran unas raciones de alimento. Mordió sin mucho ánimo una de esas barras para ofrecerle la otra a su captora.

—Tranquila, pueden saber mal, pero no son como tu espada. No están envenenadas —decía mientras extendía una barra a la joven.

—¿Tratas de ganarte mi favor? —tomó la barra un tanto vacilante.

—Lo hiciera o no, no creo que serviría de nada. Solo lo hago porque como dije, aunque no lo parezca, yo tengo mis propias normas. Sé lo que es pasar hambre, hambre de verdad. No quiero que nadie pase por eso, aunque sé que no morirás por no cenar un día, si se puede evitar, mejor.

Black Dead le dirigió una nueva mirada a Izan. Era una mirada de curiosidad y de alguna manera, una extrema inocencia, un cambio totalmente radical con el semblante y palabras que esta le había dirigido hace tan solo algunas horas. Esa nueva actitud de su captora desconcertó de cierta manera a Izan. De alguna manera, ella se veía algo tierna. Sacudió su cabeza varias veces alejando aquel pensamiento, no podía evitar que esa misma mujer le podía matar en una fracción de segundo.

—Gracias —su musical voz hizo que Izan abandonar sus pensamientos, y vio como aquella mirada seguía ahí mientras asentía.

—Es… es un placer —dijo con cierto desconcierto.

¿En verdad podía ser la misma persona de hace algunas horas? Su actitud era totalmente distinta. Aun así, Izan prefirió no confiarse, y que bueno que lo hizo así porque después de algunos minutos Black Dead volvió a su actitud cortante hacia el joven.

Después de unas horas, y cuando el cansancio se hacía presente en ambos. Black Dead sacó algo de su capa. Era un par de esposas unidas por una cadena de considerable longitud que desprendía un brillo rojo.

—Esto garantizará que no hagas nada estúpido, como escapar —decía mientras ponía una esposa en la mano derecha de Izan y se esposaba ella misma su propia mano.

—¿Qué rayos es eso que brilla?

—Una relación. La cadena está enlazada con la energía de nuestros cuerpos, reforzándola. Una mejora de los sistemas de los Akidores. Pero si eso no fuera suficiente, este es hierro más resistente de esta parte del mundo. Aunque lo intentarás, no podrías romperlo. La relación es solo algo opcional.

—¿Relación? —la voz de Izan denotaba su incredulidad—. Oye, oye. Eso suena como algo muy mágico, sacado de algún cuento. ¿Me estás jugando una broma?

—Tienes la verdad frente a ti, y aun así no crees. Propio de los ciudadanos de Magón. Te sorprendería saber el mundo que existe mucho más allá de las murallas que protegen al reino.

—Si son cosas la mita de interesante que esto —su atención estaba de lleno en el resplandor rojo que recubría la cadena—, ansió conocerlo.

—No estoy segura si vivirás para conocer mucho más —dejó un espectro de silencio entre sus palabras para acentuar su severidad—. Iré a dormir, te aconsejo que hagas lo mismo. Mañana será un largo día. Serán unos días muy largos.

Después de esas palabras, Black Dead rodeó el fuego y se fue lo más lejos que pudo sin salir del radio de calor de la fogata. Se acurrucó en su capa y cerró los ojos, lista para caer en un necesario sueño. Por su parte, Izan decidió hacer lo mismo. Aquellas palabras de Black Dead retumbaban en su cabeza: Serán unos días muy largos. ¿A dónde irían? ¿Qué se supone que ella haría como él?

No tenía manera de saberlo, al menos no durante esta noche. Mientras lentamente caía dormido, no podía evitar pensar en aquellas palabras. Lo hizo hasta que su mente quedó totalmente en blanco y se entregó a los brazos del sueño.

A la mañana siguiente la seguridad imperial estaba en su apogeo. No era para menos, hace apenas unas cuantas horas se llevó a cabo el intento de asesinato de un conde importante de la realeza en una sala llena de varias personas cercanas al propio rey. La seguridad excesiva que había en las calles y avenidas por podía ser para menos. Lo cual representaba un gran problema para ambos mercenarios.

Resguardados tras la pared de una casa, el par podía ver como los sujetos de grises ropas patrullaban y resguardaban las calles. No había mucho que pudieran hacer sin ser vistos o interceptados por la guardia imperial.

—Demonios —exclamó Black Dead—. No esperaba este nivel de seguridad.

—Bueno, es un tanto obvio —dijo Izan señalando a un chico que vendía periódicos exclamando a viva voz el intento de asesinato del conde Duke—. Ayer fue un día en donde pasaron muchas cosas.

—Muchas cosas salieron mal, gracias a ti.

—¿Quieres olvidarlo? Ya no podemos hacer nada para cambiar el pasado.

—Bien, entonces, ¿qué propones que hagamos para cambiar el presente?

—Creí que nunca lo preguntarías. Conozco estas calles como la palma de mi mano… pero, no hondemos en eso —dijo al ver que la joven iba a hacerle una pregunta respecto a ello—. La cosa es que creo que pudo guiarnos al lugar al cual quieres llegar.

—¿Cómo puedo confiar en que lo harás?

—Si tu caes, yo también caigo —dijo alzando su mano esposada—. Además, a mí también me gustaría salir de este lugar. Me enferma estar aquí.

—Bien, dirígenos hacia la muralla primera. Y recuerda, recuerda que sé orientarme en la ciudad, sabré si nos estas llevando por otro camino —dijo tomando el mango de su espada.

Izan asintió con la cabeza y se dispuso a llevarlos a la frontera de la muralla primera. Era verdad que Izan conocía esta ciudad a la perfección, Black Dead lo notó al ver como este la llevaba por los callejones, callejuelas y angulados techos de la región. Pasando por el vapor que emitían algunas fábricas, saltando de tejados en tejados con gran velocidad y astucia, incluso Black Dead tuvo qu apresurar su paso

para no quedarse atrás.

Sorprendentemente, a medio día había llegado a los límites en donde iniciaba la primera muralla. Un gran número de personas cruzaban por las pertas de la muralla: comerciantes, mercaderes, civiles y soldados. Ese día, y como no podía ser de otra manera, había un gran número de guardias imperiales registrando a todas las personas que pasaran por aquellas puertas. Tenían un retrato hablado de Izan, el cual se veía muy parecido al rostro del joven. Así que no podía hacerse pasar por civiles cualquiera. Debían de buscar otra alternativa para encontrarse en la seguridad de la Ciudad Central de Argos.

Se cuchillas ambos mercenarios estaba sobre el techo de un hogar que estaba frente a aquellas puertas.

—Demonios, hay demasiados guardias como para intentar algo —dijo Izan con cierta frustración.

—Creo que debemos dejar la acción para otra ocasión.

—De acuerdo, ¿tienes algún plan para salir de aquí?

—Ahora que lo mencionas, creo que tengo uno —dijo al ver la carreta llena de paja de un campesino que se dirigía a la muralla.

Con gran velocidad y sin ser detectados por los civiles y guardias imperiales, el par de mercenarios entró en aquella carreta y se cubrieron con la paja. Era un plan simple, pero efectivo. La carreta no fue requisada a fondo —quizás al ser un campesino anciano no le dieron mucha importancia— y en cuestión de minutos los mercenarios podían escuchar las aguas del rio que cruzaban bajo el puente que daba la entrada a la ciudad de Argos.

Siguieron en su escondite por algunos minutos más, hasta asegurarse que es encontraban a una distancia prudente de la muralla. Magón era un reino grande, y las noticias tardaban lo suyo de ir de ciudad a ciudad, pero, aun así, no quería correr riesgos innecesarios. Cuando consideraron que había pasado una distancia prudente, ambos mercenarios salieron de la carrera y dieron paso a caminar con un perfil bajo —y siempre haciendo uso de sus capas para proteger su tan preciada identidad— por las calles de Argos.

Camuflándose entre la multitud, caminando con las cabezas gachas para no llamar mucho la atención, le par de mercenarios caminaba con un paso un tanto acelerado.

—No puedo creer que eso haya funcionado —el tono de Izan

denotaba su sorpresa.

—Un plan bien pensado siempre dará buenos resultados.

—Lo que digas —no podía evitar pensar en la improvisación de Black Dead, y como está también debía de estar sorprendida de lo bien que salieron las cosas—. Y bien, ¿cuál es el plan ahora?

—Buscaremos unos caballos.

Capítulo 6

Capítulo 5: Escape afueras de las murallas.

Año: 3.150 a.GM

Ciudad Central de Argos-Segunda Muralla-Reino de Magón

El abrazador calor del medio día fue amainando para dar pie una tenue frescura que trae consigo la tarde. En el horizonte, el azul firmamento rebosa de motas y nubes de grises y blancos tonos producto de la producción de las fábricas. Cesado el descanso del mediodía la producción se reanuda con más fuerza si se quiere para recuperar el tiempo perdido. En el horizonte los negros y grises bloques de metal y piedra escupen por sus chimeneas la promesa del progreso dada por el reino. En las calles de la ciudad todo transcurre con natural tranquilidad, la noticia del intento de asesinato del conde Duke aún no llega a territorios fuera de la primera muralla y los civiles y mercaderes hacen su día con normalidad.

En una peculiar tienda, el tendero se toma un tiempo para un merecido descanso después de una atareada mañana. Colocando un banco junto a una ventana abierta del local, se sirve un poco de té y algunos dulces para pasar el rato mientras el ajetreo de la tarde comienza a llegar a su puerta. Ni bien a dado el primer sorbo a su taza de té cuando la puerta de su local se abre con estrepitosa fuerza, y las ondas se hacen presentes en el líquido de la taza. El hombre ladea su cuerpo para dar con un par de figuras que jadean con evidente cansancio.

—Ah, Izan. No te esperaba tan pronto —hablaba con tono normal mientras daba un pequeño sorbo a su taza—. Y dime, que ha pasado para que vengas con tan peculiar invitada —examinaba con su vista a la figura de negro que yacía junto a Izan.

—Lorenzo —replicó el joven con una evidente voz cansada—. Necesitamos tu ayuda.

—Claro que sí, pero primero que todo, tomen asiento.

El tendero salió por la puerta que estaba tras el mostrador y después de unos minutos volvió a emerger tras el umbral de esta con un par de bancos que colocó junto al suyo. Se sentó en su lugar y les hizo ademanes a ambos mercenarios para que hicieran lo propio. Black Dead le lanzó una mirada de extrañeza a Izan, el cual respondió encogiéndose de hombres para después tomar asiento en uno de los bancos. Sin mucho

margen de acción, la mercenaria hizo lo mismo.

—¿Té?

—No gracias. No podemos perder mucho tiempo —replicó Izan.

—Bien, bien. ¿Qué es lo que les trae tan agitados?

—Debemos de salir de las murallas, cuanto antes —comunicó la mercenaria.

—¿Por qué con tanta premura, señorita? ¿A caso han hecho algo?

—¿Él siempre es así de exasperante? —le preguntó Black Dead a Izan.

—A veces. Con el tiempo uno logra acostumbrarse.

—No creo que deban hablar mal de la persona a la cual le están pidiendo un favor.

—¿Podrás lograrlo? —la mirada ámbar que Black Dead le dirigió a Lorenzo denotaba su humor, y que ya no estaba para más juegos.

—Qué carácter —refunfuñó el tendero—. Sí, claro que puedo. Pero necesitaré tiempo.

—¿Cuánto?

—Una noche. Tendrán los corceles que necesitan mañana a primera hora.

—¿Dónde los conseguirás? —quiso saber Izan.

—No eres el único que ha hecho amigos en todo este tiempo, Izan.

—¿Cuánto nos costará? —preguntó Black Dead con cortante voz.

—Como veo que están un poco apresurados… —Lorenzo se detuvo en sus pensamientos por unos momentos—… creo que tres doblines serán suficientes.

—¡¿Tres doblines?! —Black Dead saltó de la silla con indignación—. ¿Un doblín y medio por cada caballo? En Argos no hay un caballo que cueste más de siete peniques de cobre. Lo que estás haciendo

es un robo.

—Soy un hombre de negocios, querida. Ustedes quieren algo que yo puedo conseguir, y yo quiero un pago justo por las prisas y por su necesidad. Yo no hago las reglas, solo juego con ellas —se encogió de hombros y le quitó importancia al asunto.

—Creí que éramos amigos —habló Izan con una voz de decepción.

—Oh, pero claro que lo somos, Izan. Si no lo fuéramos ya los hubiera entregado a la corona.

Antes estas palabras Black Dead desenvainó su espada con un movimiento ágil y la colocó a unos escasos centímetros del cuello del hombre. Lorenzo dejó su clásica máscara de serenidad y esta vez se inmutó de buena manera. Tragó con dificultad tratando de evitar la hoja de la negra espada.

—Tranquila, linda —habló con una voz que denotaba su creciente preocupación—. Como dije, somos amigos, por lo mismo no lo hice.

—¿Confías en él? —le preguntó con ruda voz Black Dead a Izan.

—Lo suficiente para la situación en la que nos encontramos. Yo tampoco quiero ser un prisionero de la corona —dijo alzando la esposa que llevaba en su mano derecha.

—¿Qué es ese peculiar aparato? —señaló con un dedo a las esposas con genuino interés mientras se esforzaba por no rozar el filo de la espada.

—¿En verdad quieres saber? —Black Dead acercó un poco más el filo al cuello del tendero mientras le brindaba una mirada asesina.

—Creo que puedo vivir un poco más en la ignorancia… entonces, ¿sellamos el trato? —con picardía, le extendió la mano a Black Dead.

—No sabes las ganas que tengo de matarte en estos momentos —dijo envainando la espada y dándole la mano al tendero.

—Y tú no sabes las ganas que tengo de seguir estando vivo. Y, una última pregunta, señorita: ¿cómo debería dirigirme a usted? —con picardía se aventuró a decir, pero, desistió en su petición cuando sintió la presión del apretón de manos de la joven—. Muy bien, muy bien. Podemos proseguir sin saber nuestros nombres. Por mí no hay problema. —Como pudo soltó su mano de aquel apretón y la sacudió en el aire—. En

verdad es buena haciendo negocios.

—Y soy mejor matando —aclaró mientras le lanzaba tres gruesas monedas a Lorenzo—. No me obligues a usar mis habilidades.

—Lo tendré en cuenta.

Finalizado el trato, Black Dead se dirigió hacia unos estantes de la tienda para poder apreciar mejor aquellos frascos y tarros que tenían diversos polvos y líquidos en ellos, era algo que le llamó la atención desde un inicio, y ahora que el trato estaba sellado, podía prestar su atención en otras cosas.

Lorenzo se acercó a Izan, el cual tenía su mano derecha estirada para darle mayor libertad de movimiento a su captura. Cuando el tendero estuvo lo suficientemente cerca, y, asegurándose de que le mercenaria estaba concentrada en otras cosas, le dirigió unos susurros al cautivo mercenario.

—Es encantadora y tiene una hermosa voz, es una pena que no sepa usar las palabras.

—Habla más bajo, o creo que te escuchará. Oye, ¿podrías hacer algo con esa cosa? —bajó el tonó de su voz y apuntó con la mirada la esposa de su muñeca derecha.

—Veamos que tenemos por acá —se acercó lo más que pudo a la cadena, y haciendo uso de su lente la examinó—. Vaya, vaya. Esto es algo que no se ve todos los días. Hierro de Argues y una especie de encantamiento protector. No es algo que se ve dentro de las murallas de Magón. La corona prohíbe todo lo que no sea destilado, o por lo menos, lo que escapa a la arimancia convencional. No es de extrañar que los Felelumancios no abunden por estas tierras.

—Ya lo sé, pero, lo que te estoy preguntando es si podrás hacer algo con eso.

—Lamento decírtelo —se reincorporó mientras ajustaba la visión de su lente a la normalidad— pero no puedo hacer nada. Los encantamientos no son mi fuerte, y este hechizo no es como nada que haya visto antes. No se trata de algo que sea refinado y embotellado, de eso estoy seguro. No podré ayudarte con nada. De hecho, dudo que cualquier persona dentro de las murallas pueda ayudarte. Quizás en Niza o en Argues puedas encontrar a alguien. Incluso en algún país vecino o algo así.

—Cuando estemos por esos terrenos lamento decir que creo que

ya estaré muerto.

—Vaya, ¿hiciste enojar a la señorita? Juzgando porque te tiene esposado, deduzco que así es.

—No sé si la hice enojar lo suficiente para que no me matara, pero, es un hecho que no le agrado…

La conversación entre el par finalizó cuando sintieron la abrazadora mirada de la mercenaria sobre ellos, y como tenía sus manos sobre la empuñadura de su espada. Lorenzo soltó una risa nerviosa y se alejó de Izan. Cruzó por el umbral de la puerta trasera alegando que debería preparar una habitación para ellos, ya que lo mejor sería que pasaran la noche ahí.

—Es un pequeño favor que les hago —dijo levantando un dedo al aire y frenando en seco a la mercenaria—. Después de todo, somos amigos.

Soltando una sonrisa amigable el tendero se marchó del lugar, no sin antes indicarle a Izan que por favor colocara el letrero de cerrado en la puerta, ese día Pociones y Hechizos el Caldero Humeante cerraría sus puertas más temprano de lo habitual. El resto de la tarde paso sin que nada interesante sucediera. Los comentarios de Lorenzo seguían siendo punzantes y astutos para que la mercenaria soltara algo de información sobre ella. Pero todos sus esfuerzos resultaron infructuosos, la joven sabía muy bien el juego que esgrimía el tendero, y no cayó en él.

Cuando los tenues colores de la tarde daban paso a los fríos de la noche, Lorenzo salió de la tienda alegando que pondría en orden los corceles que el par necesitaba para salir de Magón. Se fue con una gabardina y les dijo a ambos que no tocaran nada de la tienda. Las horas en que Lorenzo estuvo afuera fueron sin duda las más aburridas del día. Después de estar corriendo y huyendo de las autoridades reales a pasar a estar sentados sin hacer o decir nada, era un cambio radical, pero de cierta manera gratificante.

Un momentáneo descanso después de un día por demás agitado.

Lorenzo llegó muy entrada la noche y le dio al par un pergamino con las indicaciones necesarias para llegar al destino en donde les esperaban los corceles. Ante las preguntas y dudas de Black Dead, Lorenzo prometió que había dejado todo en orden, y que no incurriría en una traición. De cierta manera Izan le dio un voto de confianza. No sabía porque lo hacía, quizás porque en todos los meses que Izan conocía a Lorenzo este nunca le había fallado. Quizás si confiaba algo en él, quizás

fue esa la razón por la cual dirigió a Black Dead a aquella tienda.

La cena que les sirvió el tendero transcurría con una aparente normalidad mientras este no dejaba de hacer sus usuales preguntas a la mercenaria.

—¿Ni un apodo si quiera? ¿No me dirás nada?

—¿Para qué quieres saber algo? —la mercenaria se comenzaba a impacientar.

—Oh querida, lo sabes muy bien. La información es el bien más preciado, incluso más importante que algunos dotes. Con información se mueve el mundo, y yo soy un maestro en conseguir buena información —puso una mano en su pecho con aires de orgullo.

—¿Para qué quieres información? ¿A caso pretendes hacer algo? —inquirió la joven con una mirada de duda y de cierta manera, asesina.

—Oh, claro que no. Creí que este tema ya lo habíamos dejado atrás. Al parecer tu amiga no quiere tener muchos amigos, ¿no es así, Izan?

—Por si no lo habías notado ya, no es mi amiga —el joven alzó su mano esposada—. Y no me metas en esas conversaciones, no quiero que ella tenga más razones para matarme.

—No necesito muchos amigos para cumplir con mi misión.

—Pero los amigos son necesarios para un mercenario. —Tomó una patata con su tenedor y apuntó con esta a la joven—. Claro que ya debes saberlo, linda. Pero, aun así, no deseas crear lazos conmigo —habló mientras masticaba la patata.

—¿Te gusta crear lazos con mercenarios? Eso es un poco peligroso.

—No tanto como no tenerlos. A toda persona sensata le gusta estar en buenos términos con ellos. Solo mira a mi amigo Izan aquí sentado —señaló con su cabeza la joven—. Fue un hueso duro de roer, pero al final creo que logramos un vínculo algo especial. Lo suficiente para que me tenga confianza y te haya traído aquí.

—Debe ser muy especial para que no pusiera su vida en juego.

—Créeme que ahora estoy dudando en mi brújula para las decisiones —inquirió el joven, un tanto nervioso por el bombardeo de

preguntas por parte de Lorenzo.

—Como sea, no paso mucho tiempo por Argos, entonces no creo que te necesite de contacto.

—¡Ajá! —Lorenzo golpeó con sus cubiertos la mesa—. Ya vamos avanzando querida. Ya me has dicho algo de ti. Es un primer paso, un poco malo, pero, puede servir para empezar.

Con cierto rubor en su rostro por haber caído en una trampa tan banal como esa, Black Dead continúo cenando en silencio. Para dicha de Izan Lorenzo acabó con sus preguntas, ya sabía algo de la mercenaria, y ese solo era el primer paso para saber muchas cosas más. Con un excelente humor continuó con su cena satisfecho porque no había perdido su toque. Finalizada la cena, y cuando llegó la hora de dormir, el hombre dirigió al par de mercenarios detrás del umbral de la puerta y guiándole al segundo piso del local les dio una habitación. Como bien pudo intuir, solo necesitarían una debido a la manera en que estaban unidos.

Lorenzo lo adivinó bien, así que acondicionó la habitación para que ambos la pudieran usar. No logró colocar dos camas en la habitación, esta no era tan grande para ello, pero sí logró asentar un diván a los pies de la gran cama y cómoda cama. Con una sonrisa un tanto pícara cerró la puerta de la habitación y dejó a ambos mercenarios en ella. Sin decir muchas palabras Black Dead se encaminó hacia el lecho, tomando la gran y cómoda cama. A Izan no le sorprendió en lo absoluto la decisión que había tomado su captora, así que, sin protestar se encaminó al diván.

Para su sorpresa, este era mucho más cómodo de lo que hubiera imaginado en un principio, y, sin dar mucho esfuerzo comenzó a sentir como el sueño le comenzaba a invadir poco a poco. Intuyendo que su captora ya había caído en los brazos del sueño, Izan cerró los ojos y solo se dejó llevar.

Para la sorpresa de Black Dead, el par de caballos estaban en el lugar en el cual decía la nota. El alba aún no había roto cuando el par de mercenarios se levantaron de su lecho y bajaron a la sala de la tienda. Para su sorpresa, Lorenzo los esperaba ahí con un modesto desayuno de pan con mermelada. No podían quejarse, era más de lo que esperaban por parte del tendero. Cuando hubieron terminado de comer, Lorenzo les despidió y les dijo que podían volver a visitarlo cuando quisieran. Black Dead no prestó mucha atención a sus palabras, y aún era escéptica a que ese peculiar hombre cumpliera con su parte del trato.

Pero ahora ahí, viendo el par de saludables y cuidados corceles atados en el lugar que decía el pergamino, tras unas casas de negra

madera y pulida piedra, la mercenaria se sentía un tanto culpable. El dúo de mercenarios examinaba los alrededores con cierta duda en su ser, no estaban del todo confiados. Pero las dudas se desvanecieron después de unos minutos de espera, y al ver que nada extraño sucedía, Black Dead se aventuró a ir junto a los corceles, encontrando una nota en la montura de uno de ellos una nota firmada:

Querida niña, espero que con esto aprendas a confiar un poco más en las personas que dan su palabra. Cuando busques un aliado en Magón, no dudes en contactarme y así podremos reanudar nuestra plática que quedó pendiente en la cena

Con mis mejores deseos:

Lorenzo Devertman.

Un calor intenso comenzó a colmar el cuerpo de la joven y sus mejillas se impregnaron lentamente de un tono carmín. Quizás sea la furia que la joven tenía acumulada ante ese hombre, o quizás fuera la vergüenza que le recordara aquel incidente en la cena en donde su defensa falló y que ahora el tendero la tratara con tanta condescendencia. Sea cual fuera la razón la joven no dudó en arrugar la nota y tirarla al suelo. Montando a un corcel moteado esperó a que Izan hiciera lo mismo con el pardo que estaba junto al suyo.

Cuando ambos mercenarios estuvieron listos, iniciaron con la travesía.

Tan veloces eran los caballos que rompían como una flecha las calles Argos. Izan podía sentir como el aire golpeaba con violencia su rostro, y como tuvo que apretar el nudo de su capucha parque esta no saliera volando con el viento, aun así, aún no estaba muy seguro si esta pudiera resistir en su lugar a la gran velocidad con que iban. El mar de gente que inundaba las calles y mercados de Argos tenía que hacerse a un lado para no ser arrollados por el par de jinetes que cabalgaba sin escrúpulos y con una gran velocidad.

No tardaron mucho tiempo hasta llegar a las zonas más rurales de Argos, estando fuera de los grandes círculos de suburbios de la ciudad. Cuando pasaron por las grandes bloques grises y negros que estaban a su siniestra, Izan ladeó su cabeza para verlo a plenitud. Inmensos bloques de metal y piedra que se anteponen al firmamento que comienza a dar tintes de un azul intenso era tintado por las manchas grises y blancas del humo que salían de las edificaciones. El joven no podía evitar en pensar como

aquellas construcciones empañaban un paisaje que era hermoso por sí solo.

Recordaba cómo había sido aquella misión que hizo para Lorenzo, y palpando los bolsillos interiores de su capa soltó una sonrisa al comprobar que aún le quedaban de esos frascos de vidrio con aquella extraña sustancia que destilaban esas fábricas por las que ahora estaba pasando. Pensándolo dos veces, Izan creyó que quizás no eran tan innecesarias como había creído en un principio, y ahora, dándoles un nuevo vistazo, veía aquellos bloques con nuevos ojos.

Los corceles avanzaban con mayor velocidad en los caminos de tierra que en las calles baldosas de la ciudad. En aquellos terrenos estaban en su elemento y su velocidad daba crédito de ello. Black Dead galopaba a la cabeza, cortando el viento como si fuera una punta de flecha y con una gran sonrisa de satisfacción en su rostro mientras se inclinaba a la crin de su moteado corcel. Desde el momento en que había montado aquel equino, la joven mercenaria no había dejado de sonreír, dando nociones la felicidad que le provocaban aquellos animales. Detrás de su galope una delgada línea de acerco que emitía un brillo carmesí unida a Izan con la mercenaria, aquellos metros de hierro evitaban que se distanciaran demasiado. El mercenario quizás no disfrutaba del galope como lo hacía su captora, pero la fascinación de Izan se encontraba en el paisaje que le rodeaba.

Las anguladas casas de piedra y madera negra que abundaban en las zonas más industrializadas de Argos eran sustituidas por unas edificaciones mucho más cuadradas construían de y barnizadas de un marrón más claro. Cruzando la calle de tierra y grava admiraba los surcos de cosechas que estaban a ambos lados del camino, en los cuales los frutos de la tierra comenzaban a emerger. Más allá, a la distancia divisaba las formas de lo que creía que eran unos molinos de viento que molían el grano de los campesinos, además de servir para otros variados usos que los ingeniosos agricultores optaran por darles.

Dejando de posar su mirada en las periferias del camino, el mercenario miró hacia el frente, en donde pudo divisar mucho más allá de la figura de su captora cabalgando en su corcel, lograba ver como poco a poco comenzaba a emerger de la curvatura del horizonte la figura de una gran pared de piedra que se extendía por varios kilómetros rodeando el lugar. Izan no recordaba haber salido mucho más allá de las zonas industriales de Argos, así que no tenía noción alguna de la inmensidad de la segunda muralla que protegía a la ciudad. Esta era mucho más alta e imponente que la primera muralla que resguardaba a la Ciudad Capital de Piros, y la extensión de esta era de varios kilómetros de largo, tanto que su longitud se perdía en el firmamento.

Con forme el galope de los caballos se acercaba a la muralla la grandeza de esta se acrecentada de gran manera, y junto con esto Izan podía sentir su insignificancia ante aquel muro de piedra sólida que protegía a la ciudad de Argos de cualquier peligro del exterior.

—Estamos a pocos metros de la muralla. Cuando la a travesemos y estemos en Ruam, podremos estar mucho más seguros de lo que estamos ahora —Black Dead debía gritar para hacerse huir éntrelas ráfagas de aire producto de la gran velocidad a la que iban.

—Entendido —gritó de la misma manera Izan, saliendo de sus pensamientos y volviendo su atención ahora a lo más importante en este momento: sobrevivir.

El choque de los cascos de los caballos cambió cuando pasaron del suelo de tierra al cemento que formaban los puentes que se posaban sobre los ríos que separaban la estructura de piedra de la tierra, tal y como sucedía con la muralla primera y la tercera muralla que marcaba el final del reino de Magón. Los grandes arcos que atravesaban la sólida piedra de la muralla para formar una puerta de entrada y salida hacia ambos lados de esta carecían de la vigilancia real que se habían encontrado en la primera muralla, lo cual simplificaba de manera amena el trayecto. Al cruzar por los grandes arcos que cumplían la función de puertas, una oscuridad momentánea cubrió a los jinetes, y solo con su vista al frente podían apreciar un aro de luz que se hacía cada vez más grande conforme se iban acercando al otro extremo de la muralla. Cuando por fin lograron cruzar por el umbral la potente luz del día les dio de lleno en los ojos. Cubriéndolos con sus manos los mercenarios trataban de acostumbrar sus ojos a la ráfaga de luz después de salir de aquel puente de oscuridad. El sonido de los cascos de sus caballos les indicó que ahora se encontraba sobre las calles baldosas de la ciudad: habían entrado a la Ciudad Limítrofe de Ruam.

Estas calles baldosadas no eran tan limpias y pulidas como lo serían las de Piros o Argos, aun así, estaban en perfectas condiciones. Los negocios y los mercados son un poco más rústicos a los que se podían encontrar en las anteriores ciudades, y estos rebosabas de los productos naturales de la región. Ruam se caracteriza por su agricultura y crianza de ganado, y es de esta manera que se ha convertido en el principal exportador para las ciudades interiores. La infraestructura de las casas de habitación y negocios de Ruam guardan un diseño similar a la de los círculos agrícolas de Argos, con sus armazones de madera marrón, pero manteniendo la tradicional piedra como elemento principal de la construcción.

Cuando ambos mercenarios salieron de la muralla dieron de lleno con una calle llena de civiles que se encontraban haciendo las compras de la tarde en los locales que estaban contiguo y a los laterales de la

baldosada calle. Debieron de aminorar la velocidad para no dar con ningún civil, pero ya en Ruam un aro de tranquilidad embriagó a ambos mercenarios por igual. Ya estaban muy lejos de las fuerzas de la corona y estas tardarían varios días en llegar a buscarlos en aquella ciudad. Ahora solo les quedaba una muralla para estar fuera del reino de Magón y más cerca de su destino.

Bajando de sus caballos el par de mercenarios continúo a pie —llevando a sus corceles desde la correa— por la gran calle llena de docenas de personas. Al caminar por esta chocaban intermitentemente con algunas civiles que se encontraban realizando sus compras, y muchas veces con niños que jugaban con alegría por ese gran espacio. Mientras Izan se habría paso ahí, no podía evitar en pensar como la atmósfera que se respiraba en esta ciudad era totalmente distinta a la que se podía sentir en Piros o en las zonas más industriales de Argos, en donde el progreso y la multitud eran la ley. En contra posición Ruam se habría como un oasis de tranquilidad. Observando los puestos que se encontraban junto a la calle Izan podía ver todo tipo de productos: desde carne animal hasta frutos de las formas y texturas más diversas que desprendían agradables olores.

Distintas y fluidas eran las voces de los vendedores que se alzaban en la calle.

—Fruta, fruta fresca. Tenemos todo lo que desea.

—No deje pasar la oportunidad de llevar la carne de mejor calidad a su mesa.

—Tenemos todos los productos que usted puede desear para la caza y la pesca.

—Señorita, ¿desea una hermosa y jugosa manzana? —un vendedor entrado en años le extendía una deliciosa fruta a una encapuchada Black Dead—. Le garantizo que es la más sabrosa que tengo en el puesto.

—Así lo creo —para sorpresa de Izan, Black Dead le brindo una cálida sonrisa al vendedor y sacó un céntimo de latón de un bolsillo de la capa.

—Siempre un placer servir a clientes tan encantadoras como usted —enunció tomando la moneda.

—Un servicio tan atento siempre es buen recibido —agradeció tomando la manzana y dándole un mordisco para continuar con el camino.

La actitud de su captora no dejaba de sorprender a Izan. Podía pasar de diversos estados de ánimo en una cuestión de simples segundos. Siempre que se dirigía a él se mostraba reacia y a la defensiva, pero, en estas calles e interactuando con la gente común y corriente la mercenaria daba una nueva cara. Una actitud gentil que ponía entre dicho todo lo que Izan sabía de ella, aunque claro, tampoco es que Izan sepa mucho de ella. Continuó con estas cavilaciones en su mente mientras seguía a su captora, siempre estando unido y preso a ella por la esposa que escondía tras los pliegues de su capa marrón.

Los mercenarios siguieron con su andar mientras mantenían un perfil bajo hasta que lograron salir de ese pequeño mar de gente que para nada era comparado a las multitudes de Piros y Argos. Caminaron con un andar pausado hasta que llegaron a una fuente de mármol que adornaba una plazoleta. Ahí dirigieron a sus caballos para que tomaran algo de agua como merecido premio después de tan arduo trabajo.

Mientras sostenía la correa de su corcel, Izan no podía alejar las inquietudes que colmaban su mente en esos instantes. Inquietudes que tienen que ver con su vida y destino.

—Y bien —el joven avanzaba con cuidado en la selección de palabras—, ¿a dónde iremos ahora?

—Por el momento dejaremos a los caballos descansar —la mercenaria hablaba mientras acariciaba con gentileza el dorso de su corcel—. Deben de estar cansados después de tantas horas. Deben de reposar adecuadamente. —La joven alzó su mirada al cielo para ver como cálidos colores se comenzaban a asomar en el firmamento—. Y creo que no será la mejor idea la de cabalgar en la noche. Aún nos queda un buen trecho que recorrer.

—¿Aún estamos lejos de nuestro destino? —se aventuró a preguntar.

—Estamos más cerca de lo que estábamos en Piros o Argos —contestó tajantemente.

—Perdona, solo quiero saber cuánto tiempo de vida me queda.

—Eso depende de cómo transcurra el día de hoy, y si no me haces enojar.

—Creía que dijiste que tu líder me querría con vida para decidir lo

que harían conmigo —la petulancia en su voz se comenzó a acrecentar.

—Puedo decirle que sucedió un accidente. Estos siempre suceden.

—Claro, como hace medio cuartante.

—Eso fue diferente —sostuvo su ámbar mirada con furia.

—Discúlpame —decidió ceder un poco de terreno, pero mantuvo un poco el tono de su voz—. Solo no me hace gracia estar pensando en una eminente muerte.

—La muerte nos llega a todos.

—Claro, solo que yo tengo una cuenta regresiva sobre mi cabeza. Mira, no sé si lo sabrás, pero morir no me hace especial gracia. Quizás podamos llegar a un acuerdo tu líder y yo. No sé, algo, lo que sea.

—Eso lo decidirá él —la joven apartó su mirada y la posó en el caballo—. Creo que ya saciaron su sed. Debemos buscar una posada.

—Lo que digas —Izan dejó escapar una exhalación de desesperanza y siguió a Black Dead.

No tuvieron que caminar mucho para dar con una posada adecuada. Ruam representa un puesto de paso para viajeros itinerantes o aventureros que quieren ir más allá de las murallas, o internarse en la civilización, todo depende de las circunstancias. Por tal motivo son varias las tabernas que se encuentran en las primeras calles de Ruam después de la muralla, aun con eso Black Dead decidió en optar por tabernas que se encontraran un poco más alejadas del ajetreo de la pequeña ciudad de Ruam. Es así que terminaron cayendo en El Unicornio Azul, un nombre que sin duda atraerá a visitantes.

Dentro del local el clima era muy bueno, había un juglar que tocaba y cantaba a cambio de comida. Sentado en una mesa de madera en la parte de atrás Izan no podía evitar pensar en que esa era una buena manera de ganarse la vida. Si tan solo hubiera aprendido a tocar un instrumento, cualquiera: un arpa, un violín, un laúd, incluso la flauta. Si hubiera dominado alguno de esos instrumentos en su niñez, ahora su vida podría ser distinta. Tocar a cambio de comida, conocer a hermosas camareras, conocer todos los rincones de Magón sin tener un precio sobre la cabeza, e incluso poder conocer otras naciones. Esa sería una buena vida.

Cualquier vida era mejor que estar esperando a la muerte.

En el resto de las mesas del lugar Izan podía ver a varios grupos de amigos divirtiéndose, contando viejas historias del aventurero Erza o de la boda de Melodía y Dard, la cual tuvo un gracioso descalabro que tenía que ver con un grupo de asesinos que quería matar a Melodía en el día de su boda. Izan ya conocía esa historia, así que posó su atención en las diversas cosas que sucedían en la taberna: en como algunas mujeres estaban jugando a las cartas, en como diversos hombres estaban en la barra pidiendo otra ronda de cerveza, y como estaba por darse una reyerta de borrachos en la entrada.

Izan paseo su atención por toda la taberna hasta que algo la logró captar de lleno. Una camarera de hermosa figura, de carnosos labios y de un cabello tan negro que escurría por su espalda como si fuera una cascada. Esta se dirigió a su mesa y les pidió la orden.

—Dos estofados del día y un par de cervezas de ciruela. Ah, y una habitación para una noche —le contestó la mercenaria.

—Deberías de controlarlo más, querida. Me desnudó por lo menos tres veces con la mirada mientras venida hacia acá —Izan no pudo evitar sentirse ofendido ante las palabras de esa camarera. Solo habían sido dos.

—No te preocupes, yo me encargo —le dirigió una tenebrosa mirada al joven.

—Muy bien querida. Serán tres céntimos de latón.

—Guarda el cambio —dijo mientras le lanzaba cinco monedas de latón.

—Me aseguraré de que las almohadas tengan las mejores plumas y de que Mart no escupa en la olla para variar.

Izan volvió a admirar a la hermosa mujer mientras se marchaba.

—Deberías de tener más tacto a la hora de tratar con las mujeres —le inquirió la mercenaria con sequedad.

—Ella exageraba, no hice ni la mitad de las cosas que dijo… o que pudo pensar —con premura, Izan se apresuró a cambiar de tema—. Pero debo decir que estoy sorprendido. Para ser un prisionero estoy recibiendo un mejor trato del que esperaba.

—Solo estoy cumpliendo con mi deber de mantener vivo.

—Déjame que lo dude. Pagas por ambos caballos, luego pagas por la comida. No me agredes y me das cierta libertad. Más que un prisionero parezco un compañero.

—Pues no te confundas. No eres mi compañero. Que no se te olvidé —acentuó sus palabras levantando su mano esposada.

Antes de que Izan pudiera replicarle algo, llegó la camarera con ambos platos y debidas. Las sirvió con elegancia sobre la mesa y antes de irse le dirigió una mirada de desdén a Izan. Como si supiera que la volvió a ver cuando esta se marchaba por primera vez. Fue tanto el enojo que sintió el joven, que cuando la camarera se volvía a marchar apartó su mirada y solo la volvió a alzar cuando estuvo seguro que ya se había ido la mujer.

Paso tanto tiempo entre esos segundos, que Izan consideraba como algo inútil replicarle algo a su captora. Así que solo se calló y comenzó a comer del estofado que tenía muy buen color. Así como olor y sabor. Hace mucho que Izan no recordaba haber comido algo tan exquisito. Quizás serían los ingredientes de Ruam que eran mucho más frescos que los de las grandes ciudades, o que en todas las tabernas y posadas que había ido todos los chefs escupían en la comida, y esta vez Mart no lo hizo. No lo sabía y la verdad no le importaba lo suficiente como para prestarle mucha atención. Solo centró toda esta en la degustación de su comida.

Estaba tan a gusto en esta labor que la musical voz de su captora le tomó por sorpresa.

—Tu tampoco eres un prisionero común —habló mientras movía su estofado con la cuchara.

—¿Disculpa? —no podía entender bien a lo que se refería.

—Que tú tampoco eres un prisionero normal. En todo este tiempo no has intentado escapar. Has seguido mis órdenes casi sin chistar y has sido muy obediente y diligente. No eres un prisionero común —clavó su mirada ámbar en los ojos miel de Izan.

—Ah —musitó, pensando que sería mejor idea no contarle nada sobre que le pidió ayuda a Lorenzo para romper las esposas—. No es como si hiciera lo contrario lograría algo. Si te molestara solo me ganaría tu desprecio y tus ganas de matarme aumentarían. Si hago lo que dices el viaje será más simple para mí también. Y gano algo más con eso.

—¿Qué es? —preguntó la mercenaria con una creciente curiosidad.

—Tu favor —enunció con decisión—. Eso es lo único que me puede mantener con vida. Si me gano tu favor, si te agrado o hago cualquier cosa para evitar que me mates, quizás tu líder encuentre algo de valor en mí y me deje vivir. O quizás tú puedas ayudar a que eso sucede. No lo sé con exactitud, pero es la única carta que me queda por jugar.

—Oh, ya veo…

Izan pudo ver como la mirada de su captora vacilaba por un momento. ¿Estaba logrando su objetivo? Era inútil saberlo. Aunque podía ver su brillante mirada, sus facciones se encontraban ocultas tras esa máscara de sombras que le brindaba su negra capucha. Aunque estaban a escasos centímetros de distancia, Izan no podía penetrar en ese manto para ver si sus esfuerzos estaban dando frutos o no. Solo le quedaba adivinar y rezar a los cielos que las intenciones de su captora cambiaran un poco.

Después de esa conversación el resto de la cena transcurrió con normalidad. Aquella camarera volvió muchas veces para rellenar sus vasos con cerveza de ciruela, ella insistía que era cortesía de la casa. Ahí Izan aprendió una importancia lección: lo necesario que es ganarse a los taberneros. En cada ocasión que aquella camarera llegaba Izan adoptara la decisión que había tomado con anterioridad, mirar al suelo y luego recobrar su mirar cuando ella se hubiera ido. Con la cantidad de veces que ella llegó, Izan se comenzó a preguntar si lo que hacía era generosidad o si solo disfrutaba atormentándolo.

Con la última vez que esta llegó a su mesa la taberna se comenzaba a vaciar de a poco, y ella les comentó a su captora y a él que la habitación estaba lista, que podían subir cunado quisieran. Black Dead le agradeció y luego la vio marcharse. Izan pensaba que se irían a la habitación de inmediato, pero nuevamente su captora le sorprendió con su forma de actuar.

—Llegaremos a nuestro destino en medio día más —dijo de repente.

—¿Cómo dices?

—Está a fuera de la tercera muralla. Llegaremos ahí en medio día más. Y cuando lo hagamos, veremos cuál es tu suerte —adoptó una actitud un tanto cortante para decir estas últimas palabras y levantarse de

la mesa.

Izan volvía a preguntarse qué pasaba por la mente de la mercenaria. ¿Estaría jugando con él? Justo cuando creía que todo iba bien aquella actitud fría se apoderó de ella. El joven dejó de pensar tanto en ello y siguió el paso de su captora hasta la habitación. Subiendo las escaleras, doblando a la izquierda, la tercera puerta. Esas fueras las instrucciones que siguieron para dar con la habitación que les guardaba un sueño reparador.

Al entrar a la recámara Izan vio la gran y cogedora cama que estaba en medio de esta. Podía sentir su suavidad, pero para su desgracia no podía ver ningún diván o sillón que estuviera en aquella habitación. Eso significaba que dormiría en el suelo. Ya se hacía de esa idea así que antes de que su captora entrada en las blancas sábanas, él se acurrucó al suelo de un lateral de la cama. Black Dead hizo lo que él esperaba y entro en las sábanas. Izan no esperaba algo diferente. Cerró sus ojos y se dispuso a dormir, pero justo unos momentos después algo le golpeó. Cuando abrió sus ojos pudo ver en su pecho una suave almohada y una sábana blanca. Se sentó en el suelo para ver a la cama y encontrar el rostro de su captora. Pero lo único que vio fue a esta que ya había entrado en el mundo de los sueños.

Volvió a acurrucarse, pero esta vez con una sueva alomada que le vendría muy bien, junto con la sábana para combatir el frío. Con un nuevo ánimo posó sus ojos en el techo y se dispuso a dormir.

Habían pasado unas horas e Izan no podía conciliar el sueño. Se sentía intranquilo y un tanto nervioso. No por la situación en la que se encontraba, esta era la tercera noche que pasaba con su captura, y la actitud de esta era mejor que la de la primera noche. No. No era eso. Era un sentimiento de un viejo terror. Un sentimiento que no le gustaba en lo absoluto. Viejas memorias comenzaban a rondar en su mente, se sentía intranquilo lejos de la civilización. No era que estuviera apegado a Piros o Argos. Lo cierto era que detestaba a Piros con todo su ser y Argos lo veía como una ciudad en la que podía sobrevivir.

No era eso.

El estar lejos de esas tierras activaba pensamientos en su ser los cuales él creía que nunca habían pasado. Mientras mirada el techo de madera de la habitación una sensación extraña comenzó a inundar su cuerpo, y los recuerdos de su pasado emergían como una vertiente de agua. Izan movió la cabeza con fuerza, no quería recordar eso. No quería pensar en cómo si había salido de la civilización, y muchas veces. Creer

que no había sido así era el mecanismo que le protegía del pasado.

El joven agitó nuevamente su cabeza y trató de alejar aquellos pensamientos. Cerró sus ojos y de alguna manera, se trataba de esforzar en dormir mientras algunos de esos pensamientos seguían persistentemente clavados en su cabeza. Con lentitud, el sueño comenzaba a llenarlo desde dentro, y mientras perdía la consciencia un tétrico recuerdo se acrecentaba dentro de él.

Capítulo 7

Interludio 1

Año: 3.156 a.GM

Desierto del Ahlar-Tercera Muralla-Reino de Magón

El peso de su arma le hacía flaquear, su pulso se tambaleaba mientras sostenía aquel pesado hierro manchado de sangre. Sus negros cabellos se escurrían por su rostro como si fueran negras aguas que bañaban su faz. De su árida boca salía sangre. Sangre y hielo. Ya había consumido la última píldora que le habían dado para su misión. Los cristales escarchados se asentaban en el interior de su boca mientras podía sentir el frío extendiéndose por ella. Pero el frío no lo es lo mismo que el agua, y su cuerpo lo notaba.

En su frente, tras aquellas telas que cubrían su rostro de la violenta arena que azotaba su cuerpo de aquel gris desierto, hacían que sudara de sobremanera. Una pegajosa capa de sudor se asentaba en su rostro y bajaba por todo su cuerpo en un inútil intento por mantener las temperaturas necesarias. El sol estaba en su punto máximo y sus alforjas estaban completamente vacías de agua y comida. No quedaba mucho que pudiera hacer para mantenerse con vida.

Aun con todo, no flaqueaba en su paso. Caminaba y se abría paso por las interminables dunas de penetrante arena gris. Lo guiaba la esperanza. Un delgado hilo de ilusión que le hacía pensar que su vida no estaba perdida, al menos no del todo. Con su débil y opaca visión solo podía ver a escasos metros de distancia, y aun con ello sabía que tras aquellas grises dunas no podría haber nada más.

¿Por qué lo hizo? ¿Por qué le enviaron a una misión suicida? ¿Cuál era el sentido?

Al menos, antes de morir y que su cuerpo fuera consumido por las aves de carroña que desde hace horas volaban sobre su cabeza, antes de que su cuerpo quedara reducido a vil alimento para infernales seres, antes de eso, esperaba que tales preguntas tuvieran una respuesta. Ya sea en esta vida o en la otra. Solo quería saber por qué todo había acontecido como lo había hecho. Había cumplido con su misión, al menos en mayor parte. Los tintes de su manchado hierro daban crédito de ello, aun así, su misión no había concluido. Podía sentir el rose del pergamino que tenía amarrado a su cadera. Este lijaba su piel con cada paso que daba. Lo había colocado en tal lugar para que sirviera como un

recordatorio constante del porque estaba en aquel lugar, del porque cruzaba dicho infierno.

Aun con todo ello, aquellas preguntas no dejaban de rondar por su mente. Su consciencia en ese momento no tenía espacio para cualquier pensamiento que no fuera el de sobrevivencia. Aun sintiendo el roce de tan áspero pergamino, su mente ignoraba la sensación para concretarse en el dolor de sus músculos. En la sequedad de su boca, en su nublada visión, en espantosa condición. Aun con todo, siguió adelante. Debía hacerlo. No tenía alternativa. Era un soldado real.

Hijo de la nada. Fue tomado en el lecho del reino y criado por la armada como una fiera máquina de combate. Juraba su lealtad al rey, y este le había dado una nueva alternativa para vivir: consagrar su vida al servicio real y ser inmortalizado como un soldado, un hombre que lo había dado todo por la corona. Que había vivido solo por ella, y, que el lecho de su muerte gritaría a los cielos que estaba listo para descender a los infiernos si era necesario, todo para seguir con su misión de consagrar su vida y espada al servicio del rey. Desde sus más tiernas épocas no conocía camino distinto, y abrazaba su destino.

Eran por esas y muchas más razones por las cuales no podía caer, por las cuales no podía dudar y debía de seguir con su camino. “Fuerza, vida y alma a su majestad”. El lema de la corona resonaba en su mente en todo momento desde que había entrado a tal inhóspito terreno. Pero ahora, en la intimidad que se permiten aquellos que están cercanos a la muerte, se preguntaba si todo lo que había hecho valdría la pena. No es que hubiera vivido muchos años, algunos hombres más longevos podrían asegurar sin duda en sus corazones que ya aún era un niño. Pero él se negaba a creer eso. Había superado todas las pruebas necesarias, había contemplado todos los entrenamientos y estaba en la edad idónea para el servicio militar. Ya había completado varios años en la academia, y esta era su primera misión en servicio para su majestad.

Temía que fuera la última.

Aun a tal edad, consideraba, se preguntaba y debatía en la intimidad de su mente si todas las decisiones que había tomado serían las correctas. Que si servir tan fervientemente habría sido lo adecuado. ¿Cómo podría serlo si se encontraba ahora al filo de la muerte? No se atrevía si quiera a formular tan pregunta en el interior de su cabeza, aunque nadie lo escuchara, aunque nadie lo supiera. Aun así, no se atrevía a pensar tal conjetura, tal traición. No podía encontrar en sus meditaciones las respuestas que quería, no aguardaba esperanza alguna en encontrar lo que quería en tal árido desierto.

Aunque sus cavilaciones mentales no tenían respuesta alguna, no consideraba que estas fueran una pérdida de tiempo. Desviar de tal

manera sus pensamientos resultaba relajante cuanto menos, así podía evitar pensar en la inminente muerte que le aguardaba en la extensión de aquel gris desierto. Aunque sus pensamientos se desviaran, sus músculos no lo hacían. Seguían con su andar ambivalente entre firme y tambaleante. Las circunstancias se prestaban para ambos estados. Pero, aun con todo, su marcha no cesaba. Como una buena y engrasada máquina que solo tenía en mente un objetivo: el completar su cometido.

De entre su cuerpo y mente, el mejor entrenado era el primero.

La noche había caído, y la gris arena ahora se tenía con azules y oscuros colores fruto del negro manto que cubría el firmamento. Aunque su apariencia hubiera cambiado, sus facultades no lo hacían en lo absoluto: era molesta y mortal a partes iguales. Los pliegues de tela que cubrían y protegían a partes iguales su cuerpo, estaban roídos y se habían convertido en finos trozos de tela. Sus botas estaban manchadas y roídas a partes iguales, y, entre ambas prendas se podían ver al brillo de la plateada luz de la luna una especie de insectos de vividos colores que se asentaban y roían las prendas.

Todo ecosistema tiene sus depredadores, y no importa que tan pequeños puedan ser estos, es una ley no escrita que entre vas vívidos sean sus colores, más mortales serán sus mordidas. Al menos así había sido como él lo recordaba. Así era como lo enseñaban en la academia. Aun con todo, él ignoraba el peligro en el que se encontraba. Su perdida mirada estaba fija en el horizonte, en donde las dunas de arena azul oscuro dibujaban un terreno traicionero y mortal.

Su jadear daba muestras de su condición. No podría resistir a este paso por mucho tiempo más. Pensaba en lo fácil que sería la muerte, pensaba en la bendición que esta sería para escapar de su martirio. Pero, algo mucho más fuerte que él le impedía entregarse de lleno a ese sentir. Era mucho más fácil entregarse a la muerte que continuar con la vida. Así lo veía él en esos momentos. Momentos en los cuales sus músculos se negaban a sucumbir ante tal obra. Momentos en donde su entrenamiento era mucho más fuerte que su determinación.

Su condición daba muestras de ser más máquina que hombre.

La noche dio paso a la mañana, y el calor que emitía el sol era cada vez más insoportable. Los pliegues inferiores de su ropa se encontraban cada vez más escuetos. Las tiras de fina tela encontraban ahora cobijo en su cintura mientras varios huecos y hoyuelos comenzaban a colmar su pantalón. A aquellos diminutos seres de viva muerte no les

faltaba mucho tiempo para llegar a la débil carne, y, desde ahí, comenzar con su sinfonía de muerte y pesadumbre.

Su paso no podía ser más automatizado. Era como una de esas máquinas engrasadas de hierro que ensamblaban varias piezas de metal en las grises edificaciones de piedra y metal. Su mente estaba en blanco, no procesaba pensamiento alguno, no tenía ningún estímulo que despertara emoción en su ser. No podía darse el lujo de desperdiciar la valiosa energía en tontas cavilaciones que no tendrían sentido si no vivía. Era justo en ese momento que podía agradecer a su entrenamiento, puesto que era este lo único que lo mantenía con vida.

Su mojado cabello descendía hacia sus ojos, nublando el escaso campo de visión que existía por entre las telas que protegían su faz. Este era ya el segundo día que pasaba sin agua, no soportaría un tercero. El descanso se le había sido negado por dos noches seguidas, aun no sabía cómo se mantenía en pie, y la verdad era que no podía si quiera pensar en eso. Tragaba con aspereza, tratando de humedecer su garganta, pero lo cierto era que lo único que pasaba por ella era una leve capa de arena, lijando el interior de esta como una liga áspera que le hacía daño en su seca garganta.

Su nublada visión no podía contemplar ya nada que se divisara a la distancia, pero ¿qué cosa podría ser merecedora de mención en el interminable desierto que sería su perdición? Manchas negras y borrosas de su húmedo cabello era lo único que su rango de visión detectaba. Ni siquiera se tomaba las molestias de apartar los húmedos mechones para dejar la vía libre por si divisaba algo de interés. No existía ya nada de tal calibre que pudiera ser digno de mención, mucho menos de contemplación.

A estas alturas, ya había asimilado bien su destino. La muerte era el único camino. El único camino posible o idóneo. Aun con todo, su mente no se llenaba de tales conjeturas. No era que no quisiera aceptarlas, era un hecho que tenía interiorizado incluso si quiera de tener la necesidad de pensar en ello. No o hacía simplemente porque no valía la pena dirigir su atención a tales cavilaciones, a tales conjeturas que resultaban obvias para él y para los dioses. Un hecho que es verídico no es merecedor si quiera de contemplación.

No sabía bien como moriría. ¿Quién sería el vencedor? ¿Sus pies por fin flaquearían ante el cansancio de su travesía y se quedaría postrado en esas dunas de áspera y rugosa arena gris? ¿La deshidratación sería la vencedora haciendo que perdiera las pocas fuerzas que le quedaban y diera con un destino similar a la primera opción? ¿Aquellos insectos que subían por su espalda serían los causantes de su muerte y saciarían sus más viles deseos con su agria carne? ¿O sería acaso qué tendría el valor suficiente para a travesar su cuerpo con aquel agudo metal que seguía

sosteniendo en sus manos? Metal herrumbrado y manchado de seca sangre que desprendían olores inimaginables.

Sea cual sea su verdugo, su destino sería seguro.

Sus ahora tambaleantes pisadas se hundían en las pequeñas dunas de suelta arena, dejando la imprimidas sus huellas en ella como único de su estadía en tales tierras. Recordatorio que sería borrado al igual que su existencia por la voluntad del desierto. Caminando todavía sin pensamiento trascurría aquel camino, pisando la suelta arena. Ya reconocía la sensación que producía hundir sus pies en tal cruel enemiga. Quizás sería esa la razón por la cual sensación tan extraña y repentina llamó su atención.

El sonido de un chapoteo le hizo salir de todo trance en el cual se haya encontrado inmerso. Ese tenue sonido llamó por completo su atención, y, aun con débiles fuerzas se dio todo de sí para apartar sus negros cabellos de su rango de visión. Fue ahí donde vio, como un espejismo de realidad, como un oasis de alumbrada su camino de oscuridad. Aun a tales alturas no sabía si esto era fruto de su locura y cruel agonía. Pero, aun así, la sensación era agradable. Demasiado agradable como darle vuelta alguna al asunto.

Cayó de rodillas en el estanque de cristalina agua que estaba a la sombra de frondosas hojas verdes. Si tal bendición resultaba ser una ilusión, lo descubría en seguida. Dejó caer su pesada espada de sus manos, provocando un leve chapoteo de agua cuando ésta dio de lleno en el estanque. Con sus vendadas manos descubrió como pudo su rostro, dejando ver sus partidos y áridos labios, y una tez marchita y un tanto agrietada por las heridas sin cicatrizar.

De lleno, hundió su cabeza el salvador líquido, recuperando un poco de las fuerzas que creía perdidas. Era real, las sensaciones eran reales. Sin pensarlo mucho, con su cabeza sumergida en aquel excelso líquido, dio grandes sorbos de agua. Llenando su vació estómago de febril líquido, y sanando su desgastada garganta con la promesa de una salvación. Bebió y bebió. Recordó como las escrituras de su natal tierra hablaban de cuando la esperanza se hallará perdida, Theor siempre proveería.

Los versículos que había escuchado tantas veces llegaban a su mente:

Y Theor le dijo a su creación primogénita, a sus hijos que vagaban por los desiertos del fin del mundo en busca de la verdadera iluminación, en busca del inicio y del final. Cuando su creación se hallaba al borde de la

desesperación y la locura, cuando las blasfemias colmaban sus corazones y les hacían flaquear, Theor se presentó ante ellos en sueños y les dijo: "No temáis. Porque cuando la noche se vea aún más oscura, cuando la tragedia toque a vuestros corazones y la desdicha se cierne en vuestras cabezas, nada temeréis. Nada temerá él que teme a Theor. Porque Yo soy justo, Yo soy la verdad y el camino. Y el que se mantenga fiel a Mi saldrá avante en la tragedia y enfermedad".

Así habló Theor en sueños a sus primogénitos, los cuales no dudaron de las palabras de su Señor. Fue así como diez días más vagaron entre las fosas de fuego y azufre que se abrían en el estrecho camino hacia el fin del mundo. Cuando los cuerpos flaqueaban, pero los espíritus seguían inmaculados, fue ahí donde Theor cumplió su promesa. De la azul cúpula emergió lluvia sin que hubiera nube alguna en el cielo. El azufre cedió, las fosas de fuego fueron extinguidas hasta sus cenizas. Y los primogénitos de Theor bebieron, zaceando sus cuerpos y espíritus. Con sus fuerzas renovadas, continuaron con su camino de iluminación.

Al beber aquella agua de cristal sus pensamientos no podían salir de las escrituras del libro sagrado de su tierra. Se había mantenido firme, había confiado a plenitud en Theor y en aquel que es Theor en la tierra, el rey. Había sido fiel a ambos, y ahora ellos le recompensaban por su lealtad y virtud.

Sacó su cabeza de las aguas de vida y aspiró renovado del ahora limpio aire que se cernía alrededor suyo. Contemplaba con renovada visión la cúspide del cielo que ahora se presentaba ante él como algo tan cercano. Alzó una de sus vendadas manos y la puse frente a él y sobre la imagen del sol. Cerró su mano, como atrapando a esa gran esfera de luz en su mano. Y sonrió. Sonrió al saber que tenía un nuevo día de vida, que no moriría esa vez. Que Theor y el Rey le había recompensado, y que esta era una señal más para cumplir con su misión.

Su vista comenzó a flaquear, sus músculos se relajaron y cayó sin previo aviso sobre aquellas cristalinas aguas.

Se despertó de repente en una habitación de madera. Levantó la parte superior de su cuerpo del lecho en el cual reposaba ahora, y con extrañeza paseó su visión por aquella habitación. Lo primero que notó fue una tenue luz que entrada por un aro entre las cortinas y ventanas. Lo siguiente fue la figura de una mujer, una mujer joven que descansaba dormida al pie de su cama sentada en un banco y recostando su cabeza en una mesa de noche que fungía como almohada. Notó sus ropas, eran unos hábitos de blanco y plata con un velo que cubría sus cabellos y

descendía por su espalda en los mismos tonos.

Tratando alzar sus manos para tocar su cuerpo y despertarla de su sueño, notó un dolor agudo en un costado. Tras las sábanas de su cama se encontraba su desnudo cuerpo cubierto casi en su totalidad por unas blancas vendas que no tenían rastro de sangre alguno. Debieron de ser cambiadas, ¿cuántos días había pasado en aquel lugar?

De repente, su instinto se apoderó de él y con impaciencia paseó su visión por la habitación en búsqueda de su uniforme y espada. No podía dar con nada, lo cual hizo que un sentimiento de angustia le comenzara a asfixiar. Se olvidó de repente de aquella mujer que yacía al pie de su cama, y trató de levantarse de su lecho. El punzante dolor de sus heridas se lo impedía en un inicio, pero, sabía que no debía de obedecerles. Cuando le dieron su capa y espada le dijeron que esas eran sus armas, que ellas representaba su vida. Perderlas sería como perder su vida. Y vivir su vida sin su equipo apenas sería vida.

Fue así que ignorando su dolor se puso en pie, fue ahí en donde notó la gravedad de sus heridas. Bajando su visión y observando su desnudo cuerpo, notó como este era cubierto casi en su totalidad por las blancas vendas y gazas que ahora eran casi como una nueva vestimenta. Tragó saliva y dejó aquella contemplación. Debía de seguir con su búsqueda. Apoyándose de tal manera en cualquier superficie que considerara idónea, se apoyaba en estas para llegar a la puerta de madera y salir en búsqueda de sus pertenencias.

Apenas logró abrir el llavín de la puerta dio con la sorpresa de encontrarse con una nueva mujer de similares ropas que llevaba en sus manos un recipiente con agua y algunos trapos húmedos. La mujer soltó un grito de pavor cuando vio aquel cuerpo vendado frente a ella, y soltó el recipiente que llevaba en sus manos. Tales ruidos fueron suficientes para alertar a la primera mujer que salió de su sueño para encontrarse con una confusa realidad. Ahí vio el cuadro que se cernía frente a ella.

Con rapidez y avives fue por él, lo tomó y lo volvió a colocar en el lecho. La verdad fue que batalló porque él se resistía, pero con sus fuerzas menguadas, la joven mujer fuera la vencedora final. Reteniéndolo en su lecho, le ordenó con gritos a la segunda mujer que trajera las ropas y las demás pertenencias de aquel ser. Después de unos cuantos segundos de consternación, la segunda mujer acató las instrucciones y salió corriendo del lugar.

Ahora, un tanto más calmado puesto que por lo que había entendido, le devolvería lo que era suyo por derecho. No tenía gran cosa qu hacer que esperar. Fue así que se dio el atrevimiento de ver el rostro de aquella joven mujer que le había retenido en el lecho. Admiró una cara de hada, con facciones bien marcadas y altos pómulos. Sus ojos era de un

color miel intensos, similares a los suyos. Fruto de la pequeña disputa vio como un mechó dorado de su cabello se escurría de su velo y era como si quisiera escapar de aquella prisión.

Dejó aquella contemplación cuando escuchó el sonido de la puerta de madera al abrirse. Ahí vio a la segunda mujer —mucho más madura que la primera, con ciertas arrugas en su rostro— entrar con sus ropajes carmesí, su espada y alforjas. Con detenimiento y cuidado, la mujer posó aquellas cosas sobre la cama de él y trajo un pequeño banco de madera y se sentó junto a la más joven.

Con detenimiento y escrutinio, él comenzaba a examinar sus pertenencias, y para alivio de su corazón, todo estaba en su lugar.

—Te aseguramos que no hemos tocado nada —se aventuró a decir la joven, y la mirada de él se postró en su rostro de hada—. La hermana Clemente limpió y planchó todo —ladeó su cabeza a la mujer más vieja para volver a posas su visión en él—, pero te aseguramos que no tocamos nada más. No abrimos los pergaminos ni nada.

Ante estas palabras, él comenzó a buscar en las alforjas que tenía consigo el pergamino que llevaba en su cadera, puesto que ya no sentía su tan familiar escozor. Para su agrado, lo halló en una de las primeras alforjas, perfectamente sellado, tal y como lo había dejado una vez que había abandona la capital de Piros.

Viendo la exhalación de tranquilidad por parte del forastero, la mujer más joven se aventuró a hablar.

—¿A caso eres un guerrero? ¿Un caballero al servició del rey? Solo son ellos los que usan túnicas y capas carmesí —lo dijo mientras miraba las ropas que estaban frente a viajero—. Lo hacen para esconder que sangran, ¿no es así?

El ánimo de la joven estaba llegando a su cúspide, y sus preguntas le hacían ver eso. Él se sentía un tanto atareado e incluso interrogado por tal seguidilla de preguntas. Nunca nadie se había atrevido a hablarle tan directamente a un caballero del rey.

—¡Hermana Valentine! —dijo con un bufido la mujer más vieja, haciendo que ambas personas postraran su mirar en ella—. No hostigues a nuestro invitado, no es decoroso que una sacerdotisa de Zaina, menos una aprendiz, hable tan poco cortésmente con un caballero del rey y de Theor.

—Lo, lo siento mucho, hermana Clemente —dijo con su cabeza gacha y claramente apenada—. Y también le debo una disculpa a usted, caballero de Theor y de nuestra majestad. Es cierto que una aprendiz de

mi calibre no debe hablarle de tal manera a un caballero como usted. Mis más sinceras disculpas —la joven dejó su silla y realizó una inclinación de cuerpo entero en el suelo.

Ante tal acto, él no supo muy bien como contestar. Así que solo se limitó a asentir con su cabeza, a lo cual la hermana Clemente tocó el hombre de la aprendiz, como señal inequívoca que el guerrero había atendido y recibido de grata manera sus súplicas. Ante esto, la hermana Valentine levantó su cabeza del suelo y volvió a ocupar su sitio en el banco junto a la cama. Fue en ese periodo de tiempo en donde ambas sacerdotisas le habían explicado al guerrero lo que sucedía.

—Le encontramos a unas cuantas millas de distancia de aquí —explicó la hermana Clemente—, junto al oasis. Una de las aprendices le encontró mientras iba por agua a un estanque que está por ahí cerca. Tuvo que regresar corriendo al convento para pedir ayudar a las demás hermanas ya que su merced era muy pesada, quizás se debe a su gran equipaje.

Tuvieron que bastar por lo menos cuatro hermanos —prosiguió la hermana Clemente— para poder traerlo al convento. Fue aquí en donde se le asignó a la hermana Valentine su cuidado. Puedo garantizarle que ella, aunque aún es una aprendiz, no le falta mucho para poder acceder al grado de sacerdotisa de Zaina. Tiene un control adecuado de las artes sanadoras y médicas, como bien pude ver —señaló con su cabeza las vendas en el cuerpo del viajero—. Es una de las mejores aspirantes que tenemos en el convento. Bien lo dice el libro de Theor: “Zaina no le ha negado, no le niega y nunca le negará su ayuda a quien lo necesite”. Menos aún si es un caballero del rey y un heraldo de Theor.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó el caballero con tenue voz.

—Han pasado por lo menos medio clico —ahora era la hermana Valentine que hablaba— desde que su merced llegó a nuestro humilde convento. Fueron cuatro largas noches las que durmió su merced, y, en todo ese momento yo he cuidado de usted, gran caballero. Espero que esté complacida con mis servicios.

El caballero asintió nuevamente, sin decir palabra alguna. Esa fue la señal que necesitaron ambas mujeres para salir de la habitación y dejar ahora a un recuperado caballero para que asimilara la situación.

El convento era mucho más grande lo que el caballero pensó en un inicio. Cinco pisos, diversas habitaciones y cuartos de baños, un gran comedor en donde se reunían las cien hermanas del lugar, infinidad de

pasillos en donde si un alma se perdía, raramente podría volver a ver la luz del sol, una gran biblioteca, una inmensa capilla y un hermoso jardín trasero rebosante de vida con una fuente de mármol en medio que tenía el busto de una de las más grandes primogénitas de Theor: Zaina. Una mortal similar a un dios, es la esposa de Theor cuando bajó a la tierra para librar una gran guerra contra las fuerzas oscuras que asolaban su creación.

Adorada por una gran cantidad de mujeres y hombres a lo largo del reino de Magón, no son raros los conventos dedicados a su divinidad. Lo raro es encontrar uno en lugares tan recónditos del reino. Aun así, el guerrero estaba agradecido de ello. La primera noche desde que despertó cenó con las demás hermanas en el gran comedor, en donde las largas y anchas mesas de madera se extendía por varios metros para poder servir a todas las sacerdotisas y aspirantes, y bendecirlas con el adecuado sustento.

Siguió esta rutina a cada hora de la comida de los días siguientes. Las hermanas se preocupan de corazón de que el caballero estuviera bien servido, siempre le dejaban las mejores raciones de comida, y le servían del mejor vino que tuvieran en las alforjas. El caballero no podía pedir un servicio mejor, y, paulatinamente comenzaba a tomar un poco de cariño por aquellas mujeres con hábito que le habían salvado la vida.

Mientras contemplaba los poderosos jardines traseros tan cubiertos de vida y rebosantes de vitalidad, no podía evitar pensar en lo extraño que era encontrar un lugar así en medio de la nada, y se lo hizo saber a la hermana Valentine, que estaba junto a él con parte de su programa de recuperación.

—Por supuesto que es extraño, pero, son las mejores y más brillantes flores las que florecen en la adversidad.

—Canto primero del himno de Zaina.

—Es grato saber que vuestra merced sabe algo de las antiguas tradiciones. Normalmente los caballeros menosprecian a las sacerdotisas hasta que su vida corre peligro.

—Siempre es bueno saber un poco de todo. Si no fuera así, no podría estar teniendo esta agradable conversación.

—Lo cual sería una pena.

Había pasado otro medio ciclo desde que el caballero había despertado, se había cumplido un ciclo entero, y, en todo ese tiempo la

hermana Valentine había acompañado al caballero —el cual aún no había mencionado su nombre— en su proceso de recuperación. Le hacía brebajes y ungüentos propios para sanar sus heridas, y le hacía recorrer pequeñas distancias en molestas, alegando que esto le sería de provecho para recuperar cuanto antes su movilidad y no perder ritmo con los músculos.

Así lo había hecho el caballero y durante todo el proceso había congeniado bien con la aspirante a sacerdotisa. No era algo difícil de hacer, su carácter era muy agradable, y una vez que olvidaba las formalidades, era una persona muy agradable con la cual era agradable pasar el tiempo. Y ahora, descanso sobre el hombre de ella, él podía contemplar la inusual combinación de un verde jardín que se situaba en medio de tierra árida y sin vida.

—Esto es lo maravilloso de Theor —dijo la hermana Valentine, como si leyera los pensamientos del caballero—. Como la vida puede nacer desde el lugar menos desprovista de ella. Zaina nos enseña que todo milagro es posible siempre y cuando se crea y trabaje por él.

—Parecen ser palabras de una gentil y verdadera sacerdotisa.

—Espero algún día serlo.

—Yo creo que ya lo es, hermana Valentine. Solo una verdadera seguidora de Zaina podría decir tan verídicas palabras, y, enseñarle la belleza a un caballero que solo conoce la muerte —miró al jardín que yacía frente a él—. En la guerra no existe belleza tal, me da gusto conocerla antes de haber muerto.

—Créame vuestra merced que aún le falta varias noches sin luna para poder alcanzar la muerte.

—No faltarían tantas si no hubiera sido por las atenciones de las hermanas, y por su cuidado, hermana Valentine.

—Créame que la orden de Calef de Zaina estará complacida de sus halagos, noble caballero de la orden de Theor que está al servicio del rey.

Fue una de las palabras pronunciadas por la hermana Valentine lo que despertó una leve intriga en lo interno del caballero. No sabía bien a que se debía, o cuál había sido el detonante. Sus memorias aún eran confusas y no podía tener un claro recuerdo de lo que le había llevado hasta ese lugar. Pero aquel incansable sentimiento no le dejaba en paz.

Aquella noche volvió a su recámara, después de cenar junto a las hermanas como había sido la costumbre por medio ciclo. Ya en sus

aposentos trató de dormir en su lecho, tal y como lo había hecho por un ciclo completo. Pero, las cosas no resultaban tal y como lo pintaba la rutina. No podía conciliar el sueño facilidad. Daba vueltas en su cama de un lugar a otro, ya sea buscando la posición adecuada para lograr encontrar el sueño, o para calmar su ánimo y vaciar su cuerpo de la energía que le impide entregarse de lleno a los brazos de la noche.

Sea cual haya sido su estrategia, ninguna surtió el efecto deseado. De tal manera se levantó de la cama, y dejó de lado las blancas sábanas para ir frente aquel amuleto que llenaba sus pensamientos. Su carmesí túnica descansaba colgando de un gancho de cobre de la puerta. A primera vista no supo porque su uniforme le despertaba un sentimiento de tanto interés, puesto que no era un interés convencional. Era casi como un llamado del más allá. No fue hasta que tanteo su túnica, y dio con una de sus alforjas, cuando en su mente todo tuvo sentido.

Tragó saliva con dificultad y con pulso temeroso sacó la alforja de uno de los bolsillos interiores de capa. Ahí se encontraba con ese recipiente de barro descansando sobre una de sus manos. Tenía miedo de corroborar sus pensamientos. Sentía ira e intriga, pero, el sentimiento más poderoso que recurría su ser y emanaba de su espíritu, era un crecimiento temor que se albergaba en lo más profundo de su corazón. Aun con todo, su entrenamiento venció su pensar, y su cuerpo se movió por su cuenta.

Sacó aquel pergamino que tenía hace ya unos cuantos días fijo en su cintura, con pesadez rompió el sello de cera y leyó las instrucciones que antes ya había recibido por vía oral de su comandante. Cuando hubo leído aquellos párrafos arrugó el pergamino con furia en su mano y arrojó la alforja contra el suelo, destruyéndola en el acto. Lo hizo como un acto de furia y rebeldía, pero, en lo más profundo de su ser, sabía que lo hacía como un acto de amarga resignación.

Cayó de rodillas frente a su túnica y capa carmesí. Entre sollozos pedía una señal, cualquier cosa que le indicara cual era el camino por el cual tenía que transitar. Cuál era el camino a seguir. Lloraba amargas lágrimas de desesperación y resignación, porque sabía muy dentro de él que sus súplicas no tendrían respuesta alguna, ya que estaba había llegado hace un ciclo entero. Cuando estaba en el limbo de entre la vida y la muerte, su salvación no fue casualidad. Llegar hasta ese lugar no fue casualidad.

Esa era la señal que necesitaba para dar rienda suelta a su acción.

Con pesadez se levantó del suelo, secó sus lágrimas, y sus rojos ojos estaban clavados en su capa de similar tonalidad, sabía que era lo que debía hacer. Debía servir a la orden, no importara lo que esta

deseara. Su vida estaba dedicada a esta.

La noche trajo consigo muerte y desesperación en el convento de las hermanas de la orden Calef de Zaina. No sabían muy bien como había pasado las cosas, hasta donde ellas sabían estaban descansando cómodamente en sus recámaras hasta que los agudos gritos de una de sus hermanas habían llegado a sus oídos implorando entre lágrimas que corrieran por sus vidas. Segundos después, estos gritos fueron silenciados para nunca más volver.

Fue así como comenzó el caos y el baño de sangre en el convento de las hermanas. Vestidas con sus camisones de blanco tan inmaculado como sus hábitos, estas corrían por los pasillos de convento, tratando de escapar de la muerte que se cernía sobre ellas. Eran muchas las hermanas que podía escuchar entre el laberinto de pasillos los gritos de desesperación de sus hermanas, y el último aliento que estas emitían en vida. No podían hacer nada por ellas más que llorarla y encomendar una plegaria mientras corrían por sus propias vidas. Pero sin conseguir el resultado que esperaban.

Todas iban cayendo de una en una. Muchas de ellas observaban horrorizadas por los cuerpos de sus hermanas caían al suelo y sus camisones eran manchados del espeso líquido de la vida. Con cara de horror era como abandonaban esta vida a manos de lo que ellas creían era un demonio. La velocidad que tenía este ser o criatura para atacar era impresionante. Con rapidez daba tajos precisos en la débil carne para asesinar en el acto y evitar el dolor de la agonía. Quizás lo hacía en un acto de piedad, quizás era la forma más eficiente para realizar su labor. Fuera cual fuera la razón, a las hermanas no le importaba y solo corrían despavoridas.

Un grupo de ellas se encontraba huyendo por uno de los oscuros pasillos del convento, iluminando el camino solo con una vela que llevaba la mujer que iba a la cabeza, cuando una de ellas había tropezado con el cuerpo de una de sus hermanas caídas y dio al suelo. Sus compañeras trataron de ayudarla, pero cuando escuchan los pasos de aquel ser acercándose hacia ellas, decidieron dejar a su hermana a la merced de aquella criatura o ser, y tratar de salvar su vida.

La hermana caída, ante el sentimiento de incredulidad y pavor que tenía producto de la situación, trato de reincorporarse inútilmente. Cuando por fin lo logró, pudo sentir el helado hierro que presionaba su espalda. No quiso voltear, no quería ver el rostro de aquel demonio, y, aunque lo tratara de verlo, no conseguiría nada puesto que una capucha

cubría con un manto de sombras el rostro de aquel ser.

—¿Qu-qué quiere de nosotros? —su temblorosa voz denotaba su condición—. So-somos sacerdotisas de Zaina, y...

—¡Silencio! —excepto la voz del atacante como un estruendo—. Yo… ¡yo vengo a cumplir la justicia de Theor que se cierne sobre sus cabezas por desobediencia! ¡Han dado cobijo a criminales de la corona! ¡Han traicionado a la corona y a Theor!

—Nosotras solo cumplíamos con los designios de Za…

Antes de que la hermana pudiera decir palabra alguna, aquel ser le propinó una muerte rápida y piadosa. Dirigió una leve plegaria y reanudó con su paso en busca de sus traicioneras hermanas.

En cuestión de minutos, aquel convento había sido reducido a un lugar fantasmal y sin vida. Ya no quedaba ningún alma dentro del recinto que hubiera ofendido al rey y que su corazón siguiera latiendo. Pero la labor aun no terminaba. Aún quedaba un alma que se había escapado al juicio de la corona.

La hermana Valentine había logrado escapar del complejo y adentrarse en los terrenos del jardín. Con su blanco camisón machado de sangre, al igual que su largo caballo de oro, la hermana ahora se encontraba buscando refugio tras el busto de la primogénita Zaina, y alzando oraciones a los paladines del Theor para que se apiadaran de su alma y le dejaran vivir. En medio de sus súplicas de angustia y desesperación, una tenue voz heló por completo su sangre.

—¿Por qué lo hicieron?

La joven Valentine ladeó su cabeza a sus espaldas, para ver emerger de la negrura de las sombras de la abundante vegetación una figura que vestía ropas carmesíes. Aun ante la oscuridad de la noche, la joven aspirante pudo notar como las tonalidades rojas del uniforme se diferenciaban entre sí, eso solo podía significar que aquel vestido estaba manchado por la sangre de sus hermanas. La corona no se equivocaba, aquel traje camuflaba muy bien la sangre de sus enemigos.

Aunque la figura había salido de entre las sombras y era iluminada ahora por la plateada luz de la luna, su rostro se encontraba oculto tras una cortina de oscuridad, aun con esto, Valentine puede ver como algunas lágrimas caían al suelo o impregnaba la capa de aquel ser.

—Somos sacerdotisas de Zaina, servimos a todo aquel que lo necesite sin distinción. No importa lo que haya hecho, Zaina dice que cuando una persona está en peligro…

—¡Era un asesino buscado por la corona! ¡Era una persona que era de vital importancia para las fuerzas de la corona! No solo lo dejaron ir, sino que curaron sus heridas. ¡Son traidoras en toda regla! —el caballero había explotado en furia y lágrimas.

—So-somos —Valentine estaba arrinconada a la fuente de mármol, justo debajo del busto de Zaina— sacerdotisas de Zaina…

—¡No necesito a una maldita semi-deidad, progenitora bastarda, que se imponga contra los designios de la corona! ¡El rey es la voluntad de Theor! ¡Y no existe nada por encima de Theor! ¡Nada!

Con gran furia, el caballero propinó un poderoso golpe contra el busto de mármol sólido de la primogénita Zaina, destruyéndolo en el acto y haciendo que varios escombros cayendo junto a la horrorizada aprendiz que no tenía salida alguna. Esta cerró con fuerza sus ojos y cubrió su cabeza, y así evitar que algún escombró le hiriera de gravedad. Para su fortuna, su temple no resultó herido, y cuando volvió a abrir su mirar notó como la mano del caballero estaba manchada. Su traje rebosaba de un nuevo tono de rojo, y este era el de su propia sangre.

Advirtió, de igual manera, que las lágrimas eran ahora mucho más prominentes, pero no eran fruto de alguno dolor físico. No. Eran lágrimas de un dolor en el alma. Las lágrimas que daban fe de un dolor que nunca sanará. Un dolor que nunca será perdonado por su portador. Un dolor que nace al doblegarse ante el instinto y entrenamiento que fue instaurando en aquella figura desde tan tiernas edades. Ahora él se frente a la hermana Valentine, y el temor por su propia vida terminó cuando vio a aquella figura en ese estado. La muerte era misericordiosa en comparación a una vida bajo tal sufrimiento.

La aprendiz cerró sus ojos, y ahora, con su espíritu embriagado en lástima, hizo una última pregunta antes de sucumbir ante el filo de la espada.

—¿Cuál es tu nombre?

Unas palabras fueron enunciadas, más no retumbaron en los oídos de la sacerdotisa. Un movimiento elegante, una rotación de muñeca para cortar el aire y dar un certero tajo, segundos antes de que aquellas palabras llegaran a la joven.

Cubriendo con sangre las verdes hojas del jardín, Izan había dado

fin a su labor.

Capítulo 8

Capítulo 6: Porvenir de un destino.

Año: 3.150 a.GM

Ciudad limítrofe de Ruam-Tercera Muralla-Reino de Magón

Izan despertó de su lecho con un salto. Estaba sobrecogido por aquel recuerdo del pasado. Su boca seca jadeaba de angustia al estar su mente colmada de tales pensamientos. Paseó su visión con rapidez para comprobar que no había desaparecido de aquella taberna. La madera de la estancia comprobó que así había sido. Miró sobre su hombro, en dirección a la cama en donde reposaba su captora, quería corroborar si esta había percibido su miedo y sobresalto. No vio nada más que un bulto cubierto por las sábanas sobre dicha cama, el cual intuyó que era su captora. Si esta había percibido la perturbación de Izan, camuflaba muy bien su actuar.

El joven soltó un suspiro de desaliento. No estaba seguro si podría volver a conciliar el sueño cuando tal sangrante recuerdo estaba fijo en su mente. Concentró su atención hacia la plateada luz de luna que se filtraba por la ventana de la habitación. Le era imposible saber cuánto tiempo pasaría hasta que el romper del alba, no sabía cuánto tiempo de martirio le esperaba si volvía a cerrar sus ojos. ¿Con cuál tétrico recuerdo lo traicionaría su mente si volvía al mundo de los sueños? Era algo que no quería saber. Había pensado que la noche, y el dormir sería las herramientas propias para dejar pasar la angustia que sentía por su incierto destino. Ahora tal designio le había sido arrebatado.

No le quedaba descanso alguno.

Con temor en su ser, volvió a acostarse sobre su lecho. No estaba seguro si algún demonio de su pasado volvería a importunarle en su sueño, pero lo cierto era que debía descansar. Si las palabras de su captora eran ciertas, debían de estar con la mejor de las energías para enfrentar el día que aún tenían por delante, y aún más importante, la mente fresca y la concentración adecuada para abogar por su vida.

Con cierta indecisión en su ser, reposó su cabeza sobre la suave y blanca almohada, y cerró sus ojos, sin tener la certeza de que tendría un descanso propicio.

El viento que golpeaba en su cara era lo único que mantenía despierto a Izan. El galope de su corcel hacía que sus muslos chocaran

contra la montura, pero sus músculos estaban tan renuentes a ser despertados que no sentía en absoluto el movimiento del trote. Su único aliciente para mantener su mente activa se la proporcionaba las frías ráfagas del viento matutino.

No pasaron muchas horas antes que el alba rompiera, y para desgracia de Izan, este estaba comenzando a conciliar un adecuado sueño cuando su captora le despertó repentinamente. Insistiendo que debían de salir cuanto antes, abandonaron la posada con premura para salir a primera hora del día.

Tenues colores de un anaranjado que se mezclaba con el lila impregnaban el firmamento que se alzaba a sus espaldas, en una llanura propicia para la agricultura. Esta vez no había torpes fábricas que entorpecieran la vista de Izan, pero estaba tan cansado que no podía siquiera concentrarse en la estampa que se erguía tras sus espaldas. Black Dead, por su parte, concentraba todas sus energías para cuando viera aparecer en la curvatura del terreno la característica pared de piedra sólida que marcaría la salida de los territorios de Magón, y por fin serían libres de las garras de la corona que estaba segura que se cernían sobre ellos.

Aunque no sería ser fiel a la verdad decir que la mercenaria solo tenía en sus cavilaciones mentales dicho asunto, puesto que había otro pensamiento que cada vez se instauraba con fuerza y fuego en su pensar. No podía alejar el recuerdo de la noche anterior, en donde Izan se levantó de sobresalto de su lecho. Ella, ante el primer ruido de alerta ya había desenvainado su espada, pero antes de hacer alguna acción decidió esperar a ver cómo se desenvolvía el asunto. Fue así que logro percibir a un vacilante Izan que jadeaba por lo que ella creía que era un sueño intranquilo. Más que un sueño, un recuerdo. Tal expresión en el rostro del mercenario no podría ser de una pesadilla común. Su cara de arrepentimiento había dejado entrever bajos reflejos de un pasado olvidado, al menos hasta el momento. ¿Qué habría de despertar tal sentir en el mercenario? ¿Por qué había sido ahora que se levantaba la estela que no le permitía ver su pasado? ¿Qué razón tenía para recordar ahora? ¿Sería un recuerdo que se acrecentaba por su segura muerte, o la intranquilidad que se haya en desconocer el futuro?

Ella no lo sabía, y lo cierto era que estaba intrigada por el comportamiento de su prisionero. Era cierto que no era una persona común, pero su comportamiento escapaba de toda deducción que pudiera hacer sobre él. Eso era lo que le llamaba la atención. Ladeó un poco su cabeza para percibir con el rabillo de su ojo la figura de su prisionero que cabalgaba a sus espaldas. El fino hilo de piedra roja que los unía se hizo visible en su campo de percepción, y el temple cansado de su prisionero también. Su rostro no dejaba ver nada que no fuera una expresión de cansancio, pero la joven mercenaria no podía deducir si se debía a la falta

de sueño, o el cansancio propicio de las acciones de un pasado. Sea cual sea la razón, ella sabía bien el sentimiento que subyace a ambos caminos.

Sea como sea, ella no podía hacer nada por él, ni aunque quisiera. Es así que volvió a centrar su vista al frente, expectante a que apareciera aquella muralla de sólida piedra. Ambos jinetes continuaron cabalgando por los campos de alto trigo que llegaban a la altura de sus monturas, siembra de oro que contrastaba con el lila y anaranjado de una nueva mañana. Solo sus figuras se vislumbraban en el horizonte, la tranquila tierra no daba muestras de iniciar con la laboriosidad de la vida rural. Por el momento solo eran prisionero y captora los que se alzaban por sobre la plana llanura en un rápido cabalgar.

No fue hasta después de unas cuantas horas que se presentó ante ellos su esperada señal, una muralla de sólida piedra se alzaba entre la curvatura del terreno, y a cada metro que se acercaban a ella, esta dejaba ver sus varios metros de altura y la imponencia que vienen con esta. Ambos jinetes sabían que tras cruzar el umbral de sus puertas se encontrarían lejos de las ciudades de Magón, saldrían de los terrenos principales del reino y se adentrarían en terrenos no tan agradables pero que aún pertenecían a la soberanía del rey. Aun con todo, era mejor estar lejos de sus tierras principales.

Fue rápido. Izan apenas se dio cuanta cuando el sonido de los cascos de su caballo cambió de un sonido opaco y apagado a la sonoridad que daba al cruzar por el puente de piedra. Su visión se vio menguada al cruzar por el oscuro umbral que estaba en el interior de la muralla, pero antes de que se diera cuenta el sonido opaco y apagado de los cascos de su corcel se volvió a oír. Ajustó su visión a la nueva luz del día y vio frente a él las mismas llanuras de trigo que estaban tras la muralla. El terreno no había cambiado en lo más mínimo, no fue como el cambio que aconteció de pasar de Argos a Ruam, esta vez el ambiente rural se mantenía en todo su esplendor.

Mientras seguía con su galope podía apreciar cómo varios caminos de tierra iban colmando el terreno, así como hacían acto de presencia de varios rótulos de madera que enmarcaban el nombre de los pueblos aledaños. Aunque el terreno era el mismo, Izan no podía mentir, el aire que se respiraba en Argues era distinto. Podría parecer exagerado a primera vista, pero ya no sentía el yugo de las fuerzas del reino sobre su cabeza. Si bien, aún estaba en terreno imperial, la realidad le dictaba que las cosas eran un tanto distintas a lo que había percibido en las ciudades a lo interno de las murallas.

Sin previo aviso, una melódica voz llegó a sus oídos.

—Estamos cerca de nuestro destino. Serán unas pocas horas hasta que lleguemos, quizás un poco menos. Solo prepárate.

Tenía que luchar contra la fuerza del aire para poder escuchar lo que su captora le había dicho, pero logró captar la esencia del mensaje. Muy pronto daría inicio el juicio por su vida, y la verdad era que no estaba lo suficientemente preparado. Pero de igual manera, sabía que no podía hacer nada. Lo cierto era que no podía evitar de su mente el pensar que últimamente no tenía el rumbo de su propio destino, y temía que tal sentimiento se acrecentará al llegar a su destino.

A Izan no dejaba de asombrarle lo rústico de Argues. Siempre había escuchado que era la mejor ciudad de todo el reino en lo que concernía a hierro, y estaba seguro de ello, él mismo había probado varias espadas de Argues y podía dar crédito de tal reputación. Lo que le sorprendía era lo rústico y vacío de su infraestructura. Habían cabalgado por lo menos una hora desde que a travesaron la última muralla, y en todo ese tiempo solo habían visto pequeñas granjas y casas que estaban muy dispersas en el terreno, unas pocas tabernas y tiendas eran lo único que sus ojos habían podido percibir hasta el momento. Aun con todo, estaba convencido que las grandes fábricas de hierro se encontraban más adelante, pero fue por tal razón que le sorprendió la decisión de su captora.

En una intercepción de un par de caminos, esta giró abruptamente a la derecha, dejándole apenas margen de acción a Izan para realizar tal maniobra. Y ahora, después de unos cuantos minutos de cabalgar, estaban comenzando a entrar en las zonas concernientes a las laderas de unas montañas. La vegetación se había hecho más exuberante, y la flora no dejaba de impresionarle. A ras de suelo había todo tipo de plantas que nunca había apreciado, y que no dejaban de sorprenderle. Pero la irregularidad del terreno le hacía dudar. No pasó mucho tiempo para que llegaran a la ladera, al borde de la tierra que era recorrida por un río que nacía de las montañas. Con mucho cuidado su captora comenzó a bajar por la escabrosa tierra, y a Izan no le quedó alternativa alguna que no haya sido seguir a su captora.

Cuando por fin llegaron terreno abajo, Black Dead dobló en dirección hacia una cascada que provenía de aquel caudaloso río que había arriba.

—Hemos llegado —se limitó a decir deteniéndose frente a la cascada.

—¿Estás segura? —su temple dejaba ver muestras de inseguridad, y no estaba muy convencido de que su captora estuviera

diciendo la verdad. ¿A dónde es que llegamos?

—A nuestro destino.

Sin decir una palabra más, esta reanudó el galope de su corcel en dirección a la cascada. Izan no estaba muy convencido de que hacer, pero la tensión que se generó en las esposas que tenía en su muñeca le hizo avanzar. No fue hasta que a travesó la fría cascada que comprendió las palabras de su captora. Tras ese manto de agua se encontraba un enorme claro, en el cual reposaba un imponente castillo situado a las laderas de otro irregular terreno. No era solo que hubiera un castillo como tal, sino que este se encontraba protegido por una muralla que cubría toda la circunferencia de la edificación, dando un resguardo propicio.

Izan desmontó de su corcel al son de su captora, y no podía dejar de admirar lo que yacía frente a sus ojos. Este estaba totalmente embelesado por lo que veía. Guiando por las riendas a su corcel, a travesó la muralla de sólida piedra, para encontrar que a las faldas del castillo había unos grandes y poblados jardines de todo tipo de flores preciosas, singulares en su tipo y distintas a las que había visto en el camino hasta la edificación. Este era sin lugar a duda una fortaleza escondida.

—¡En verdad es increíble! No puedo creer que…

La verdad es que no supo lo que pasó. Lo cierto que es las cosas pasaron muy rápido. Lo único que vio fue un objeto que venía directamente hacia él. No supo que fue o cual era la verdad de lo que pasó. La única certeza que tenía fue que después de aquello, su campo de visión se nubló y cayó al suelo sin dilación.

Pocos eran los sonidos tan reconocibles en la ciudad capital de Piros como el resonar de las grandes campanas de la Basílica del Zaur. Cercana al castillo real, la basílica de mármol puro se alzaba como una de las edificaciones más importantes de Piros. En su interior reposaban imponentes obras de arte que retrataban las hazañas de los primeros progenitores de Theor en su paso por el fin del mundo, en búsqueda de la verdadera iluminación. En las paredes de blanco mármol, reposaban verdaderas obras de artes de varios metros de envergadura en donde los clores jugaban sobre el lienzo para crear las historias nunca contadas.

Mármol y oro. Plata e incienso.

Esas eran las primeras palabras que venían a la mente del común de las personas cuando escuchaban el retumbar de las campanas que anunciaban la obra divina que se estaba llevando a cabo. En la plaza de Mykel, el primero de los progenitores, el único que pudo tener el poder de

Theor en la yema de sus dedos. Los ciudadanos que circulan por aquella plaza que era es escaparate que daba paso a la gran edificación, bajaban sus cabezas cada vez que escuchaban el replicar de las campañas, juntaban sus brazos sobre su pecho y formaban una equis sobre este. Dicha señal purificaba sus almas al escuchar el resonar de las santas campanadas que inundaban los alrededores de la inmensa basílica.

Al interior de esta, los bustos de los progenitores decoran las esquinas de la estancia. Estatuas de los mayores sacerdotes y sacerdotisas eran las que engalanaban la edificación. Todo un segmento era dedicado a Zaina, la mayor de las sacerdotisas que dedico su vida a tratar a los incasables viajeros que venían del confín del mundo con la sabiduría dada por Theor. A travesando los tapizados pasillos de terciopelo rojo se hayan diversas recámaras de oración y penitencia en donde los sacerdotes de Theor consagraban oraciones a su Creador para el bien del mundo.

Era la recámara de mayor envergadura de la basílica la que era destinada para los mayores actos protocolarios y religiosos que se podrían dar en el reino. El olor del incienso emanaba de tal lugar, el humo llegaba hasta el techo de la edificación mientras los sacerdotes rezaban al unísono y de rodillas a las espaldas del Arzobispo que consagraba una oración de bendición a los guerreros que reposaban de rodillas frente a él con sus cabezas gachas.

—¡Fue Theor es que consagro tal vital misión a sus primeros progenitores! A aquellos que traerían Su conocimiento a este mundo impío —hablaba con fuerte voz que retumbaba por las paredes de la estancia como un poderoso eco mientras el incienso y las oraciones de los demás sacerdotes estaban a su espalda—. La labor que yace sobre los hombros de los escogidos por Theor raramente es fácil, es un camino plagado de angustia y dolor. ¡Pero solo aquellos que resisten tales adversidades serán los recompensados por el Creador en el banquete en el confín del mundo! Son pocos los que han llegado a la presencia de Theor, y solo uno el que ha mirado su rostro.

El Arzobispo extendió sus brazos a todo lo largo, como si tratara de cubrir toda la estancia.

—Es el primogénito Mykel el que nos habla cuando en el canto primero del segundo libro dice: Hermanos y hermanas, bienaventurados son aquellos que caminan en el dolor y angustia. Gustosos los que aceptan la ira de Theor, porque serán ellos, los que consagrados en su divina misión los que cenarán junto al Creador en el banquete del confín, en la gran festividad del Zalat. Estas son las palabras de aquel, el único que ha divisado el rostro de Theor y ha quedado ciego al verlo. ¡Porque la

vista flaquea ante la inmensidad de Theor!

Ahora yo le digo a ustedes —prosiguió extendiendo sus manos frente a los guerreros que estaban reverenciados frente a él—, hermanos y hermanas, que por más ardua que sea su misión, Theor escucha y ve todo lo que se cierne sobre la tierra. Conoce sus intenciones y ve el corazón de todos nosotros. Su labor será recompensando en la tierra y en el banquete, es por tal motivo que ahora yo los consagro en la gracia de Theor, con su bendición su divina misión tendrá buen puerto. ¡Alabado sea Theor, dador de vida y emoción!

—¡Alabado sea aquel que vigila nuestros pasos! —replicaron a una sola voz todos los encapuchados guerreros que estaban reverenciados frente al Arzobispo, mientras cruzaban sus brazos sobre su pecho, formando una equis.

Con tal sentencia final los murmullos de los rezos de los demás sacerdotes vestidos con hábitos blancos con tintes de plata cesaron sus oraciones y replicaron la misma sentencia dada por los guerreros e imitaron su gesto. Se levantaron de su lugar y voltearon sus cuerpos hacia el altar, que hasta entonces estaba a sus espaldas. Sobre el altar reposaba un cuadro de Theor hecho hombre. Cabellos grises y blancos englobaban su testa, facciones poderosas y duras, aunque garantes de seguridad y conciliadoras. Tras la figura de Theor emergían poderosos rayos de luz que engalanaban su figura. Los sacerdotes reverenciaron tal obra y besaron el suelo que quedaba bajo el retrato de Theor hecho hombre.

Finalizada tal acción, se levantaron y en una perfecta fila comenzaron a salir de la estancia con sus cabezas gachas mientras murmuraban un sinfín de oraciones. Salieron por una larga y gran puerta doble de lustrada madera. Cuando el último de los hombres hubo salido y la puerta se hubiera cerrado tras de él, el Arzobispo volvió a emitir unas últimas palabras.

—Es de esta manera, hijos míos, por lo cual yo los bendigo ahora. Por el poder que se ha conferido del mismo Theor, yo bendigo su empresa, y tengan la garantía que a Theor es gustoso de sus obras.

Ninguno de los guerreros de purpureas capas emitió palabra alguna. No fue hasta que la sonora voz de un hombre se alzó entre el silencio existente que aquellos guerreros ladearon su cabeza hacia él.

—Bienaventurados sean aquellos que su camino es puro y digno, porque Theor los mirará con buenos ojos y ensalzará su obra —recitó aquel antiguo canto mientras miraba a los guerreros que ahora se reverenciaban frente a él—. Le saludo como un humilde servidor de Theor,

Arzobispo Treskman.

Yacía frente a los guerreros y el Arzobispo un hombre que vestía las mejores y sedosas ropas que se pudieran conseguir. Vestía un manto rojo que recubría sus vestidos y daba muestras de su condición. Sobre sus marrones caballos reposaba una corona de oro puro, y este era flaqueado por dos guardias de capas carmesí que sostenían cada uno una lanza ceremonial, pero bajo sus ropas portaban verdaderas armas asesinas.

—Le saludo, su excelencia —el Arzobispo agacho su cabeza, más no dobló sus rodillas—. A decir verdad, hubiera esperado que estuviera presente en la ceremonia. Después de todo, esto ha sido idea suya.

—En verdad lamento el no estar presente, pero confío en que usted sabrá que existen diversos asuntos que requieren mi presencia. Pero justo ahora no podría estar más satisfecho que la Guardia Real de la Corona tenga la bendición de nuestro Señor Theor —dirigió estas palabras mientras veía a aquellos cuatro guerreros de capas púrpuras—. Verdaderamente agradezco la bendición del Creador.

En todo momento, los cuatro guerreros tuvieron su cabeza gacha ante su señor y no vacilaron ni un solo segundo en su reverencia. Solo lo hicieron cuando el rey ordenó que podían retirarse a sus aposentos. Fue ahí cuando aquellas cuatro figuras formaron una ordenada línea y salieron por aquella doble puerta de madera. Seguido de esto, el rey le pidió al Arzobispo unos escasos minutos de su tiempo. Fue de tal manera que ambos salieron de la gran sala por una puerta lateral, adentrándose a los pasillos que estaban contiguo a los grandes y exuberantes jardines de la basílica.

En todo momento el rey era flanqueado por su guardia personal, más estos no daban muestras de personalidad. Eran como máquinas perfectas que solo respondían ante los designios de su creador.

—Ha pasado mucho tiempo desde que su excelencia ha pedido unos cuantos minutos de mi tiempo, ¿a qué debo tal honor?

Aunque las palabras del Arzobispo eran cordiales, su majestad no se dejaba engañar. Él sabía las reticencias que había mostrado últimamente los proyectos concernientes al uso de las artes mánticas y su debía investigación. También sabía que debía mantener una estrecha relación con la Iglesia de Theor, de lo contario, la estabilidad del reino tambalearía. Es por tal razón que debía de mantener las cosas a raya con la iglesia, pero a la vez mantener la cordialidad.

Lo cierto era que la realeza y la iglesia era los dos mayores poderes de Magón. La vestimenta de cada hombre dada muestras de tal condición. Las elegantes ropas del rey junto con sus joyas ensalzaban su

figura, y las blancas túnicas con detalles de oro y carmín del Arzobispo denotaban los colores tradicionales de Theor. Cada uno de estos hombres tenían sus propias motivaciones, pero no debían dejar que sus ansias les ganaran. De cierta manera, cada uno de ellos debía de velar por el bien del reino.

—No digas eso, Ferhurin. Siempre es un placer dar un paseo con un viejo amigo.

—Claro que sí, Adolph —respondió la cercanía del rey con la misma familiaridad. Al nombrarle por su nombre propio, no cedía terreno en la relación—. Siempre es complaciente tener tal compañía.

—Ya lo creo, viejo amigo. Lo cierto es que quiero pedir tu consejo sobre un asunto que lleva unos cuantos días dando vueltas en mi cabeza.

—El camino de Theor siempre iluminará a aquellos que lo busquen. Reza a Theor este dará respuesta.

—Creo que lo que busco va mucho más allá de lo que Theor pueda mostrarme —quizás no notó el gesto de desagrado y ofensa del Arzobispo ante tales palabras, o si lo notó, solo hizo caso omiso—. Lo cierto es que quiero preguntarte sobre su percepción de las investigaciones que estamos haciendo con respecto a la mancia.

—Ya sabes mi postura, su excelencia —su voz tomó una extraña dureza que no era propia de su bonachón rostro—. Theor es dador de la mancia y del poder. No podemos ir contra Theor. No importa la excusa. ÉL siempre estará por encima de todo.

—Sí, de alguna manera ya me imaginaba esa respuesta.

El rey guardó silencio por algunos momentos, como si en su mente realizara variadas cavilaciones sobre lo que representaba para el reino esas palabras. Ante tal prolongado silencio el Arzobispo comenzó a mirar de reojo, con un tanto de excitación a los guardias de rojo del rey, pero antes de que este pudiera pensar en cosa alguna, su majestad habló.

—Aunque estoy seguro de que Theor estará satisfecho si usamos tal poder para extender su palabra.

—¿La palabra de Theor, o su propio poderío, majestad? —incoró el Arzobispo.

—¿Acaso no son lo mismo? La voluntad de Theor es mi voluntad. Yo soy el emisario de Theor en la tierra, querido amigo. Tú, tú solo eres una vía de comunicación —y antes de que el Arzobispo pudiera replicar

palabra alguna, el rey le interrumpió y sentenció finalmente—. Ha sido una buena plática, viejo amigo. Y en verdad disfruto la vista que se cierne aquí —dijo esto mirando los jardines por los cuales pasaban—. Pero debe disculparme, Arzobispo, tengo asuntos pendientes por atender.

El rey le dedicó una pequeña inclinación de cabeza y sin decir alguna palabra más, se dispuso hacia los terrenos del castillo, dejando al Arzobispo plantado en el lugar y con una creciente furia en él. Ferhurin Treskman no podía creer como tanta soberbia se podía encontrar en un solo cántaro. Rastrillando con furia sus dientes, pero sin perder su temple, el hombre se quedó frente a aquellos jardines, cavilando en su mente toda una serie de maldiciones que no podía gritar a viva voz.

Capítulo 9

Capítulo 7: Huellas impregnadas de un pasado

Año: 3.150 a.GM

Ciudad Capital de Piros-Primera Muralla-Reino de Magón

Los cuatro encapuchados guerreros entraron en una espaciosa recámara en donde estaban dispuestos todo tipo de muebles y estantes colmados de manuscritos. Antiguos y amarillentos eran los pliegues de pergamino que se almacenaban en las estanterías que estaban sobre las paredes del lugar. Una diversidad de libros, con cubiertas de pieles reposaban en los anaqueles aledaños, y en una segunda planta era donde se podía encontrar lo que tenía la forma de una pequeña sala de descanso, dispuesta con acolchados sillones y taburetes que daban pie a una chimenea de ladrillo, de la cual emanaba un tibio fuego.

En la primera planta, en donde se encontraban aquellos guerreros, las mesas de trabajo estaban inundadas por pergaminos y mapas, frascos llenos de extraños y espesos líquidos de color púrpura que rozaban el negro más intenso. Todo tipo de utensilios estaban dispuestos sobre las mesas de trabajo para el tratamiento de los polvos y sustancias mágicas que aquellas cuatro figuras trabajaban. Enredaderas de un intenso verde colmaban algunas esquinas de la estancia, arremolinándose y escalando por algunos anaqueles y mesas de trabajo.

Las cuatro figuras caminaron sin cuidado alguno por la estancia, no se molestaban en esquinar los pliegues de papel o pergamino que estaban en el suelo manchados por extraños líquidos. En toda la regla de la palabra, aquel lugar era un auténtico desastre. Pero aquellos seres encapuchados no parecían molestarles. Las cuatro figuras se dispusieron alrededor de una mesa en la cual se vislumbraba el plano de la ciudad capital de Piros. Un gran pergamino de al menos unos cinco metros de diámetro cubría la totalidad de una gran y circular mesa. Todas las avenidas y calles, puestos importantes, distritos, ríos que cursaban la ciudad, así como diversidad de locales importantes estaban marcados con señas en un rojizo-marrón.

Aquellas figuras se dispusieron sobre la mesa y comenzaron a murmurar entre ellos el plan de acción más efectivo para dar inicio con su misión. Procuraban no alzar mucho la voz, no porque hubiera alguien que pudiera escucharlos, en lo absoluto. Lo hacían por cuenta propia, para guardar sus palabras, su tonalidad para cuando fuera propicio. Su tenue murmullo era suficiente para dar muestras de su voluntad. No necesitaban nada más. Seguían en su labor con la mayor de las atenciones hasta que

un estruendoso crujido colmó de lleno la estancia.

Un soldado imperial, vestido con su uniforme gris entró a la estancia haciendo rechinar la puerta. En el acto un proyectil sin identificación fue hacia él, cortando el aire con agilidad y rapidez, dando de lleno en un soporte de madera de la gran puerta, a unos escasos centímetros del rostro del uniformado ser.

—L-lo, lo siento mucho —dijo con un hilo de voz mientras un espeso trago de saliva descendía por su garganta—. Sus señorías, ha llegado una carta para ustedes. Una misión —dijo levantando un sobre de color cremoso con el distintivo sello rojo de la corona.

—¡No seas ridículo! Estamos ocupados —dijo una de las figuras de purpurea capa alzando su voz para hacerse oír con claridad entre los murmullos de sus compañeros.

El uniformado soldado no pudo prestar atención a las palabras de aquel ser, puesto que esta se hallaba centrada en la daga que por poco no dio en su rostro. Esta se retorcía en el armazón de la puerta de una manera violenta, como si quisiera escapar de su lugar. Con ojos vidriosos el uniformado hombre vio que era de esa manera, y en un abrir y cerrar de ojos la daga escapó del marco y volvió a cortar el aire como una punta de flecha para alojarse a lo interno de la capa de uno de los guerreros, el cual, no se inmutó en lo más mínimo y siguió con su murmurar.

—Señorías —replicó el hombre al volver de su asombro, no era usual ver arimancia en el seno de Piros. Menos a alguien que tuviera tal control sobre los objetos. Era la primera vez que apreciaba a un alador—, es una carta que viene de la corona, es algo importante.

Con una nota de angustia en su voz, el guardia imperial siguió insistiendo sobre la premura del asunto, y no era para menos, el sello que estaba impreso en el sombre era auténtico. Aquellos guerreros no parecieron prestarle la menor atención al desamparado oficial que, desesperado por alguna respuesta, colocó un pie a lo interno de la estancia.

—¡Alto! —pronunció una de las figuras dando una potente palmada sobre la circular mesa en la cual estaba el mapa de Piros, haciendo callar a sus compañeros—. Ni un paso más, ¡no tienes permitido entrar en nuestros aposentos!

El oficial se frenó en seco, había logrado captar la atención de la Guardia, pero no estaba seguro si lo había hecho de la manera correcta. Retrocedió un paso del suelo de madera de la estancia, y volvió a colocarse en el piso de piedra del castillo. Cuando alzó su mirar encontró los furiosos ojos de aquel guerrero que le había frenado su andar. Como

tizones encendidos de un azul zafiro eran sus ojos, los cuales rebozaban de un creciente enojo. El oficial quiso decir alguna palabra, pero cuando apenas logró mover sus labios, aquel sujeto se dirigía hacia él.

Un sudor frío, un halo de muerte recorrió la espalda del oficial. Todos sus músculos se tensaron y se negaron a moverse. Era como si estuviera clavado al suelo mientras aquellos zafiros ojos no le quitaban la vista de encima. Cuando se enteró, aquella figura ya estaba frente a él. Esperando lo peor, el hombre cerró sus ojos con tanta fuerza que en su oscuridad logró ver algunas moteadas manchas blancas. Cuando esperaba lo peor, un halo de voz hizo que su alma volviera a la carne.

—Lo haré yo —dijo la encapuchada figura—. Lo haré yo.

Sin decir palabra alguna, emprendió su rumbo fuera de la estancia, mientras que el resto de las figuras restantes reanudaron sus murmullos. El soldado imperial estaba junto a la gran puerta de madera que daba pie a la estancia. Su pulso aún era acelerado y su respiración entrecortada. Ladeó su cabeza hacia un lado para ver a la figura de aquel guerrero marchándose por los pulidos pasillos del castillo mientras que su capa ondeaba a sus espaldas. Un crujido llegó a sus oídos, y cuando centró su visión en la gran puerta, esta se estaba cerrando, sin que mano alguna se posara sobre ella.

Cuando Izan despertó se halló tras las frías rejas de una celda en lo que suponía que el calabozo del castillo. Cuando despertó ya había encontrado un plato con comida y agua en el interior de su celda, es por tal razón que intuyó que el medio día ya había pasado. Y justo ahora habían pasado varias horas desde el mediodía. Y con cada minuto de esperar el terror en su interior se acrecentaba cada vez más. Aunque lo cierto es que la espera también podía significar cosas buenas, podía ser que se estaban debatiendo por dejarlo vivir, aunque también podían estar escogido el método de tortura adecuada para matarlo y hacerlo pagar por haberles hecho perder tan jugosa recompensa. Sea cual sea la razón, la eterna espera solo hacía que la angustia se acrecentara en su interior.

No sabía bien cuanto tiempo había transcurrido, pero estaba seguro que habían pasado varias horas. Se encontraba arrinconado en una esquina de su celda, con sus manos rodeando sus piernas y su cabeza reposando sobre sus rodillas cuando el sonido de unos pasos en el pasillo al exterior del calabozo llamó su atención. Alzó su cabeza con expectación cuando a sus oídos llegó el silbido de una canción de la cual no escuchaba hace mucho. Aunque no tenía la letra, la melodía era tan pegajosa que al instante supo que se refería a una canción sobre los viajes del aventurero

Erza.

Izan tragó saliva con dificultad cuando escuchó el sonido de la puerta del calabozo abrirse, y del umbral de esta emergió un hombre un tanto mayor que él. Traía a su hombro un banco y un laúd bajo su brazo. Caminó sin premura hacia la celda de Izan, sin dejar de silbar tan alegre canción, y cuando llegó frente a la celda del joven mercenario, dispuso el banco en el suelo y se sentó sobre este. Ahí se acomodó lo mejor que pudo, e incluso reclinó sus pies sobre los barrotes de la celda de Izan. Este tenía una mirada de incredulidad en su rostro mientras admirada tal demostración. Aquel sujeto vestía una capa negra, justo como Black Dead, pero no demostraba tener ningún otro parecido con la que fue su captora. Aunque pensándolo bien, si este sujeto era compañero de Black Dead, también era su captor.

El hombre comenzó a afinar su laúd mientras continuaba con su silbido, Izan por su parte no se movió ni un centímetro de su lugar, aunque la expresión de su rostro si cambió en varias ocasiones. Cuando el hombre de rojo cabello terminó de afinar su instrumento se dispuso a tocar una pieza que Izan conocía bien. Era una que hablaba sobre uno de los muchos viajes de Erza a una de tantas extrañas tierras que existían en el pasado, esta canción en concreto hablaba de cómo sirvió a un pueblo de hadas del bosque, y en muestra de gratitud estas le obsequiaron una capa, que, cuando la vestía, le hacía invisible a ojo de los mortales.

Aunque el hombre no cantaba la letra de la canción, la melodía de esta era tan única, que cada persona que la escuchara sabría de cual canción se trataba. Todas las canciones que hablaban de Erza tenían esa distinción, después de todo, la leyenda decía que él fue quien las compuso. El hombre siguió tocando la canción sin decir palabra alguna, y cuando la hubo terminado, continuó con otra más, y otra más, y otra más. Así pasó por lo menos una hora entera y ninguno de los dos hombres emitió palabra alguna.

—En verdad debo decir que eres muy desconsiderado —dijo el mercenario de cabello rojo cuando hubo terminado la última canción.

—¿Disculpa? —replicó Izan sin entender.

—Lo que escuchaste. Eres muy desconsiderado. Había pensado que estarías muy aburrido todo este tiempo sin hacer nada, así que decidí bajar para traerte un poco de entretenimiento. Pero lo cierto es que no dices gracias, ni nada. Ni siquiera cantas las canciones, y por tu expresión sé que las conoces bien.

—L-lo siento —replicó Izan después de unos momentos. Lo cierto era que no lo sentía en lo más mínimo, pero fue lo único que se le ocurrió

por decir.

—Eso espero. Y bien, como se nota que no te gustan las canciones de Erza, ¿cuáles canciones te gustan? Sería bueno que cantaras algo que te gustara.

—La verdad es que no soy muy aficionado a las canciones.

—Oh, vaya. Es una pena. En verdad pensé que tenías alma.

—¿Disculpa? —Izan no podía creer la conversación que estaba teniendo.

—Lo que escuchas. Si no te gustan las canciones es que no tienes alma, si es verdad que existe una. Como sea, la verdad es que no tienes alma.

—¿A caso eres una especie de bardo o algo así?

—Oh no, no, no. Claro que no. Soy mejor que un bardo. Amigo mío, permíteme que me presente —el hombre se levantó de su bancó e hizo una especie de reverencia—. Mi nombre es Jean Zilestorn. Cantante ocasional, asesino pasional y ladrón poco convencional.

El ambiente se quedó en silencio por unos pocos segundos sin que ninguno de los dos emitiera palabra alguna. No fue hasta que Izan vio el ceño fruncido en el rostro del otro mercenario que dijo algo.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Por lo que veo no tienes muchos modales —mencionó con ceño fruncido mientras se inclinaba hacia la celda—. Cuando una persona se presenta es normal que la otra también lo haga Así que… —extendió su mano con un ademán de gracia hacia Izan.

—Ah, ya veo. Soy Izan —guardó silencio por unos momentos antes de continuar—. Solo Izan.

—Solo Izan —emitió una pequeña risa al escuchar tan peculiar presentación—. Muy bien, es un avance. Así que, solo Izan, dime por qué estás aquí.

—Bueno, tu compañera insistió en traerme. Tuvimos un problema en el asesinato de un conde. Lo cierto es que salió muy mal.

—Vaya, vaya. Gabriela es muy celosa de sus presas. La verdad

me sorprende que hayas llegado vivo hasta acá.

—Bueno, no fue tan difícil. A decir verdad…

Antes de que Izan pudiera emitir palabra alguna, el eco de los pasos del pasillo exterior se volvieron a oír, así como el chillido de la puerta al abrirse. En esa ocasión, del umbral salió un imponente hombre de al menos dos metros de alto. Fornido y musculoso. Una mole con una intensa piel tostada, y sin un solo cabello en su testa, más una recortaba barba canela asombraba con nerviosismo en su quijada.

—Ah, Marthon. ¿Ya terminaron de debatir? —preguntó Jean con jovialidad.

—Así es —contestó el fornido hombre mientras abría la celda de Izan—. Vamos chico —dijo mientras sostenía unas esposas de metal en sus manos.

Lo cierto era que Izan estaba intimidado por la sola figura de aquel hombre, así que sin mucha resistencia salió de la celda y dispuso sus manos para ser esposado. Se llevó una sorpresa cuando el tacto del hierro con su piel no le incomodó, su carne ya estaba acostumbra al frío beso del hierro. El trío comenzó con su andar hacia el lugar en donde se diría el veredicto sobre la suerte de Izan. Este iba tras del hombre llamado Marthon, el cual le llevaba con una cadena que conectaban con sus esposas. Tras de Izan iba Jean con un paso despreocupado y silbado una de las tantas canciones de Erza.

Subieron las escaleras para salir del sótano del castillo y se internaron por los pasillos del mismo. Desde aquí fue una larga travesía en donde viraron por varias esquinas, subieron y bajaron diversas escaleras para llegar a su destino. En todo ese camino por la mente de Izan existía la posibilidad de poder fugarse, pero lo cierto era que al tener a dos hombres que le flanqueaban eso se volvía un tanto peligroso. Fue así que decidió jugar la última carta que le quedaba.

—Oye —dijo como un murmullo para Jean mientras atravesaban uno de los tantos pasillos—. ¿Crees que haya alguna oportunidad para escapar de aquí?

—Vaya, vaya —dijo después de soltar una risa—. Creo que no sabes bien con quien estás hablando.

—Claro que lo sé. Sé que eres un compañero de aquella chica. Pero lo cierto es que no tengo posibilidades de escapar, al menos por mi cuenta. Y tú no pareces estar tan interesado en mí, al menos en principio. Solo tendrías que cortar esta cadena. No pido más. Sería algo rápido, después de eso no tendrías que hacer nada más. Entonces, ¿qué te

parece?

Izan notó como una pícara sonrisa se dibujó en el rostro de Jean. Este alzó sus manos a la altura de la vista de Izan, y de ahí el joven mercenario vio algo inimaginable. De las yemas de los dedos de Jean comenzaron a emergen pequeñas gotas rojas, gotas de sangre. De la sangre del mercenario. Pequeñas gotas emergían de los diez dedos de este hasta que, habiendo la sangre suficiente, esta comenzó a formar una especie de daga. Una daga de sangre. Izan estaba fascinado por tal demostración, y por un momento pensó que aquel peculiar tipo en verdad le iba a ayudar.

Jean acercó la daga a la cadena a la cual estaba unidas las esposas de Izan, pero tan pronto como una mirada de esperanza se comenzó a vislumbrar en el rostro del joven mercenario, Jean cambió de posición su daga, dirigiéndola ahora al rostro del joven. Los cristalinos ojos de Izan comenzaron a mostrar un verdadero terror cuando la daga se comenzó a deslizar sobre su mejilla, cortándola y haciendo que un delgado hilo de sangre roja se escurriera hasta el suelo.

Jean se acercó al oído de Izan y susurró unas palabras que le helaron la sangre.

—No creas que soy una basura que traicionaría a sus compañeros, así como así. Si vuelves a intuir eso, te mataré, independientemente de la decisión que tome Athan.

Izan tragó saliva con dificultad mientras seguía sintiendo el roce de la afilada daga en su mejilla. Después de tales palabras Jean apartó la daga y tal como la creo, esta comenzó a desaparecer haciendo que aquellas pequeñas gotas de roja sangre fueran absorbidas por las yemas de sus dedos, llevando en esta ocasión un poco de la sangre de Izan de cuando le había cortado con la daga.

—Me caes bien, Izan —dijo Jean con algo más de jovialidad—. Por favor no hagas que mi concepto de ti caída.

El joven mercenario solo asintió con la cabeza, no tenía mucho más por decir. Estaba vulnerable. No tenía arma con la cual defenderse. Hacer enojar a ese tipo solo sería una sentencia de muerte. Fue así que decidió seguir con el resto del camino en silencio hasta que se detuvieron frente a una gran puerta doble de madera. Era verdaderamente inmensa, podía tener al menos unos diez metros de altura.

—Bueno, aquí es, chico —dijo Marthon mientras presionaba con fuerza la cadena que tenía en sus manos—. Ha llegado la hora.

Sin decir ninguna palabra más, este empujó con sus grandes manos las puertas hasta que se abrieron y les permitieron pasar. Entrando en la estancia Izan advirtió que se trataba de una especie de la sala de trono. Era una gran habitación con una tapizada alfombra roja que seguía hasta un par de pequeñas escaleras que daban a un trono de madera que tenía tras de él unos grandes ventanales por donde se podía ver la vegetación del lugar.

El trío avanzó hacia el trono, en el cual Izan pudo ver que estaba sentado un hombre de un alborotado cabello marrón, con un temple afilado una mirada que incoraba el espíritu de Izan. Flaqueando el trono se encontraban tres figuras de capas negras iguales a las de ese hombre, solamente que estas tenían puestas sus capuchas. Cuando el trío llegó a los pies de las gradas Jean abandonó a Izan y Marthon. Se colocó la capucha de su capa y se posicionó junto a una de las figuras de negro.

Marthon, por su parte, se colocó a un lado de Izan, dejándole la vía libre aquel hombre que comenzaba a descender por la pequeña escalinata que daba pie a su trono.

—Así que, muchacho, por lo que me han contado nos generaste grandes pérdidas…

El hombre continuaba bajando aquella pequeña escalinata, pero Izan no decía palabra alguna. Con cada frase que dictaba el hombre este se acercaba cada vez más a Izan.

—No tienes dinero para pagarnos. Gabriela me ha dicho que generaste todo un caos en la misión de asesinato de ese conde, la verdad es que creo que eres una gran molestia —se detuvo al quedar frente a Izan. Le miró directo a los ojos, esperando que este dijera palabra alguna, pero no fue así. No tenía nada que decir—. ¿No vas a decir nada?

Decía el hombre mientras del interior de su capa el movimiento de su brazo hacia ver que estaba desenvainando su espada. Inmediatamente los ojos de Izan se movieron a sus caderas, y su mano derecha se movió con la intención de tomar su espada. Pero hayo que no había nada. Una vez más, no podía hacer nada para evitar que ese hombre hiciera lo que fuera a hacer.

—Muy bien, con que creo que así serán las cosas —dijo mientras tomaba su espada con sus dos manos.

Izan vio como el hombre dispuso su espada en lo alto, y logró ver por una fracción de segundos como la afilada hoja descendía hacia él. Lo único que pudo hacer fue cerrar sus ojos con fuerza y esperar a que el momento pasara lo más rápido posible. Por una fracción de segundo toda su vida, todas sus acciones colmaron en una ola de pensamientos su

mente. Tan solo era cuestión de segundos, pero para él eran eternos momentos.

Todo lo que había hecho hasta la fecha, todas las personas con las que había compartido, todas las personas a las que había matado, todas las sonrisas que había arrebatado y todos los rostros de pavor que había presenciado. Por un momento, todo su ser se llenó con un sentimiento de verdadero arrepentimiento. Pero ya no había nada que podía hacer. No podía cambiar el pasado, y para él no habría futuro.

Sintió la ráfaga de aire que despreció la hoja de espada al descender por su largo camino. Sabía que su final estaba cerca, así que solo se entregó a los brazos de la muerte, aceptó su destino. Pero un agudo sonido le despertó de su trance.

Abrió sus ojos y vio que aquel hombre había cortado la cadena que sujetaba sus grilletes.

—Tendrás que trabajar muy duro para retribuir todo el dinero que nos debes —dijo secamente mientras envainaba su espada y se dirigía a su trono. Miró una última vez sobre su hombro—. Debes de darle las gracias a Gabriela.

Mencionó secamente mientras le sostenía la mirada a Izan, tratando de dilucidar las emociones y sensaciones que este podría estar sintiendo. Pero le fue imposible. La mirada del joven no era racional. Estaba perdida. Ausente. No estaba prestando atención a la realidad que yace alrededor de él. Athan emitió un sonido de frustración, y envolviéndose en su capa reanudó su rumbo hacia su trono.

Izan apenas sabía lo que estaba pasando. Lo cierto es que no sintió la presión ni el frío del metal sobre su piel cuando Marthon le colocó un aparato que desprendía una rojiza luz de este. Una relación. Una especie de grillete, el cual sería la garantía de sus captores. Su mirada ausente daba muestras que estaba en un profundo éxtasis inconsciente cuando a sus oídos llegaron las palabras de que viviría. Era la mejor noticia que podía haber recibido en su vida. Nunca se había preocupado por estar vivo, o por vivir. Pero el desconocimiento su propio futuro le hizo replantearse las cosas

Lo último que recordó de ese día fue que aún vivía.

Capítulo 10

Capítulo 8: El precio de una deuda

Año: 3.150 a.GM

Ciudad Capital de Piros-Primera Muralla-Reino de Magón

No eran pocas las personas que estaban dispuestas en los terrenos de la lujosa residencia en Piros del conde Lemaire. Lo cierto es que no es un hecho de extrañeza, aunque habían pasado algunos días desde el intento de asesinato del conde, un hecho de ese calibre merecía varios días de investigación, y la presencia de todo el personal disponible. Soldados imperiales de grises capas hacían un cordón alrededor de los terrenos del lugar, flaqueando cada esquina y levantando miradas de curiosidad de los civiles que circulaban por las calles aledañas a la edificación. Aunque los muros que recubrían el lugar no daban pie a la mirada de tales curiosos seres, la fuerte presencia militar llamaba de sobremanera la atención.

Algunos guardias de carmesíes capas estaban dispuestos en unas cuantas esquinas de la residencia, lo cual solo hacía que las miradas de perspicacia y curiosidad fueran en aumento. En un principio, los rumores del vulgo hacían creer que, aunque se trataba de un crimen importante, era un caso aislado de un grupo de mercenarios, que, queriendo el dinero o reconocimiento que no les era menester, se habían enfrascado en tal infundada misión. Pero la presencia de los mánticos con capa carmesí hacía que hasta el más escéptico renegara de tal primera impresión. Pero el vulgo no evitaba hablar del incidente, habían pasado por lo menos diez años desde que un ataque tan directo a un noble sucedió, y aquella vez, resultó mucho peor que el intento de asesinato de Lemaire.

Por el bien del conocimiento popular, estos desconocían el valor que tenía aquella figura de capa purpúrea. No era común ver a alguien de tal categoría —cualquiera que fuera— caminar por las calles de negra piedra de la ciudad. Cuando dicha figura se detuvo frente a los terrenos del conde Lemaire, los soldados de roja capa que cercaban los altos portones, optaron una posición de firmes, y le saludaron con el máximo de los respetos. Aquel hombre ignoró por completo el protocolo dado por los soldados del rey, y solo se enfrasco en entrar a los terrenos del conde. Habiendo pasado los muros de piedra que resguardaban la región, traspasando el alto umbral del portón, logró ver una población importante de personas. Soldados de grises capas acordonaban la zona mientras investigadores de capas blancas recogían muestras del suelo y las colocaban unos pequeños tubos de trasparente vidrio.

Haciendo uso de unas lentillas de color ámbar, muchos de estos investigadores inspeccionaban los suelos de tierra y hierva de la residencia. A través de la visión de esos lentes podían encontrar pequeños rastros de lo que intuían que era el uso de fuerza mántica. Eran efímeras las señales, pero aun con todo, existían. Lo cual aumentaba la sospecha que aquellos mercenarios no eran parte del común de las personas.

Por su parte, el encapuchado ser mirada de lejos, desde el sendero de grava que daba a la puerta de la residencia, como aquel grupo de personas trabajaba en su misión. No estaba muy feliz de estar ahí, pero una orden real no era fácil de ignorar. No importaba si trataba de anteponerse a ella, lo inevitable era que terminara alguien de la Guardia Real en aquel lugar. Y quien mejor que él, quien posee intereses personales para estar aquí. No era tonto, sabía que un mercenario común no haría un ataque tan arriesgado, solo podría hacerlo un mántico, alguien entrenado y verdaderamente ágil para la labor. Eran contadas las personas en las que él podía pensar que calzaran en tal descripción.

Ladeo su vista hacia su izquierda. En el suelo logró ver resquicios de lo que parecía vidrio ensangrentado. Disponiendo rumbo hasta aquella importante pista, se colocó de cuquillas, tomando un trozo del trasparente material entre sus dedos. Girándolo en su mano, se tomó su debido tiempo para examinarlo. Las manchas de sangre estaban secas y se arraigaban al material como si fuera pintura. Acercándolo a su nariz, a las fosas nasales del hombre llegó un distintivo olor a azufre y metal. Cada vez eran menos las opciones que maquinaba en su mente para lo que podría ser ese trozo de vidrio. El olor era característico de una aleación mántica que se embotellaba y se usaba en el ejército de mánticos. Introdujo su mano derecha en su capa, después de hurgar durante unos cuantos instantes, logró sacar un frasco de vidrio que tenía en su interior una sustancia que oscilaba entre lo líquido y gaseoso. Aspiró a través del corchó del pequeño frasco el distintivo olor a azufre que emana de él. Con furia en su ser, apretó el pequeño frasco, astillando el vidrio, provocando el rechinar de sus enguantadas manos que se sobreponía al leve crujir del vidrio, el cual, no llegó a romperse.

No era la primera vez que el fehaciente recuerdo de su insignificancia, le ayudaba en su misión. No eran escasas las oportunidades en donde el recuerdo de su condición, le traía una gran humillación

Un quejido de furria se escapó de su boca junto con el rechinar de sus dientes. Recuperó su posición erguida, guardó aquel frasco en su capa. Volvió a ladear su cabeza hacia aquel grupo de personas que estaba trabajando en la recolección de información e indicios sobre los mercenarios que atacaron al conde. Centró de nuevo su visión en el pequeño trozo de cristal impregnado de sangre que sostenía entre sus dedos, y sin muestras de dudas, lo guardó en un compartimiento de su

cinturón.

Con dedición, y sabiendo cuales eran los lugares propicios para buscar información, el hombre abandonó los terrenos del conde.

El tránsito peatonal de Piros era exuberante y sumamente grande. No había resquicio de calle que no estuviera ocupado por algún peatón que, concentrado en sus propios asuntos, no prestaba atención alguna a las personas que caminaban junto a él. Las calles y callejuelas eran abarrotadas por un sinfín de gente que chocaba constantemente entre ellas y no daba tregua al descanso. Era muy común que entre aquella atribulación de personas varios robos se llevaran a cabo.

Pero aquellas meditaciones no eran las que ocupaban la mente del hombre de encapuchada figura. Su seguridad siempre era una garantía, si bien es cierto que el común de las personas de bien no lograban reconocer el purpureo color de su capa, los malhechores y ladrones de Piros tenían grabado con fuego y azufre el significar de tal vestimenta. Es así como no le preocupaba en lo absoluto su seguridad. Era de esta manera que su mente le daba vueltas a una cuestión mucho más importante, como lo es la identidad del grupo de mercenarios, o mercenario, que realizó tan osada acción.

Caminando por unas calles hechas de sombras, puesto que la luz del sol no llegaba a dar de lleno en estas, esto ya que la altura de los edificios era considerable, y sus angulados techos y agujas bloqueaba casi en su totalidad la luz del sol en los centros de mayor aglomeración de Piros, que la mayoría de los peatones caminaban en una noche inducida. Lo cual hacia propio que estos rumbos estuvieran llenos de gentes de dudosa fe y escasa moralidad, lugares perfectos para conseguir valiosa información. El encapuchado ser así lo sabía.

Sin vacilar en su acción, dobló en una esquina, dando a una callejuela que estaba inusualmente vacía. Eran pocas las figuras que se podían vislumbrar por la avenida de piedra negra. De entre los negocios que estaban a los laterales de la calle, el encapuchado ser sabía dónde buscar. Fueron unos cuantos metros de caminata hasta que llegó a una pequeña escalinata de un material gris que daba a una estrecha taberna que estaba entre dos tiendas de similar fachada. Si no fuera por el pequeño letrero que colgaba sobre su puerta, o por los familiares clientes que la frecuentaban, que aquel lugar no podría ser identificado como tal. Verdaderamente era un espacio reservado para aquellos que sabían prestar atención.

El encapuchado hombre subió por la pequeña escalinata hasta dar al pie de la puerta. Abrió esta con un delicado movimiento de manos, el

crujir que generó la madera fue su carta de presentación. Un pequeño grupo de borrachos que se encontraban hacinados en una de las mesas del fondo ladearon sus cabezas, y con un gesto que oscilaba entre amenazante y no tener ni idea de lo que sucedía frente a sus narices, recibieron al peculiar hombre. Aunque lo cierto era que no había mucha acción en la taberna, las pocas almas que estaban en ella no prestaron mucha atención al nuevo visitante. Solo aquellos que optaran por una bebida a esas horas del día, no valoraban lo suficiente lo que pasaba en la ciudad y las personas que la colmaban. Es así como solo decidieron ignorar al nuevo individuo, y, aunque supieran la razón de sus ropas, o decidieron ignorarlas o estaban lo suficientemente ebrios como para prestar atención alguna.

El hombre agradeció que así fuera, eso simplificaba mucho su trabajo. Se dirigió hacia la barra del local, y con cada paso que daba, la madera bajo sus pies rechinaba y crujía como si toda la estancia se fuera a caer sobre la cabeza de los presentes en cualquier momento. Aun con todo, el hombre no vaciló en ningún paso y llegó finalmente a la barra, en donde un hombre de calva prominente, con una gran y espesa barba roja le recibió.

—¿Va a tomar algo, amigo? —preguntó el tabernero mientras limpiaba una garra.

—Este lugar no parece muy seguro —paseó su vista hacia el techo de la taberna, de la cual caía aserrín con el solo retumbar de la flota peatonal del cercano exterior—. Es un completo basurero. No me sorprendería que un día de estos se desplomara. Aunque no creo que nadie resienta su pérdida —dijo con dotes de burla y doble sentido mientras veía a los borrachos que dormían sobre las mesas y el suelo.

El tabernero colocó con fuerza la garra de cristal sobre la barra, quizás solo había terminado de limpiarla, o quizás era un llamado de atención amenazante a su nuevo visitante. Sea cual sea la razón, de la boca del encapuchado hombre salió una leve carcajada de insolencia.

—Lo siento —su sonrisa se torcía con dotes de suficiencia—. La verdad es que deseo uno de tus servicios. Sé que sabes muy bien lo que se rumorea entre los taberneros —se acercó al rostro del calvo hombre, y aun con eso, este no logró vislumbrar el semblante de su cliente, el cual se encontraba oculta tras una cortina de negras sombras—. La información es el bien más valioso, y yo deseo ese bien.

—Si es cierto —le replicó el tabernero tras la barra— que sabes algunas historias populares sobre nosotros, también sabrás que no servimos a alguien a quien no le podemos ver el rostro. Son las reglas de este oficio —arrastró los dientes a la hora de pronuncias las palabras

regla, como acentuando amenazantemente sus palabras.

—Oh, amigo. ¿A caso tienes idea de quién soy?

—Lo cierto es que no —dijo mientras se agachaba tras la barra, guardando la garra—, pero si tienes la confianza suficiente en tus palabras sobre lo que puedo o no puedo saber, lo cierto es que puedo hacerme una idea —puntualizó al emerger tras la barra y fijar su visión sobre la capa del hombre.

—Ya lo creo —frenó sus palabras y paseó su visión con cierto disimulo entre los embobados borrachos que estaban desparramados en la taberna—… así que, ¿cómo lo haremos? ¿Cómo lo quieres hacer?

Ante el suspiro de desaliento del tabernero, el hombre supo que se dispondría a hablar.

—No sé mucho —dijo el hombre tras la barra—, pero lo cierto es que la gente suele hablar demasiado, a veces más de lo necesario. Se dice que fue hace algunos días, quizás cuatro o cinco, no lo sé. Se rumorea que fueron solo dos personas —notó como había tocado algo importante por la reacción que tuvo aquel encapuchado ser—, o sí, solo dos personas lograron crear todo ese alboroto.

—¿Tienes idea de quiénes eran? —la excitación en su voz era evidente.

—Ni idea —dijo despreocupadamente el hombre.

El encapuchado ser soltó un bufido de desesperación, y sin mediar mucho más, sacó de su capa una gruesa y brillante moneda de plata, un doblín entero que colocó sobre la barra.

—Se dice que eran dos hombres, solo lograron verle el rostro a uno de ellos. Ojos miel, según cuentan algunos soldados imperiales. Cabello negro y tez blanca. Ante los ojos de todos los presentes era un mántico, un verdadero mántico. Dicen que las piruetas que realizó no eran normales. Solo una persona que hiciera uso de tales artes podría realizarlas… o solo una persona que usaron algunos trucos.

Lo más probable —continuó el tabernero mientras recogía la moneda de la mesa— es que hizo uso de necrón o alguna sustancia similar. Albiria o negrento son sustancias que pueden imitar muy bien las cualidades de un mántico. Pero si este tipo era un estafador, y no era un verdadero mántico—hizo una pausa y dirigió su vista hacia el rostro del hombre. No logró ver ni un solo atisbo de su tez—… lo cierto es que debería tener el cuerpo destruido. El cuerpo de las personas no está diseñado para ser sometida a la presión de esas sustancias. Si

verdaderamente es un embaucador, sus órganos no tardarán en reventar, y oh, amigo, eso será verdaderamente un desastre. Solo imagínatelo, una combustión interna que genera una reacción en cadena en donde cada uno de los órganos y huesos revienta y se vuelvan un pegajoso y viscoso líquido. Solo será un saco de piel con porquería adentro.

El encapuchado ser vio como el tabernero bajó tras la barra, pero seguía escuchado su voz.

—Pero no era un imitador, si fuera así, no estarías aquí —hizo una nueva pausa para responder con una risa ahogada— un mántico, un mántico mercenario. Eso sí que es una locura… ¡una verdadera locura!

Como si fuera un rayo, un haz de luz, el tabernero emergió tras la barra con un lo que era un arma. Una de aquellas que se emplean en la guerra del norte. Un arma de contrabando. Con un gesto de furia y odio, apuntó hacia su nuevo cliente y sin pesarlo mucho, disparó. Del cañón del arma salió una potente ráfaga de energía. Los rápido reflejos del encapuchado hombre hicieron que pudiera esquivar aquel disparo sin mucha dificultad. La ardiente embestida terminó a travesando una de las paredes de negra y corroída madera del local, abriendo un agujero hacia el exterior.

Sin que el tabernero pudiera darse cuenta, el hombre ya estaba detrás de él, y con un movimiento rápido, este cortó su débil carne. Rebanó de un solo tajó ambas extremidades del tabernero, haciendo que haciendo que estas cayeran al suelo con un golpe seco. Primero vino el sonido de la carne, luego el tintinar de la metálica arma. El hombre cayó de espaldas a pie de la barra, dando gritos de dolor y jadeando de desesperación.

—¡Maldito! ¡Maldito soldado real! ¡Maldito seas tú y toda tu descendencia!

El encapuchado hombre ignoraba los agravios que le propinaba aquel tullido ser. Escurrió con un movimiento ágil la sangre de su espada, haciendo que esta cayera sobre la abierta boca del hombre, el cual no tardó en escupir aquel metálico gusto con verdadera repugnancia. Gozando de una total tranquilidad, el hombre hurgó en las ensangrentadas ropas del tabernero hasta que encontró lo que buscaba: el doblín de sólida plata. Esta estaba manchada de sangre, pero el encapuchado no se inmutó. Se colocó de cuchillas sobre la fresca sangre que bañaba el suelo, y con paciencia limpió su moneda en las ropas del tabernero mientras seguía haciendo oídos sordos de los agravios que este le infería.

Cuando su moneda quedó impoluta, volvió a erguirse y posó su mirada sobre el techo, del cual caía mucho más aserrín que la última vez

que miró. Postró ahora su mirar en los soportes del local, los cuales dedujo que no aguantarían mucho más. Fue así que postró una última vez su mirar en aquel moribundo hombre y le propició unas palabras cargadas de un verdadero odio.

—Pedazo de escoria —dijo para seguidamente, escupirle.

El encapuchado saltó la barra, y con una aparente calma, con ágil paso se dirigió hacia la salida. No estaba sorprendido en lo absoluto que aquellos desdichados ebrios no se dieran cuenta de lo que había sucedido. Lo cierto es que todo aconteció en una fracción de segundo. Cuando llegó a la puerta, el hombre limpió la suela de sus botas en el suelo de madera de la taberna, tratando de eliminar así los últimos resquicios de sangre de su figura. Abrió la puerta del local, y dirigió una última mirada a la estancia, aun podía escuchar los improperios que el tabernero le seguía propiciando.

Los logró escuchar aun cuando estaba a unos cuantos metros del lugar. Ya no debe tardar, pensó. En perfecta sintonía, como si se midiera cada palabra, ni bien la última letra terminaba de resonar en su consciencia, llegó a sus oídos el particular estruendo de una edificación cayendo sobre sus cimientos. Incluso, sus agudos sentidos lograron captaron el crujir de los huesos atravesando la débil carne, y cuando, víctimas de la fuerza de los materiales que se cernían sobre ellos, se quebraban con extrema facilidad.

Siguió caminando sin reparo ni premura, mientras en aquella callejuela casi vacía, los asustados peatones daban muestras de su terror ante tal horrendo acto. Aquel hombre caminaba con despreocupado paso, dejando aquella destrucción a sus espaldas.

Era a través de los ventanales que estaban en su biblioteca que Athan podía apreciar la belleza del atardecer que se dibujaba sobre el firmamento, y como la gran esfera de luz que era el sol se ocultaba tras unas montañas gemelas de la lejanía. Sentado tras su escritorio, que estaba en el primer nivel de su biblioteca, el hombre se maravillaba siempre que los anaranjados tonos bañaban a plenitud su estudio y su figura. Los rojizos y anaranjados colores eran como un manto que se cernía sobre los dos niveles que conformaban la biblioteca personal de Athan.

Todos los libreros y estantes eran repletos con gruesos volúmenes y todo tipo de artilugios y antiguos pergaminos. Los estantes y estanterías de caoba y pino estaban dispuestos a ras de suelo, así como anclados en las paredes, cuyos armazones de madera se enchanchaban por el peso y número de libros que los colmaban. Por su disposición, varios de ellos

eran bañados por la suave luz de un día que se consumía poco a poco. Sentado a su escritorio, que estaba en el primer nivel, Athan cerraba sus ojos mientras sentía como el calor de un día que agonizaba le calentaba el alma y le impregnaba con su esencia. Sin lugar a duda, este era su momento favorito del día. Del cual no quería ser interrumpido en lo absoluto.

Lo cual supuso una verdadera pena.

—Pasa, ya sé que estás allá afuera —pronunció aun con sus ojos cerrados, como si quiera disfrutar al máximo esos escasos momentos que le quedaban.

Una doble y gran puerta de madera barnizaba se abrió sin emitir crujido alguno. Del umbral de la puerta emergía una gran figura de anchos hombros y tez morena: era Marthon Meiz. El hombre caminó hacia el escritorio de Athan, emitiendo un gran eco a cada paso que daba. Caminaba entre los pasillos que creaban las estanterías repletas de libros, manuales y manuscritos que estaban dispuestas a cada lado. En principio, fue un considerable trayecto hasta que llegó al escritorio de Athan.

Frente a este, y tapándole la luz del atardecer con su ancha figura, Marthon abrió su boca para emitir algunas palabras, pero fue cortado de repente.

—Espera —dijo Athan levantando la mano, aún mantenía sus ojos cerrados—. ¿Té?

Marthon no tuvo oportunidad alguna de réplica cuando Athan lo dirigió hacia el segundo nivel de la biblioteca, subiendo por una circular escalera de caracol para dar al nivel superior que estaba igualmente consumido —o inclusive, aún más— de estanterías y libreros. Caminaron hasta el límite de esta, en donde el mercenario ya tenía dispuesta una mesita rectangular con unos sillones bajos que estaban dispuestos a cada lado. Athan fue el primero que se sentó en uno de ellos, y, acomodándose a plenitud cuan largo eran los mullidos asientos, cruzó sus piernas y comenzó a servirse una taza de té.

—¿A caso no me vas a acompañar? —le preguntó a su amigo sin despegar su vista de su taza de té—. Tenía la certeza que me acompañarías a tomar, como lo hacemos todos los días.

Marthon guardó silenció unos cuantos momentos, pero al final cedió a las demandas de su amigo y se sentó al otro lado de la mesa. Con paciencia, y haciendo uso de los grandes manos se sirvió una taza de té y tomó un pequeño bocadillo que estaba dispuesto en un plato.

—Bien, me agrada que sigamos con la rutina —contestó Athan mientras fijaba su visión en los ventanales que estaban tras de Marthon, y como el día terminaba de agonizar.

—Athan, debemos hablar —contestó Marthon después de dar un sorbo a su bebida—. Es sobre Izan.

—Ah, ese mocoso que nos debe una cantidad considerable de dinero. ¿Qué hay con él? —dijo centrando su visión en el fornido mercenario.

—Bueno, tiene que ver con él, pero no directamente sobre él.

—Aterriza tu idea, querido amigo.

—Lo que quiero decir, es que vamos a tener problemas con nuestro empleador. Ya han pasado varios días sin que le demos noticias sobre la misión que nos encargó.

—Ah, solo se trata de eso —Athan vio que su amigo le dirigía una mirada de incredulidad y curiosidad—. Verás Marthon —dispuso su taza sobre la mesa—, nuestro empleador no es tonto, no me dejaría contratar por alguien tonto. Él, ella o ellos ya sabrán lo que paso, las noticias corren rápido por Magón. Deben de tener un informante en el reino, quizás toda una red de informantes. Las tabernas, plazas y burdeles son buenos lugares para conseguir información. Es un hecho que saben lo que pasó.

Pero ese no eso ya no es asunto nuestro —continuó el mercenario—. Les comunicamos, al inicio de todo, que les darías noticas de nuestros avances. Si no reciben noticia alguna de nosotros, deberán contactarnos.

El hombre se inclinó hacia delante, reposó sus codos sobre sus muslos y entre cruzó sus dedos para colocarlos sobre su boca y pronunciar con una seria voz las siguientes palabras.

—Podrán tener todo el dinero del mundo, pero no me rebajaré a mendigarles como un perro. Si quieren que sigamos en el negocio, deberán de esperar a que volvamos a actuar. Saben que somos pocos aquellos dispuestos o con los recursos necesarios para lograr su cometido. Lo saben bien, y saben que no pueden perdernos. Dudo que digan algo, y si lo hacen, a la mierda con su dinero. Sabes mejor que nadie que la Legión no pide limosna. Nuestro orgullo, nuestras reglas, nuestra entrega, eso es lo que nos hace fuertes.

Marthon guardó silencio después de tales palabras de su amigo. Él mejor que nadie comprendía a Athan a plenitud, habían pasado varios años juntos y se habían sobrepuesto a un sinfín de adversidades. Ladeó

su visión hacia su té, del cual emergían unas cuantas ondas. Volteó su visión tras de sí, hacia el atardecer que daba muestras de sus últimos alientos de vida mientras el sol se escondía tras aquellas montañas gemelas, y con esto la sombra de luz que había impregnado la estancia se iba alejando poco a poco.

Marthon volvió a ver su té para luego voltear su visión a Athan, el cual seguía en la misma posición. Con la llegada de la noche, la negra capa que él portaba sobre sus hombros, que ambos portaban sobre sus hombros, se hacía más visible.

—Fue un hermoso atardecer —fue lo único que se limitó a decir. Entendía a la perfección las palabras de su amigo, y sabía que él entendería estas.

—Claro que lo fue —dijo para después sorber su té.

—Y bien —dijo colocando la vacía taza sobre la mesa—, ¿qué va a pasar con nuestro nuevo prisionero?

—Oh bueno, digamos que ya empezó a pagar su deuda. Espero que sobreviva el tiempo suficiente como para hacerlo —selló sus palabras con una cínica sonrisa.

Capítulo 11

Capítulo 9: El renacer de la Corona.

Año: 3.150 a.GM

Comunidad de Argues-Fuera de las Murallas-Reino de Magón

De entre los tupidos bosques de un lugar lejano, una figura de negro se escabullida entre la arboleda de la región. Sus ropas eran rasgadas por las ramas de las plantas pequeñas que impregnaban el camino. Su paso era vacilante, lo cual le hacía tambalear y caer varias veces, de ahí sus desgastadas y roídas ropas. El jadear de su aliento daba muestras de su condición, y su carrera por la vida que trataba de mantener a toda costa. La máscara que portaba sobre su rostro le comenzaba a pesar, pero dudaba en quitársela.

Ya había recorrido una considerable distancia con aquel aparato sobre su rostro, y durante todo el trayecto, este siempre le dificultaba su huida. El pesado cuero negro de la máscara que portaba impedía el adecuado flujo de aire hacia sus pulmones. En media encrucijada, corriendo entre unos pequeños, pero exuberantes matorrales espinosos, con el escurrir de la sangre de sus pantorrillas, el hombre masculló con desdén al colocar sus manos sobre el pesado cuero chapado con pequeñas esquirlas de un herrumbrado hierro en los bordes. Con gran fuerza se retiró su máscara y la arrojó a un lado de su camino, entre aquellos punzantes matorrales. Al caer al suelo, el pesado cuero chapado levantó una pequeña estela de polvo, y la protuberancia alargada y curva, similar al pico de un ave, se arrugó con desdén.

Sin aquella pesada máscara, el sujeto tuvo el soplo de un nuevo aire de vida. Sus pulmones recuperaron aquello que le había hecho tanta falta, y una nueva velocidad se apoderó de él. Pero aun con todo, no era suficiente. Podía escuchar el crujir de las hojas y el quebrar de las ramas tras de él, lo cual daba muestra de sus perseguidores. El manto de la noche no era suficiente para camuflar su figura, y su pesada respiración no era propicia para tales fines. Aun con todo, el correr era su única salida.

Solo corría para poder vivir, para no ser un igual con aquellas almas que había arrebatado. Sus vidriosos ojos se colmaban de lágrimas al pensar en el destino que le aguardaba, lo cierto era que temía a la muerte. Temía a la muerte que le aguardaba. Sobre las copas de los árboles que estaban sobre su cabeza, podía escuchar el crujir de una figura, los rayos de la luna daban la luz suficiente para vislumbrar de entre la negrura de la noche los rastros de una misteriosa figura que descendió de los cielos, y con un hábil movimiento de la hoja de su

espada, cortó su extremidad derecha.

Los agudos gritos de dolor de aquel joven retumbaron entre los árboles y hojas del oscuro bosque. Se retorcía en el suelo fruto de su dolor, de sus ojos salían unas cristalinas lágrimas que descendían hasta caer al suelo, muchas de ellas se mezclaban con su roja sangre. Ya en el suelo, daba patadas de dolor y arcadas al ser víctima de tal tajo. Aquella figura se arrastró con debilidad y premura entre las marchitas hojas que estaban dispersas en el suelo, se arrastraba dejando tras de sí un camino de espeso líquido carmesí acompañado con sollozos de dolor y angustia.

Haciendo un verdadero esfuerzo, llegó al pie de un gran tronco de árbol, llegando a recostar su cuerpo contra la dura madera. Los plateados rayos de la luna que se escurrían entre las tupidas copas de los árboles le daban un haz de luz propicio para admirar con horror el trozo de carne que le quedaba por brazo. No era que el corte no haya sido limpio, pues así había sido. Lo que le horrorizaba era como un espeso líquido putrefacto de un color morado rozando el negro le estaba carcomiendo la carne, dejando una cáscara marchita tras de sí. Su espesa sangre era consumida por aquella enfermedad hasta quedar marchita y escurrirse como un líquido marrón que desprendía un desagradable hedor, así como los trozos de carne que quedaban marchitos y coagulada en una espesura morada.

Los ojos de aquel ser daban muestras de un verdadero horror. Con cada segundo que pasaba en aquel martirio, el dolor se hacía aún más insoportable. Tanto era su terror ante lo que sucedía en el muñón de carne que le quedaba por brazo, que no notó que dos figuras se posaron frente a él. No lo notó hasta que la hoja de la espada de una de esas figuras le atravesó de lleno el pecho, y aquella espesura asquerosa comenzó a salir de la nueva herida.

Con dubitativos movimientos, el moribundo ser logró colocar su mano buena sobre la delgada espada, y con algunos débiles esfuerzos, trató de sacarla de su débil carne. Pero esta acción solo hizo que las fuerzas de su verdugo se acrecentaran, y con mayor decisión, el metal se hundió en su pecho hasta el punto de que terminó por extinguir la llama de la vida.

Murió mientras su ensangrentada mano se aferraba a la hoja de la espada.

Con un movimiento rápido, Black Dead, Gabriela, retiró su arma del marchito cadáver. Sacudió la sangre que tenía en ella, y la envainó rápidamente en su funda. Antes de marcharse, le dirigió una última mirada de desprecio a aquel ser, para luego ladear su cabeza hacia Izan.

—Hemos terminado con él. Lo mejor sería regresar a la hoguera, para ver cuántos siguen vivos y acabar con el trabajo.

Entre las sombras que le brindaba la oscuridad, Izan asintió con la cabeza con un leve movimiento, apenas perceptible para Gabriela.

—Espero que hayas prestado atención —dijo alzando su mano derecha, en donde tenía una especie de aparato con un botón en ella, todos en la Legión tenían uno—. Recuerda que eres nuestro prisionero, debes pagar tu deuda.

Nuevamente Izan respondió de la misma manera.

—Sígueme, no te quedes atrás —respondió finalmente Gabriela, la cual dio un poderoso salto para dar con una de las ramas más altas del árbol, y de ahí seguir hacia su destino.

Izan miró como su, nuevamente, captora, se marchaba del lugar. Sabía que si se alejaba mucho de ella —o de cualquier persona de la Legión— el aparato que tenía en su tobillo explotaría, llevándose su vida con ello. Pero aun con todo, decidió tomar el riesgo y tardarse unos cuantos segundos en seguirla.

Emergiendo del umbral de la oscuridad, el joven mercenario se acercó al cuerpo podrido que se marchitaba a cada segundo bajo un plateado rayo de luna. Izan quedó dispuesto junto a él, mientras admiraba el cuerpo que se descomponía frente a sus ojos. En un primer momento había pensado que aquel joven era normal, que era un humano más. Pero lo visto contradecía aquella primera impresión. Su rostro era de un tono grisáceo y enjuto, era como si su carne se pegara a sus huesos, y los escasos pliegues de piel se aglomeraba en unas pocas arrugas, por labios tenía finas líneas carentes de carne. Aun ante lo visto, ante lo marchito y arrugado de su ser, sus facciones daban muestras de juventud. Sus aun abiertos ojos eran blancos y carecían de pupila alguna, Izan sabía que su aspecto no se debía al ataque de Gabriela, o Black Dead. Estas eran muestras de su naturaleza.

Al mercenario le faltaba el aire y su corazón daba fuertes revoluciones al ver como un cuerpo, que, aunque no era humano, se descomponía en la premura de la agonía que subyace a una horrenda muerte. El muñón de carne, que era el brazo del joven, estaba casi consumido por la putrefacción y destilaba un hedor horrendo. La cicatriz en el pecho, el agujero en él no era diferente. Un espeso líquido morado se escurría de dicha cavidad y goteaba hacia el suelo. Los ojos de Izan se volvían vidriosos al contemplar tal cuadro, no podía evitar pensar que él pudo haber sido aquel sujeto, si la muerte hubiera tocado su puerta.

Ese pensamiento no dejaba de cavilar en su mente. Solo el tintineo de una luz que emergía del aparato de su tobillo le sacó de dicho trance, debía darse prisa, no podía alejarse más. Dispuso de una rápida mirada a aquel descompuesto y enfermo ser, y con ello juró a sí mismo una promesa: jamás terminar de esta manera. Tragó saliva con dificultad, y quebró en su mano derecha uno de los frascos de vidrio que aún le quedaba. Rápidamente el humo llegó a sus fosas nasales y su sangre comenzó a reaccionar. Debía de darse prisa para alcanzar a su captora, no podía desperdiciar más tiempo.

Dio un fuerte salto que hizo temblar la tierra, y se colocó, tal y como lo hizo Gabriela, en una rama de ese gran árbol. Con ello comenzó, con una sorprendente rapidez, su trayectoria para llegar al lugar designado.

Con la partid de Izan, el rayo de plateada luna dio de lleno en aquel marchito recipiente que se estaba pudriéndose poco a poco. Con el roce del viento, aquel cuerpo se inclinó hacia delante, cayendo sobre su rostro al suelo. El distintivo sonido del romper de una endeble columna fue emitido. Un trozo de hueso sobresalía de su espada, mientras la parte superior de su tronzo reposaba sobre sus piernas, quedándose en un ángulo imposible. Con ello, un incesante burbujear comenzó a emerger de todo el cuerpo, dando paso paulatinamente a la descomposición en un charco de putrefacción.

El fuego de una gigantesca hoguera era lo que llegaba a iluminar las decenas de cadáveres dispuestos en todo el claro que había entre los árboles de este bosque. Todos los cuerpos del suelo estaban vestidos con negras ropas, y muchos de ellos tenían aquellas máscaras que aquel joven hombre había dejado en el suelo para tener mayor velocidad. Muchos otros cuerpos tenían una sencilla máscara ovalada y blanca, la cual era adornada con las facciones de un ave de la noche.

Cuervos y búhos eran la inspiración para tales ornamentos.

Muchos de los cuerpos que ya no tenían aquellos trozos cuero sobre sus rostros, daban muestras de tener las mismas facciones de aquel sujeto que había sido reducido a un charco de putrefacción. Camino que comenzaban a seguir varios de aquellos sacos de carne, de los cuales, ya no quedaba ni un solo ápice de vida en su ser.

Black Dead estaba frente a varios de estos cuando Izan llegó de entre la negrura del bosque. Tras la mercenaria se podían divisar unas pequeñas figuras vestidas con túnicas blancas. No eran muchos los niños y niñas que lograron sobrevivir a la masacre, más bien, no eran muchos los que habían sido rescatados. Podrían ser al menos unos diez o quince,

siendo este el mejor de los casos. Los restantes treinta niños y jóvenes ya no se encontraban en el mundo de los vivos.

Aquellas tenues figuras se revolvían en sus escalofríos tras el cuerpo de Gabriela, de alguna manera, esta podía proveerles de una cierta seguridad. Sus cuerpos aún seguían en este mundo, pero sus mentes, sus mentes ya no mostraban rasgos de lucidez. Así lo puedo advertir Izan, vio sus pequeños y delicados rostros iluminados por la plateada luz de la luna que se conjugaba con la que venía de la hoguera. Ambas eran las únicas fuentes que proveían de iluminación aquella obra que le revolvía las tripas del mercenario.

Este se colocó junto a su captora, y esta le indicó con su melódica voz lo que debía de hacer.

—Ve entre ellos y asegúrate de que estén todos muertos. Usa tu espada si oyes que gimen o se mueven —volteó su rostro hacia Izan, y este pudo ver su semblante entre la cortina de oscuridad de su capucha—. No puede quedar nadie con vida.

Este, nuevamente se limitó a asentir con su cabeza y dio rienda suelta a su labor. El joven se adentró entre el mar de cadáveres, y con espada en mano, buscaba víctimas para arrebatarles la vida. Eran varios los sujetos que aún tenían un mísero aliento de existencia en sus cuerpos. Con una estocada rápida el mercenario habría terminado con la última llama que les mantenía en este mundo. Hombres o mujeres, había de todo entre aquellas misteriosas figuras que yacían ahora en aquel claro sin vida alguna.

Trataba de evitar las pozas de putrefacción de algunos de los sujetos que poblaban el claro. Sabía que estaban más que muertos. Siguió con su andar, asegurándose que la huesuda mano de la muerte les alcanzara a todos. No se detuvo hasta que llegó a las cercanías de la hoguera, y ahí vio la razón por la cual estaban ahí.

Calcinados, algunos cuerpos de jóvenes que eran mucho menor que él, de cuerpos vírgenes y en ciernes de juventud se podían vislumbrar de entre las llamas de la hoguera que se extendían hacia el cielo. Sus calcinados huesos se negaban a sucumbir con facilidad, y aun ardían en el calor de las llamas, mientras poco a poco se desquebrajaban en su negrura agrietada. Muchos otros cuerpos eran los que reposaban junto a la hoguera, en ciernes de ser arrojados a ella. Estaban plagados con grandes y prominentes heridas, hoyos hondos que se abrían hecho paso entre su débil carne, apagando súbitamente la llama de una vida que apenas se comenzaba a gestar. En su mayoría eran mujeres jóvenes, vírgenes claro está. Pero eso no evitaba que hubiera algunos hombres esparcidos por la llanura oscura, eran escasos, pero no tan escasos como algunas figuras de menor tamaño que reposaban junto con ellos a los pies

de la hoguera. Estas almas no habían tenido tan buena suerte.

No. No era así, en lo absoluto. Esto no puede ser llamado mala suerte. Esto solo puede ser llamado barbarie, así lo pensó Izan. No fue que Theor los alejó de su seno, no fue que sucumbieron como Kaleb al desobedecer a Theor. No, nada de eso. La culpa se cernía sobre él, sobre él y su captora. Solo así podía ser. Solo ese pensamiento embargaba su mente.

No se habían dado la suficiente prisa.

El mercenario detuvo su labor. No supo desde hace cuánto tiempo. Lo cierto es que se había quedado de piedra al admirar la masacre que se cernía ante sus ojos. Pero fue una súbita presión la que lo sacó de su trance. Ladeando su cabeza, Izan pudo ver que Gabriela estaba tras de él, y con un sutil gesto de gentiliza, colocó su mano sobre su hombro.

—Debemos recoger los cuerpos que podamos. Sus padres al menos querrán darles un entierro digno —mencionó mientras miraba como las llamas se consumían en la hoguera—. Y los vivos, bueno, ya han visto suficiente.

—Sí —respondió secamente—. A los muertos —preguntó después de pensarlo un poco—, a los muertos, ¿les cobramos el precio de haberlos regresado con vida?

—No —dijo Gabriela después de unos momentos de silencio—. No, no. Claro que no. Solo se los cobraremos a los vivos. A los muertos... a los muertos les cobraremos a sus padres el precio de llevarlos a su prole. Eso es todo.

Izan no respondió palabra alguna. Mismo silencio guardó Black Dead.

Concentraron sus esfuerzos en disponer los cuerpos de aquellos sin vida sobre unas telas blancas, para luego, envolverles con delicadeza y con el mayor de los cuidados, regresarle aquellas marchitas cascaras a sus padres. Durante todo el proceso, Izan no mencionó palabra alguna, aunque la tarea que estaba realizando la consideraba de sumo valor, gran parte de su atención se centraba a aquellos niños y niñas que habían logrado sobrevivir. Y como ahora eran ellos los que centraban su atención en el par de mercenarios, al ver como disponían de los cuerpos de quienes habían sido sus amigos. Aquello aquejaba el alma de Izan de una manera que no fue capaz de expresar.

Ladeó su cabeza en dirección a Gabriela, y por lo que pudo deducir, esta no tenía mayor inquietud en su ser. Realizaba su labor con astucia y delicadeza, eso era cierto. Pero Izan creyó que sus pensamientos

no iban dirigidos hacia los muertos, o a los vivos que morían lentamente. Simplemente, estaban mucho más allá de eso. Incluso cuando el proceso hubo finalizado y colocaron los cuerpos en una carreta y a los niños en otra, Izan pudo notar que el semblante de Gabriela no se vislumbraba emoción alguna por lo sucedido.

Durante el camino de regreso, en donde cada mercenario dirigía con su fuerza cada una de las carretas, la mente de Izan cavilaba en lo que Gabriela podría estar sintiendo. El porqué de su actitud. En el umbral del claro, y ya casi listos para partir, Izan no podía dejar de pensar en aquellas cavilaciones, y la culpa se cernía sobre sus hombros. Mientras estaba en sus meditaciones, no alejó de su mente en ningún momento el sentir que podría estar atravesando a la mercenaria. No dejó de hacerlo aun cuando escuchó el aullar de unas bestias que se cernían a lo lejos, no dejó de hacerlo aun cuando sus músculos suplicaban un respiro por la gran carga impuesta, no dejó de hacerlo aun cuando vio el leve tintinar de las luces del pueblo que emergían tras el último umbral de árboles y hojas.

Habiendo llegado a la ladera de una montaña, en donde las casas estaban dispuestas dentro de una cavidad que la erosión había creado como espacio propicio para que un pueblo se asentara tras la protección de la tierra firme de la montaña, que yacía sobre ellos, de ahí emergieron un sinfín de figuras que corrían lo más rápido posible hacia el par de mercenarias. Eran varias las madres que lloraban al entender que sus hijos no se encontraban entre los vivos. Sus amargados sollozos cargados de triste pena y justificada angustia hacían meya en los tímpanos de Izan. Aunque este no pudo hacer nada ante la pérdida de tales almas. Fue así como, con sus últimos esfuerzos, dispuso de la carreta que traía —en la que iban los cuerpos sin vida— en el interior de la cavidad de la montaña, en la plaza del pueblo, para que de esta manera fueron los padres los que pudieran encontrar a sus hijos.

Descansando por algunos minutos de la ardua carga, el mercenario reposó en la fuente de la plaza, mientras Gabriela hablaba con el alcalde del lugar y cobraba el pago correspondiente por los servicios brindados. Fueron pocos los minutos de descanso hasta que Black Dead llegó con un par de corceles, aquellos que habían conseguidos en Argos. Fue así como Izan se levantó de su lecho, y, ensillando a su bestia canela, dirigió una última mirada a aquellos campesinos que habían sido desprovistos de toda esperanza.

Cuando ya estaban a algunos metros de aquel pueblo, fue que Gabriela respondió a las cavilaciones de Izan.

—No pudimos hacer nada. Hicimos lo que estuvo bajo nuestro control y cobramos por nuestro servicio. No podemos, no debemos hacernos responsables de aquello que no llegamos a controlar. Si lo

hacemos, solo nos cerniremos en un agujero de amarga angustia y no miraremos aquello que podemos tener al alcance de nuestras manos.

Esta —la mercenaria ladeó su cabeza hacia Izan, y el mercenario logró ver sus facciones y reconocer aquellos ojos ámbar— es la realidad que se cierne para aquellos que viven lejos de las murallas de un mundo feliz. Nosotros no somos héroes, somos supervivientes.

"Supervivientes". Esa palabra resonó en la consciencia de Izan más de lo que Gabriela pudiera haber imaginado. Eran supervivientes que solo cumplían con su labor. No eran héroes, no podían controlar el destino o el mundo, y si pudieran, no lo harían. Estaban en esta tierra para ganarse la vida, y lo hacían lo mejor que podían.

Eran supervivientes, no escogían el mal menor ni salvaban vidas. Eran mercenarios que trabajaban por dinero. Izan lo logró asimilar bien, pasó los últimos años comprendiendo esta premisa. Aunque claro, eso no hacía que la carga fuera más ligera.

Nada nunca lo haría.

Capítulo 12

Capítulo 10: Destellos de un pasado vivido

Año: 3.150 a.GM

Comunidad de Argues-Fuera de las murallas-Continente de Carlorg

Pocos eran los placeres que se podían disfrutar en el castillo de la Legión, como el admirar la luna llena que coronaba el par de montañas gemelas, quienes se reafirmaban sobre la oscura cúpula de la noche. En la negrura del cielo, cientos de destellantes luces bañaban con su tenue tintinar los verdes terrenos que se encontraban en tierra. Las laderas de las montañas eran iluminadas con delicadeza por la luz que emanaba de esos brillantes cuerpos, los que, junto con la plateada claridad de la luna llena, revestían de un tenue manto toda la extensión de la tierra.

Los jardines traseros del castillo eran bañados por la plateada luz en un acto de total vehemencia, en donde, inclusive las flores se regodeaban de ser provistas de ese sagrado ungüento nocturno. En un balcón del segundo nivel de la biblioteca del castillo, una joven reposaba sobre un curtido barandal de mármol, admirando la belleza que se cernía ante ella. Había dejado un desgastado libro de cuero justo sobre la superficie de mármol, su lectura nocturna se había visto interrumpida cuando la plateada luz de luna le buscó en su cubículo de estudio. Siendo de esta manera, a la joven no le quedaba otra alternativa más que salir y contemplar las maravillas de la creación.

Lo cierto era que su figura apenas era distinguible de la noche. Su azabache capa camuflaba a la perfección su cuerpo, dejando que su rostro sea el único iluminado por la claridad que emerge de la negrura. Sus facciones eran de alta alcurnia, su delgado rostro estaba bien proporcionado, y lo ovalado de su semblante, junto con sus facciones que, de alguna manera, demostraban ser tenues, daban condición que no era una ciudadana de Magón. Su cabello de cobre recogido en una coleta, en donde, algunos mechones cubrían sus orejas y se escurrían por sus mejillas, le agregaba un jovial toque a su postura. No importaba como se viera, cualquier persona que engalanara su visión ante tal persona, diría que por lo menos pertenece a algún círculo de la nobleza.

Sus manos eran el soporte para su rostro, el cual descansaba en sus abiertas palmas, mientras sus codos resistían el peso anclados en el barandal de mármol sólido. Dejándolo todo presto para la contemplación del firmamento. Aquella joven estaba totalmente embelesada por el cielo nocturno. Era casi como si su mente comenzara a crear cavilaciones, y sus zafiros ojos veían algo mucho más distante de lo que se cernía frente a ellos. ¿Ilusiones de un futuro? ¿Recuerdos de un pasado mejor? La verdad

no importaba, lo único que tenía aquella joven era el presente. Era lo único por lo que importaba vivir.

Agitó levemente su cabeza para salir de tales ensoñaciones. Ya no se podía permitir el seguir persiguiendo fantasmas de sueños marchitos o ilusiones absurdas. Tomó el libro que tenía junto a ella, y dando un último vistazo a la postal nocturna que yacía frente de sí, emprendió el rumbo hacia el interior de la biblioteca.

Caminando por los pasillos formados por los estantes que estaban dispuestos a cada lado, la joven era interceptada, intermitentemente, por algunos rayos de luz que se filtraban por las ventanas y las grietas en el techo de piedra. Continúo con su andar entre ese laberinto de libreros. A primera vista, el lugar no parecía ser tan espacioso, pero Athan tenía un don para disponer del espacio. Tales eran sus cavilaciones mientras surcaba los caminos de gruesos volúmenes y antiguos manuscritos. No fue hasta que llegó al librero, que fungía como su destino, que cesó su andar.

Como una pequeña ventana, como una ranura que rompía con el orden de la sala. Así se percibía aquel espacio vacío de donde consiguió el libro. Guardó la obra, y justo cuando se preparaba para dirigirse a su recámara, un escalofrío le recorrió su espalda. Un sudor frío bajó por su columna vertebral, y de sus vidriosos ojos comenzó a escurrirse unas pequeñas lágrimas. Seguidamente, las facciones de su rostro se comenzaban a torcer para generar una mueca de asco y terror. Eran varios los recuerdos de su pasado que irrumpían con estrepitosa fuerza en su consciencia, los que ahora se hacían palpable en su temple. Rastros de sangre que tintaban un pasado que se esforzaba por dejar enterrado en el olvido, más cada contacto le recordaba la cruel verdad. Su cuerpo se vio menguado, superado en el acto, sesgado y sin ritmo, no lograba reaccionar a ningún estímulo. Es así como cada pequeño músculo de este se comenzó a tensar, provocando que la joven se quedara tan quieta como una estatua. Al son en que una agria capa de sudor se asentaba como perlas brillantes en su frente. Al son en que era invadida por un vivo terror.

Sus nervios y vellos se erizaron al sentir el pesado tacto de una mano sobre su hombro. Esta comenzó a girar lentamente su figura en su propio eje, posicionándola de frente a su inesperado visitante. Cuando Jean vio la expresión de terror y angustia en el rostro de su compañera, no pudo hacer otra cosa que envolverla en un poderoso abrazo. Hundiendo así el rostro de la doncella contra la tercia camisa del mercenario con una gentil fuerza

—Sayna, por Theor y todos sus primogénitos —con ojos como platos, la voz de Jean se quebraba en una creciente angustia—. Lo siento, lo siento tanto. No quería… no pensaba... creía que me habías escuchado

llegar. No quise tomarte por sorpresa.

Apretada contra el pecho de Jean, de los ojos de Sayna se escurría una cristalina lágrima que impregnó la capa de este. No fue hasta que el sonido de la voz de Jean llegó a los oídos de la joven, cuando sus músculos se relajaron con vehemencia, logrando así retomar el control de su ser.

—Jean —musitó con un hilo de voz mientras apartada su rostro de su pecho, alzándole la mirada—. Oh por Theor, eres tú. Eres tú —volvió a decir mientras hundía su rostro en el pecho del mercenario y se dejaba escurrir unas cuantas lágrimas.

—Lo siento, lo siento. En verdad pensé que me habías escuchado llegar —mencionaba mientras acariciaba los cabellos de la joven—. Cuando fui a buscarte no te encontré en tus habitaciones. Supuse que estarías en la biblioteca. —El mercenario hablaba con un hilo de voz, mientras una pesada lágrima surcaba su mejilla, cayendo en los cobrizos cabellos que este acariciaba—. Pensé que escuchaste mis pasos, o los llamados que hice. Lo siento, Sayna, lo siento tanto.

—Ya sabes que no me gusta que me toquen, que me asechen sin aviso —su voz apenas se distinguía de su llanto que impregnaba de gruesas lágrimas la capa de Jean—. Ya lo sabes, Jean. Ya lo sabes…

—Sí, claro que lo sé. Lo siento mucho —dijo mientras le alzaba su rostro y le besaba la frente—. Créeme que jamás te haré daño. Nunca.

—Lo sé, lo sé —dijo al poner su mano en la mejilla del mercenario.

La pareja se hizo una, en un nuevo y fuerte abrazo, en donde Jean procuraba ser el refugio perfecto para que la pequeña Sayna llorara sus amargas penas. Purgara de su alma aquel dolor que le aquejaba desde incontables años, el cual, nunca le había abandonado. Lo cierto era que el corazón del mercenario se hacía un puño cuando veía a su amada llorar tan desconsoladamente. Lo peor del caso, pensaba él, era no poder buscar ayuda en el resto de la Legión. Él era la única persona a la que Sayna le había conferido tan amargo recuerdo, no podía traicionar su confianza. Y peor aún, no podía traicionar la confianza de la Legión y dar a conocer su relación con su compañera mercenaria.

Estaban solos. Juntos en esa encrucijada, en donde ambas partes sufrían de manera distinta. Pero aun con todo, aquellos momentos, aunque amargos y crudos, podían ser de la misma manera dulces y cálidos. Nunca habían tenido mayor intimidad que un fuerte abrazo, pero no necesitaban más. Eran en momentos como esos en donde sus corazones se unían. De la más cruel amargura aun podían rescatar un

atisbo de verdad, de una verdad que los unía, que crecía en ellos, para la eternidad.

La actividad real iniciaba desde la primera hora del día. Aún la luna estaba dispuesta en la cúpula del cielo, junto a una estrella mucho más brillante que las que comúnmente le hacían compañía, cuando el rey Adolph caminaba por los refinados pasillos del castillo. No escatimaba en decoración, es así como el oro y la plata se hacían presentes en todo tipo de ornamentos que plagaban las paredes de piedra del castillo. Si bien era cierto que el oro y la plata representaban a Theor que regía desde el Zaur, el rey no podía escatimar en gastos cuando se trataba de colmar de glamur aquel lugar por donde pasara.

El pulido suelo de rojo intenso reflejaba a la perfección el semblante de su majestad, el cual disfrutaba admirarse a sí mismo siempre que tuviera ocasión. Sus ropas no podían ser una excepción, y estas estaban hechas de la más fina lana y terciopelo, lo mejor para la corona. Su majestad caminaba por aquellos pasillos, admirando las decoraciones y cuadros que adornaban con elegancia su camino. Daba esporádicas sonrisas cuando admiraba aquellos retratos que engalanaban su figura. Eran un centenar de ellos los que estaban dispuestos junto a los otros reyes del pasado, y las figuras de los primogénitos más importantes de Theor.

Zaina, Mykel, Sora y Akil decoraban de igual manera las paredes de piedra del castillo. Si bien lo hacían como un acto ceremonial, su majestad se convencía cada vez más de cambiar la disposición de los cuadros. Lo cierto era que su devoción a Theor y sus primogénitos no era la mayor. Todas estas eran las cavilaciones que tenía el rey mientras se dirigía al final del pasillo —secundado por su guardia de soldados con capas carmesí— en donde una escalera de caracol le esperaba. Descendiendo algunos metros por aquella estructura, Adolph no podía evitar pensar en las molestias que se tenía que tomar para que sus planes resultaran como tenía previsto. Después de un largo descenso, dio por fin con suelo sólido. Un largo y angosto pasillo era el que le recibía después de su descenso, y caminó por él, seguido de su escolta.

Fueron unos cuantos metros los que tuvo que recorrer hasta que llegó a una gran puerta doble de fina madera. Con un ademán de su mano, les indicó a sus guardias que le esperarán ahí mismo. Estos obedecieron a la perfección las órdenes del rey, y se dispusieron cada uno a un lado de la enorme puerta. Sin hacer uso de un considerable esfuerzo, el rey empujó las grandes puertas, que se abrieron con una gran facilidad, mostrando así lo que se encontraba tras el umbral.

Una gran sala llena de todo tipo de aparatos de trabajo: mesas, tubos y utensilios de vidrio era lo que colmaba la habitación. Grandes recipientes de hierro, tubos de ensayo, calderos, mesas llenas recipientes con tierra y polvos mágicos, así como grandes ornamentos de hierro y cobre para trabajar. Una gran estructura de vidrio que imitaba a una serie de tuberías discurría desde las mesas de trabajo, las paredes y el techo. Las mesas se encontraban unidas entre sí por una red de tuberías y destiladores que hacían símil de un de los tantos complejos de alcantarillas que conectaban a la nación de Magón. Herramientas de metal, polvos y sustancias de todo tipo era lo que estaba dispuesto tanto en las mesas como en varios de esos recipientes y tubos de ensayos. Frascos con alcohol en conversa reposaban en las estanterías ancladas a las paredes de piedras, contiguo a estas los libreros de caoba eran doblados por el gran peso de los volúmenes que descansaban sobre ellos. Grandes calderas de estaño y hierro, utensilios de cobre y botes llenos de todo tipo de sustancias. La totalidad de la sala era un gran laboratorio de investigación, dispuesta con todo el material necesario para la ciencia y química.

El rey dio unos cuantos pasos para entrar a la estancia. Caminando junto a un complejo de esas intrincadas tuberías de vidrio que se anclaban al techo y paredes, alzó su voz hacia un grupo de hombres que se encontraban al otro extremo.

—¡Conde Lemaire! Espero que la disposición de la sala sea de su agrado.

—¡Su majestad! —gritó una regordeta figura que ladeó su cuerpo al oír su nombre.

Rápidamente, el conde abandonó aquel grupo de personas con blancas capas, y con un paso rápido se acercó hacia el rey. Alisó sus ropas cuando estaba pocos metros de él, y cuando se hubo hallado frente al rey, dobló su rodilla para reverenciarse y besarle los anillos de la mano que su majestad había extendido. No fue hasta que el rey Adolph, le indicó, con una seña que podía levantarse, que el conde así lo hizo.

—Su majestad —replicó con una voz un tanto excitada—. Muchas gracias, en verdad muchas gracias. Su misericordia y favor será recompensada por Theor en persona que llegará de Zaur solo para glorificarlo a usted.

—Ya lo creo, conde. Pero le hice una pregunta, y me encantaría recibir una respuesta.

—Sí, sí. Claro que sí, su alteza. Debo decir que el laboratorio tiene más de lo que pensé o pedí en un principio. Mis hombres están muy

favorecidos y agradecidos por ello.

—Ya creo que será así. —El rey emprendió el paso para inspeccionar la estancia mientras era seguido por el conde—. ¿Está todo lo necesario para que puedan comenzar a trabajar?

—Ya lo creo, su majestad —replicó colocándose a un lado del rey—. De hecho, hoy acaban de llegar los emisarios que envíe a todas las ciudades estado para recolectar la tierra. Si las hipótesis de mis científicos son correctas, podremos iniciar con la investigación cuanto antes.

—¿Tierra? —se detuvo al escuchar tan extraña palabra. Adolph volteó hacia el conde con una mirada de furia y fuego—. ¡¿Qué demonios van a hacer con tierra?! ¡Están aquí para replicar el Edron! ¡Para crear arte mántica! ¡No para jugar con tierra! —con cada palabra, el rey azotaba con sus palmas abiertas una mesa de trabajo en señal de furia.

—S-s, su majestad —el conde estaba temblando de los nervios mientras se alejaba con paso vacilante de la figura del rey—, si me permite explicarle….

—¡Habla! ¡Habla de una maldita vez, vil cerdo! No te traje aquí, construyendo este mugroso lugar, sin contar con el conocimiento de la Asamblea, no te saqué de esa destruida mansión para que me digas que vas a jugar con tierra. ¡Para que desperdicies así mi valioso tiempo!

Adolph Diocleciano Magón III era un saco de furia. Azotaba con gran fuerza sus manos contra aquella mesa, hasta que de su carne comenzó a emanar sangre. Pero aquello no le importaba, no sentía dolor, todo su cuerpo estaba siendo recorrido por una furia asesina. No dudaría ni un momento en mandar a degollar a todos los presentes en esa sala, y así lo sabía el conde Duke. Su figura y su porte estaban hecho un saco de nervios, apenas podía decir dos frases juntas sin tartamudear y fallar en su dicción.

Y eso solo le hacía enfadar aún más al rey Adolph.

—La… la hipótesis de mis científicos dice que el Edron está en la tierra —se aventuró a decir por fin el regordete hombre.

Ante estas palabras, y como si hubieran accionado un interruptor, la furia del rey cesó por completo. Las venas que se habían marcado en su tenso cuello se habían apaciguado, y el rastrillar de sus dientes comenzó a menguar. El rey tomó su herida mano mientras le dirigía unas nuevas palabras al conde.

—Haber iniciado por ahí —la sangre se escurría por los nudillos de

sus dedos, los cuales estaban a carne viva.

—Lo sé, lo sé. Lo siento mi señor, en verdad lo siento. —El conde cesó en su hablar para dar algunas bocanadas del aire que le faltaba, lo hizo lo más rápido posible, sentía la mirada del rey como un tizón en llamas que alumbraba sobre su cuello—. Mis científicos alegan que el Edron se encuentra en la tierra, o al menos resquicios de él.

No es como el de Odesa —continuó— no es tan puro ni poderoso. Pero, creen que los minerales que se encuentran en cada región son aquellos que propician las cualidades mánticas de cada región. Es solo una hipótesis… pero una muy acertada, según mis hombres —se apresuró a decir con rapidez cuando notó que aquel fuego hacia chispas en los ojos del rey.

—Y estos hombres, Lemaire, ¿son buenos? —preguntó con una grave voz mientras ladeaba su visión hacia el grupo de hombres con capas blancas.

—Los mejores —respondió de manera automática—. Son los mejores de Magón. Es más, no creo que haya personas similares en Lennute o Kannén. Son los mejores que hay de aquí hasta Henstransburg y las naciones del este. Creo que ni si quiera en el desconocido Sur habría hombres más capaces como los aquí presentes.

—Bien, bien —dijo mientras se sobaba su magullada mano—. Eso espero, conde Lemaire. Espero que tu dinero al fin sirva para algo al financiar a estas personas.

—Claro que sí, mi rey. Lo hago por Magón, por la corona, por usted, mi señor.

Adolph no dijo ninguna palabra, solo se limitó a disfrutar como aquel regordete conde se arrodillaba ante él y agachaba su cabeza. Era cierto cuando decía que había tenido varios problemas para traerlos hasta acá. Aunque era el rey, a la Asamblea y a la Iglesia no le gustaba lo insistente que era él con respecto al uso de las artes mánticas. Tanto así que decidió dejar de notificarle de sus avances en tal materia. El refinarla y embotellarla solo era un primer paso, un primer paso indispensable para dotar a Magón de su poderío actual. Pero la ambición de Adolph iba mucho más allá. Y hasta que no pudiera poner sus manos sobre el Edron que reposaba en las tierras de Odesa, no descansaría hasta crear algo que fuera tan poderoso como aquel poder, puesto que, la guerra en el norte no pintaba lo bien a que su majestad hubiera deseado.

Le volvió a dirigir una última mirada de desdén a aquel hombre que sudaba como un cerdo antes de marcharse. Su roja y larga capa se deslizaba por el suelo a cada paso que daba su figura. Pasó por el umbral

de la doble puerta de madera, y caminó de regreso a los niveles superiores, siempre siendo flanqueado por esas dos figuras de rojo. Aún tenía muchos asuntos que atender.

En el laboratorio, tanto el conde como los científicos tomaban un nuevo soplo de aire. Había llegado un punto en donde verdaderamente pensaron que iban a morir, sobre todo Duke. El regordete conde secó las brillantes perlas de sudor que se asentaban en su frente. Se recostó a una mesa mientras daba fuertes y grandes bocanadas de aire fresco. En verdad lo necesitaba. En su mente tan solo existía un único pensamiento: en verdad esperaba descifrar los misterios de las artes mánticas.

Su vida dependía de ello.

Capítulo 13

Capítulo 11: Camino cercado

Año: 3.150 a.GM

Comunidad de Argues-Fuera de las murallas-Continente de Carlorg

Izan no dejaba de pensar en lo rural y disperso que era la Comunidad de Argues. Con el romper del alba, él fue citado por Jean a las puertas del castillo para una misión. Ahí se encontró con una figura de negra capucha. El mercenario con tintes de bardo les presentó oficialmente, y ahí Izan logró conocer a otra de esas encapuchadas figuras que había visto el primer día en que había llegado al castillo de la Legión. Con las formalidades terminadas, Jean insistió en que montaran sus caballos con premura, porque les esperaba un largo día de viaje.

Y el mercenario no se equivocaba. Habían cabalgado desde la mañana, y no fue hasta que la tarde entró en ciernes que el trío logró llegar a su destino, un pequeño pueblo en medio de la nada que recibía el nombre de Nath. Desmontando de sus corceles, y guiándolos ahora por un camino de polvosa tierra, Izan no podía dejar de pensar como Argues era un total despropósito como región, como comunidad de pueblos. No eran en absoluto como Lennute o Kannén, poblados que estaban muy bien organizados, dotados y que eran embellecidos por su nobleza e industria. Argues lo comprendían unos puñados de pueblos o pequeñas ciudades dispuestas entre sí por varios kilómetros de distancia, creando de esta manera una comunidad de pueblos desperdigados por un amplio terreno.

Recordó las palabras que le dijo Gabriela en su última misión, cuando este dispuso sus quejas a su captora. “En Argues la supervivencia lo es todo. Vivimos libres y cada pueblo se refina por sí mismo. La autoridad de Magón, aunque está presente, no afecta directamente el estilo de vida. Pagan sus impuestos a los nobles, quienes les odian y ellos les odian de regreso. Una simbiosis de poco provecho, pero necesaria. En Argues no se escogió vivir de esta manera, pero las personas se adaptan lo mejor que se puede. Cuando no puedes confiar en nadie, lo mejor es estar lejos de aquello en lo que desconfías”. Aunque si lo pensaba mucho, Izan podía encontrar cierto sentido en esas palabras, generalmente le parecía una excusa o un claro despropósito. Pero aun con todo, no podía hacer nada.

Estas eran los pensamientos que inundaban la mente del joven mientras caminaba por esa polvosa calle de tierra, siendo secundado, o más bien, custodiado por sus nuevos captores. Sayna Agrill y Jean Zilestorn caminaban justo delante y detrás de Izan, este creía que no era necesario ya que cada uno de ellos tenía aquel aparato que le haría

explotar, pero decidió no alegar nada.

Caminaron algunos metros hasta que llegaron a una taberna que se encontraba entre algunos negocios de rústica madera. Jean ató a su corcel a algunos postes cercanos a la estructura dispuestos para tal acción. Acto seguido Sayna le secundó e Izan hizo lo mismo.

—Bien, veamos a ver qué es lo que nos ofrecen —dijo Jean subiendo la pequeña escalinata hasta la taberna.

—¿Qué es exactamente lo que estamos buscando? —inquirió Izan.

—Información, información mi querido amigo —replicó jocosamente el mercenario.

Cuando hubieron entrado a la taberna, esta se encontraba en una fiesta total. El bardo itinerante que había llegado esa tarde tocaba alegremente su laúd mientras las mozas del lugar se desparramaban a sus pies. Las rondas de bebida iban y venían de un lugar a otro, mientras las hermosas camareras se movían por todo el lugar. De entre una de las pobladas mesas, una voz se alzó indicando que él invitaría una ronda a todos en la taberna, despertando así los gritos de emoción de todos los presentes.

Incluidos los de Jean.

—Ves Izan, amigo, está será una buena noche —dijo con una alegre voz mientras se dirigía a la barra a reclamar su bebida.

—Creí que estábamos en una misión para recolectar información —contestó desganadamente Izan mientras se dirigía a una mesa junto con Sayna.

—Así es. Existen diversas formas de encontrar información, solo se necesita buscar en los lugares adecuados —contestó la mercenaria al son en que centraba su visión en una mesa en donde unos hombres se encontraban jugando cartas—. Ya vuelvo.

—¿Eh? ¿A dónde vas? —replicó Izan con incertidumbre mientras se sentaba a una mesa.

—A conseguir información… y a divertirme un poco —replicó la mercenaria con amplia y cínica sonrisa.

Izan logró ver como la delicada figura de Sayna se sentó a la misma mesa en donde se encontraban tres grandes moles. Ahí, las tres prominentes figuras se burlaron de la estatura y delicadeza de la joven,

pero no estaban preparados del carácter de la mercenaria. Esgrimiendo fuertes improperios, y palabras de taberna, la mercenaria puso en su lugar al trio de hombres y pidió cartas para jugar. Fue tal la reaccionar de estos, que simplemente enmudecieron y accedieron a sus deseos.

La tarde transcurrió con una aparente normalidad, y entre copa y copa, Izan observaba a sus captores, los cuales se encontraban metidos de lleno en sus tareas. Sayna ya había jugado un gran número de manos, y Jean no se aburría de ser abofeteado por las careras del lugar al hacer pícaras y coquetas insinuaciones. Aunque el ambiente era propicio de fiesta y celebración, el espíritu de Izan no era embriagado por esta distinción. Sentado en su mesa, miraba con aires de resignación el actuar de sus captores, el cual no pudo asociar con el comportamiento de verdaderos mercenarios. Lo cierto es que esa misión había sido de las más raras que había realizado a la fecha.

Sus cavilaciones terminaron cuando el dúo se acercó a su mesa, e intercambiando miradas de aceptación, le indicaron a Izan que se marcharían del lugar. Este se levantó de su asiento, y, pagando sus bebidas, se marchó de la poblada taberna.

Poco sabía el mercenario que la misión aún no había terminado. Se enteró de este detalle cuando el galope de sus corceles les condujo a las inmediaciones de un gran y frondoso bosque. Ahí, Sayna sacó un mapa de sus alforjas, y después de pensarlo con detenimiento, indicó la dirección a seguir. A travesando el frondoso bosque, la noche entró en su cenit, haciendo que el camino se volviera traicionero. Es así como los mercenarios optaron por la opción de acampar en un claro al cual habían llegado.

Descargando sus bestias, lograron sacar unas pequeñas e improvisadas carpas que montaron con rapidez. Con ello, los esfuerzos de los mercenarios se dirigieron a montar una fogata para pasar la noche. Aunque sería más acertado indicar que Sayna e Izan eran los que se encargaban de crear y alimentar el fuego. Mientras ellos se encargaban de tal labor, Jean descansaba al tronco de un frondoso árbol, rasgando las cuerdas de su laúd para entonar unos cuantos versos.

—Sabes, podrías ayudarnos un poco. No te mataría —replicó Izan al dejar una carga de troncos en las inmediaciones de la fogata.

—¿Por qué tendría yo que moverme si ya tu estas en eso? —replicó el bardo mientras tocaba despreocupadamente su laúd.

Después de estas palabras, un rayo de energía salió del bosque, impactando a unos pocos centímetros de la cabeza de Jean, calcinando

por completo ese lugar del tronco. Izan apenas pudo reaccionar, desenvainando su espada y optando una forma defensiva, cuando ladeó su cuerpo y vio de donde había salido aquel rayo de energía condensada.

—¿Esa te parece una buena razón para mover tu perezoso trasero, y ayudarnos con la leña? —argumentó Sayna que venía con una carga de madera desde los interiores del bosque.

Esta sostenía en su mano una elegante pistola con un ancho cañón. Tanto el cuerpo del arma, como el cañón de metal estaban bellamente ornamentados con inscripciones y sellos que Izan no pudo deducir de donde provenían. Pero no le fue necesario para advertir que esa arma tenía una gran capacidad de fuego. Y Jean estaba con él. Este se levantó de un salto de su lecho, y dejando con delicadeza su laúd en el suelo, fue con gran rapidez a las entrañas del bosque para buscar algo de madera.

Sayna parecía satisfecha con tal respuesta, fue así como guardó su arma al interior de su capa. Dejando su carga de leña en el pequeño claro en donde dispondrían de una fogata, Sayna no se dio cuenta como Izan se acercaba hacia ella con una creciente curiosidad.

—Vaya, nunca había visto un arma como esta. ¿En dónde la conseguiste? ¿Qué modelo es? —el sonido de su voz despertó un pequeño brinco de sorpresa en la mercenaria.

—Por más que busques —dijo después de calmar un poco las revoluciones de su pecho. Se esforzó por hacer ver que no había sucedido gran cosa —, no creo que consigas una como esta. No es un arma convencional. —tomando una cierta distancia del mercenario, se sentó bajo la sombra de un pequeño tronco, dando por terminada la conversación. Empero, advirtió como una mueca de incomprensión se dibujaba en el semblante de su prisionero. Dando un resoplido de frustración, entendiendo que quizás podría seguir con sus preguntas, procedió a dar una pequeña explicación—. No encontraras ya que no es un arma convencional.

Es un arma que funciona con preceptos manticos, sí —sacó su pequeña pistola del interior de su capa y la alzó al crepuscular cielo. Las inscripciones labradas sobre su superficie plateada brillaban con los anaranjados rayos del firmamento—, pero no de alguna sustancia embotellada o refinada. Es arimancia

—¿Arimancia? —replicó con extrañeza—. No es posible, la arimancia es el control sobre los objetos, materia, energía… energía —por fin cayó en cuenta. —Con rapidez, volvió a posar su visión en el arma que Sayna comenzaba a pulir con tanto esmero—. Eres una akidora —dedujo

finalmente.

—Así es —replicó ella con una sonrisa—. Akidores. Son distintas las formas de arimancia en distintos portadores, en distintas ciudades, he de decir. Canalizando la energía de mi cuerpo puedo crear un proyectil mágico como el que viste, incluso mucho más poderosos. Todo es cuestión de habilidad —volvió a contraponer su lustrada arma contra la luz del crepúsculo—. Habilidad y resistencia, no es fácil tomar el calor de tu cuerpo y lanzarlo en forma de energía.

Izan estaba fascinado, ese concepto de la arimancia era uno que desconocía totalmente. No era que hubiera muchos magos que supieran usar la arimancia en Magón, solo conocía a una persona en todo el reino que pudiera hacer uso de ella, y la de él era totalmente distinta a la de Sayna. Lo cierto es que estaba fascinada, por lo visto, aún quedaban muchas conceptos y constructos mágicos que se le escapaban.

Jean volvió con una carga de leña lo suficientemente grande como para alimentar el fuego por toda la noche, al parecer, la amenaza de Sayna fue muy eficiente. Alimentada la hoguera, y cocinando unos cuantos trozos de carne que habían traído consigo, los mercenarios estaban dispuestos cerca de la fogata —aunque lo cierto es que Jean estaba a una distancia considerable de esta, apenas lo suficiente para que el calor llegara su cuerpo—. Bajo el amparo de las bailarinas ascuas de la fogata, la mercenaria descargó de su yegua unas cuantas alforjas que contenían al menos media docena de armas. Aprovechando la luz de las llamas, la pequeña mercenaria de cabellos cobrizos comenzó a desmontar el mecanismo de varias de estas, para poder pulirlos a plenitud.

Izan terminaba de engullir con gran ánimo unos cuantos trozos de carne, su apetito se había acrecentado a lo largo del día. Jean por su parte, tocaba las cuerdas de su laúd a unos cuantos metros de la fogata. Los sonidos de la noche, el crujir de la madera al quemarse fungían como un manto perfecto que arropaban a los mercenarios La luz de la plateada luna se filtraba entre algunas copas de los árboles, y entre los tres, eran Jean el que estaba prestando mayor atención a aquello que les rodeaba.

El aullar de los lobos a lo lejos, el sonido del viento revolviendo las secas hojas que colmaban los suelos, la yesca al quemarse y las chispas que emanaban de la fogata, el sonido que provenía de su laúd al rasgar con delicadeza las cuerdas. Todas aquellas sensaciones eran las que embriagaban el cuerpo del bardo, inspirándolo para tocar una vieja canción.

Era Zallet el inmortal. Sus cabellos de noche y tambaleante andar.

Aquel que siguió a Kaleb, hijo maldito del Creador,

Aquel que desobedeció a Theor.

Es Zallet el que vaga por los confines del mundo,

El inmortal hombre que nunca descansa en su labor.

Labor desprovista de toda razón.

A sus espaldas lleva pesada carga, metálica carga que se desliza en el aire.

Una máquina de vapor que rompe el alba rompe el firmamento.

Rompe la cúpula del cielo.

Zallet la lleva a su espalda, guiándola con tensa cuerda.

Con una cuerda la guía mientras a traviesa el confín de la tierra.

Azufre y tierra marchita, la gloria nunca verá.

Su cuerpo mallugado arrastra, arrastra a sus espaldas su pesar.

Tocando las cuerdas de su laúd, Jean continúo con la canción del inmortal Zallet, el cual siguió a Kaleb, primogénito desobediente de Theor, al que el mismo Creador le dio muerte y condenó con ello a Zallet a vagar por el mundo, arrastrando una máquina de metal que flota en el aire, por todo el confín del mundo. En marchita tierra nunca tiene descanso, nunca verá el Zaur, nunca comerá en el Zalat. Nunca vivirá nuevamente ni disfrutará las promesas de Theor. Así era como versaba aquella historia

Con el último verso de la canción, y haciendo uso de toda su habilidad, Jean le dio un espectacular final a la tonada. Sayna había dejado de pulir sus armas, y comenzó a prestar gran atención a los versos de Jean y al grandioso final. Izan había dejado de comer y escuchaba embelesado la armónica voz del bardo junto con su tocar. No recordaba que este fuera tan diestro en su oficio. Con el final de la melodía, un nuevo silencio envolvió al campamento. Ni Sayna o Izan respondían de alguna manera, y Jean, al notar el impacto que había generado, se levantó del marchito tronco en el cual estaba sentado, e hizo dotes de una

gran reverencia, como si hubiera dado un grandilocuente concierto a un distintivo público.

Una sonrisa de picardía decoró su rostro, y con ella volvió a tomar su lugar. Sayna volvió a su labor, y Jean se disponía a tocar una nueva canción cuando Izan habló.

—No sabía que fueras religioso. No sabía que te gustaban las canciones de Theor.

—No soy religioso, querido amigo. Solo gozo de la música —dijo dejando su laúd a un lado, e inclinándose hacia el frente en su asiento—. No me importa de dónde provenga las canciones, solo disfruto de ellas.

—Es justo como nuestro trabajo —dijo Sayna, volviendo a encajar las piezas de una de sus armas—. No importa como sean, o cuantos sean, procuramos cumplirlas sin distinción.

—Eso veo —dijo Izan con cierta exasperación—, si no fuera así, no me explico porque nos tomaríamos tantas molestias para recolectar información y entregarla.

—Oh vamos, no todas las misiones pueden ser grandiosas —replicó Jean, el cual ya tenía su laúd en manos y se preparaba para tocar una nueva canción—. No somos aventureros o guerreros. Somos mercenarios. Si tienen dinero, tomamos el trabajo.

—Nuestro tiempo es dinero… y en tu caso, nunca podría ser más cierto —dijo la mercenaria mientras juguetea con una pequeña pistola entre sus manos—. Hacemos trabajos grandes, siempre y cuando alguien no interfiera en ellos —dijo lanzándole una amenazadora mirada a Izan.

—Vamos, vamos. No culpes más al chico, él sabe que tiene que pagarnos —mencionó Jean riendo.

Sayna volvió a arrojarle una mirada cargada de desprecio antes de concentrarse de lleno en su labor: limpiar y pulir su armamento. Jean volvió a las cuerdas de su laúd, y ahora iniciaba una nueva canción sobre la mercenaria Datori, la primera gran mercenaria, para entonces, del naciente reino de Magón. Mientras escuchaba tal canción, Izan pensaba en que las palabras de la mercenaria eran ciertas. Cada trabajo valía la pena, más para él. Ese reciente pensamiento hizo que viera con nuevos ojos su estadía en ese bosque. Siempre y cuando el pago fuera bueno, y le ayudara a rebajar su deuda, estaba bien con eso.

Acostándose en el suelo, admirando el firmamento nocturno que yacía sobre su cabeza, y arrullado por las dulces notas que provenían del

instrumento de Jean, se acurrucó en su marrón capa y cerró sus ojos.

El olor a agua salada llegó de lleno a las fosas nasales de ambos guerreros. Caminando por las calles aledañas a los grandes ríos navegables de Piros, eran extensos los canales existentes para los barcos que entraban a la ciudad cargados con todo tipo de mercancía, o productos idóneos para la ostentosa vida de los habitantes de la capital del reino. Aunque en el firmamento imperaba un cielo nocturno, había grandes barcos de vapor que transportaban sus cargas hacia la amurallada ciudad. Estos grandes canales desembocaban directamente a los mares del sur, e iniciaban su cauce desde los helados océanos que dividían los territorios de Magón y Odesa.

El par de guerreros caminaban bajo el manto de la noche, por las calles concernientes a los puertos que estaban dispuestos cerca de los canales. Las dos encapuchadas figuras deambulaban con un decidido paso, dirigido a su destino, mientras interactuaban con gran interés.

—¿Estás seguro de eso, Lander? —preguntó una femenina voz con la expectación cargando su tono—. ¿En verdad estás seguro?

—Tan seguro como que el asesino tenía habilidades mánticas y usaba necrón, ¿dime cuántas personas podrían aguantar el uso prolongado de esa sustancia, Aranda?

La joven guerrera tenía un semblante de preocupación y expectación que no se podía ocultar tras las sombras de su capucha. Si lo que su compañero decía era cierto, eso quiere decir que él no estaba muerto. Que seguía con vida. Habían pasado dos años desde que tuvieran noticia alguna de él, y estas insistían en su muerte.

Adentrándose en un laberinto de callejones, los guardias de la corona siguieron con su conversación

—¿Crees que pueda tratarse de él? —la voz de Aranda estaba cargada de expectación.

—Por su bien, espero que no —sentenció Lander con una grave voz

Las fuerzas de la corona cesaron su paso cuando se encontraron a unas pocas calles de un gran salón. Las luces salían por sus ventanas y la música retumbaba los soportes de madera del lugar. El olor a pescado fresco inundaba el ambiente y le revolvía el estómago a Aranda, la cual no quería permanecer mucho tiempo en aquel sitio. Quería terminar con la

misión lo más rápido posible.

—Tardaron más de lo esperado —una áspera voz surgió de la oscuridad.

Ambos guardias ladearon sus cabezas hacia una oscura callejuela, en donde una figura masculina que vestía una capa similar a la de ellos, con un cabello de trazos cenizos, esgrimiendo una mirada ámbar que les asechaba directamente desde la oscuridad.

—Kenner —respondió Lander al son de que la figura emergía del oscuro umbral—. Tuvimos algunos problemas para llegar, estas calles son un completo laberinto.

—Ya lo creo —replicó una jovial voz de una figura humana con un prominente cabello color cobre—. Yo también tuve algunos problemas en llegar.

—Deberías de mejorar tu orientación, Izaak —replicó Kenner con una gruesa voz.

—Lo importante —intervino Aranda— es que hemos llegado. Ahora, debemos concentrarnos en otros asuntos —dijo clavando su mirada en el salón que estaba delante de ellos. Sacando unos prismáticos de su capa, centró toda su atención en el lugar—. Kenner, ¿sucedió algo sospechoso?

—Nada, pasé haciendo guardia las últimas doce horas, tal y como acordamos —entonó mientras tomaba los prismáticos que le ofrecía Aranda e inspeccionaba el lugar—. Pescadores, malhechores de poca monta, algunas prostitutas y unos cuantos mercenarios menores.

—Por lo que veo será un trabajo fácil —respondió Izaak confiado.

—Ya lo creo. Recuerden dejar a un par con vida, necesitamos recolectar un poco de información— sentenció finalmente Lander

Los restantes tres guerreros asintieron con sus cabezas y procedieron a colocarse sus purpúreas capuchas. Con un paso decidido y firme, el cuarteto emprendió el rumbo hacia el salón, caminando en línea recta y atravesando algunas calles, La luz procedente de las lámparas de aceite que iluminaban algunas fachadas y esquinas, se iba extinguiendo con el paso de los guerreros, exclaustrándolos en un manto de oscuridad. Cuando hubieron llegado a la puerta principal, Lander extendió sus manos, y con un poco de dificultad, logró abrir la pesada puerta que provocó un estruendoso rechinar.

Con esa señal de alerta, la música y ajetreo en el salón se cortó de repente, en el iluminado salón —cuya brillantez menguó un poco— todos los presentes miraban con cierta reticencia, como aquellas encapuchadas figuras se dirigían al centro de la estancia. Deteniéndose en ella, y siendo rodeados por un círculo conformado por todos los presentes, Lander quien habló con potente voz.

—¡Somos la Guardia Real de la Corona! Autoridad legítima de su majestad, el rey Adolph Diocleciano Magón III, legislador de estas tierras. ¡Todos ustedes se encuentran bajo arresto por actividades ilícitas! ¡Por sospechas de contribuir con el secuestro de varios ciudadanos del reino a una organización desconocida!

Entréguense voluntariamente —continuó con una grave y amenazante voz ante la desconcertada mirada de aquellos malhechores— y tendrán un juicio justo. Si colaboran, quizás gozarán de la misericordia de su majestad. Pero si se resisten, no tendremos piedad —guardó silencio por unos momentos antes de continuar—. Y bien, ¿qué eligen? —dijo con una cínica y brillante sonrisa que se dejaba entrever de las sombras de su rostro.

Sonoras risas colmaron el ambiente. El salón estalló en una marea de risas y burlas hacia esas cuatro figuras. Eran por lo menos doscientas las personas que estaban en ese gran salón. Todas armadas hasta los dientes con granadas de explosión reactiva, espadas y rifles —ilegales— de pólvora. ¿En verdad les creían tan tontos como para rendirse ante cuatro enclenques personas?

La respuesta era obvia, y todos los presentes comenzaron a desenvainar sus armas.

—Como gusten —dijo Lander mientras veía como una gran masa de personas comenzaba a rodearlos y se acercaban a ellos poco a poco—. Bienvenidos al día de su muerte.

Con tales palabras todos los miembros de la Guardia Real salieron disparados como flechas de su posición, sus atacantes apenas pudieron verlos, no dejaron ni una estela de humo a sus espaldas. Antes de que pudieran advertir nada, una lluvia de cuchillas impactó de lleno en la espalda de una gran mole, haciendo que cayera el suelo desprendiendo grandes alaridos de dolor. Un río de sangre escurría por su espalda, mientras aquellas cuchillas eran retiradas y volaban por el aire, buscando nuevos objetivos. Aquellos criminales no perdieron el tiempo, y comenzaron a disponer de las mesas del salón como escudos, pero ya era muy tarde para algunos.

Eran varias las figuras que caían presa de las decenas, docenas de cuchillas que volaban por los cielos como un sinfín de proyectiles que

impactaban en su débil carne. Los que estaban atentos a estos ataques, olvidaron por completo a los demás guerreros, y no fue hasta que, una negra y pesada bruma, impregnó el ambiente del salón, cuando recobraron la noción de estos. Pero ya era tarde. En medio de dicha bruma, rápidas figuras se movían por ella, dando certeros tajos y acribillando a sangre fría a todos los presentes.

El hierro aullaba cuando se encontraba con su igual, y con un movimiento ágil de muñeca, Lander no tardó mucho en desarmar a su contrincante, cortándole la mano con un limpio tajo. Y cuando este se hubo hallado en el suelo, dando gritos de su dolor por su miembro amputado, el guerrero incrustó con gran fuerza su arma en la débil carne de su oponente. Dando fin a su vida, y continuando así con su lucha.

Aranda saltaba entre los muros con gran rapidez y agilidad, esquivando los disparos de balas que querían dar con ella. Haciendo uso de un ungüento especial, podía dar potentes saltos entre las paredes del lugar como si fuera una ágil felina. Cayendo desde el techo, giró la hoja de su espada rebanando una docena de cabezas en el acto, haciendo que los cuerpos sin vida se desplomaran en el suelo. Sacudiendo su espada en el aire, escurrió aquella sucia sangre, con lo cual volvió a reanudar sus ágiles piruetas para volver a su labor.

Luchando entre aquella oscura bruma, Kenner rebanaba con limpios tajos los cuerpos de sus adversarios, los cuales ni siquiera podían verlo. Su fuerza y sentidos eran abrumadores, y su astucia para moverse en tal oscuridad era envidiable, mientras que, deteniendo el hierro con hierro, desarmaba a sus oponentes y propinaba certeros tajos. No perdonaba alma alguna, y rebanaba extremidades con gran facilidad.

En cuestión de minutos, la batalla hubo terminado, y cuando Kenner disipó la oscura neblina, se pudo ver como el gran salón estaba lleno de marchitos cuerpos sin vida. Izaak estaba en una esquina, limpiando sus cuchillas mientras lanzaba unas cuantas a unos cuantos moribundos cuerpos que se retorcían en el suelo. Relamiéndose sus labios, y a estas alturas, no se podía advertir si hacía esto como acto de misericordia o solo para saciar su creciente sadismo.

Lander se paseaba por el suelo tintada de roja sangre, mientras admiraba como cientos de figuras yacían mutiladas y sin vida en su ser. Estas no le servían, necesitaban a alguien con vida y que tuviera las capacidades de hablar, pensó esto mientras pasaba por una docena de cuerpos decapitados. No fue hasta que un grito de Aranda llamó su atención, que creyó haber encontrado lo que buscaba.

—¡Lander, encontré a algunos que nos pueden servir!

Aunque el ánimo apremiaba en su ser, el guerrero se contuvo como pudo. Con un paso firme y diligente, emprendió rumbo a una esquina del gran salón, lugar de donde provenían los llamados de su compañera. Atravesando un suelo tintado de roja sangre y cuerpos marchitos, el hombre no dirigió si quiera una mirada hacia aquellos vacíos cascarones, aunque todo sea dicho, tuvo el reparo suficiente para no pisar y hacer crujir los huesos y carne que yacían sin resquicios de vida en el suelo.

No dirigía mirada alguna a los muertos, ya que sus razones yacían sobre los vivos. Los vivos que desprendían lamentos de terror y angustia cuando veían a aquella figura acercándose con diligente paso hacia ellos. De sus cuerpos heridos escurrían hilos de sangre que bañaban sus desgarradas ropas y tintaban el suelo que estaba bajo ellos. Sus cabellos revoltosos y manchados se escurrían como negras aguas sobre sus rostros. Lander no lograba divisar mucho de sus facciones, si bien era cierto que ya estaba a una distancia propicia para ello, la maraña de pelo manchado y escurrido de las tres figuras impedía realizar mayores distinciones.

Aun con todo, por el contorno de los cuerpos de aquellas personas, advirtió que se trataban de dos mujeres y un hombre.

Los esbeltos cuerpos de las mujeres eran cubiertos por los girones de sus desbaratadas ropas, y la vestimenta de hilo del hombre apenas podría ser llamada una prenda. Cuando Lander estuvo frente a ellos, agachó su cuerpo y optó una posición de cuchillas, para quedar a la altura de los asustados rostros de quienes tenía frente a sí. Con paciencia, discurrió su mirar, alternando entre las tres figuras, las cuales les sacudió un escalofrío de horror cuando su oscura mirada se posaba sobre ellos.

Sin vacilar ni un momento, las comisuras del guerrero se enchancharon en una amplia sonrisa con tintes de divertimento.

—Muy bien, escorias. Veamos que tanto nos pueden ser de utilidad.